UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00641511 1

COLECCIÓN DE LIBROS
RAROS Ó CURIOSOS
QUE

TRATAN DE AMÉRICA

TOMO OCTAVO

A la Espada y el compas
Mas . y mas . y mas . y mas

MILICIA
Y
DESCRIPCIÓN
DE LAS
INDIAS

ESCRITA POR EL CAPITÁN

D. BERNARDO DE VARGAS MACHUCA

Caballero castellano, natural de la villa de Simancas.

Reimpresa fielmente, según la primera edición hecha en Madrid en 1599.

VOLUMEN PRIMERO

152047

3-9-19

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ
Preciados, 48.
1892

E
141
V37
1892
v.1

NOTICIAS DE LA VIDA Y OBRAS DEL CAPITAN D. BERNARDO DE VARGAS MACHUCA

D. Bernardo de Vargas Machuca, nació en Simancas en 1555, según consta por el retrato, grabado en cobre, que vá al frente de la *Milicia Indiana,* pues nos le representa á la edad de cuarenta y tres años. Retrato que debió grabarse hacia 1598, porque la edición del libro se hizo en 1599; de este parecer son el famoso bibliófilo D. Bartolomé José Gallardo y D. Felipe Picatoste y Rodríguez, que dan acerca de él y su libro, extensas noticias, en las obras bibliográficas que les fueron premiadas por la Biblioteca Nacional, é impresas á expensas del Estado.

De la madre de Vargas Machuca no tenemos ninguna noticia, pero de su padre sabemos

—merced á la *Epístola persuatoria* (1) de su compañero el capitán Alonso de Carvajal—que fué alcaide de la fortaleza de Simancas, y se llamó Juan de Vargas.

D. Bernardo hizo sus primeros estudios en Valladolid, donde ya en su infancia debió mostrar gran vocación á la carrera de las armas, y como por aquellos tiempos para ser un buen soldado no hacían falta tantos estudios y requisitos como en nuestros días son necesarios para ser un mal capitán, á los quince años, ciñó la espada y marchó á la guerra de Italia, donde se distinguió en varias batallas y encuentros.

Al poco tiempo de su regreso á España, según él mismo nos dice, pasó á las «Indias, donde comencé con el cargo de maestre de Campo, y entrando en el de caudillo general, fueron por mi cuenta y riesgo todas las jornadas y conquistas que se me encargaron, que no fueron pocas.» (2)

Veintidos años estuvo el autor de la *Milicia Indiana* en el Nuevo Mundo, donde es indudable que debió sufrir infinitos trabajos y padecimientos sin cuento, y donde á fuerza de experiencia aprendió todas las lecciones prácticas que encierra la notable obra que hoy se reim-

(1) Páginas 20 á 22 de este volumen.
(2) Página 18 de este volumen.

prime. Fué vecino de Santa Fé de Bogotá en el Nuevo Reino de Granada, durante un corto número de años, y en los últimos del siglo XVI regresó á España, fijando su residencia en Madrid, donde se relacionó con los principales personajes de la corte, por lo que se vé en las composiciones laudatorias que van al frente de sus obras impresas.

Si mientras tuvo el brazo fuerte, empleó con mucho provecho el tiempo, defendiendo día y noche con las armas, los intereses de España en América, después, cual en aquel siglo hicieron otros muchos, se dedicó por entero con entusiasmo á las letras, pues desde el año 1599 al de 1621, imprimió cuatro obras, producto de su privilegiada pluma, dejando inédita otra, que acaso fuese la mejor de todas, y es la que menciona D. Nicolás Antonio, (1) diciendo que se hallaba manuscrita en poder de D. Lorenzo Ramírez de Prado, con el título de *Defensa de la conquista de las Indias*. Dícennos que dicha obra fué escrita para impugnar las del padre fray Bartolomé de las Casas, y particularmente contra la *Destruición de las Indias*. Bajo este punto de vista, creemos que sería de un gran interés hoy dicha impugnación. El P. Fray Antonio Re-

(1) *Bibliotecæ hispanæ Novæ*. Matriti. 1783. t. I. pág. 228.

mesal afirma que no fueron concedidas las licencias para su impresión, por contener ideas muy contrarias á las del piadoso obispo de Chiapa.

En su libro de *Ejercicios á la gineta,* publicado en 1600, en la dedicatoria al conde Alberto de Fúcar, hace Vargas Machuca un elogio del Mecenas, cosa que no tiene nada de extraño, pues hasta Miguel de Cervantes tiene en muchas de las dedicatorias de sus libros, frases encomiásticas para sus protectores; pues bien, el elogio que el autor de la *Milicia Indiana* hace del conde Alberto Fúcar, basta para rebajarle á los ojos del Sr. D. José Almirante, hasta el punto, que en su obra *Bibliografía Militar de España*, (1), publicada en Madrid, en 1876, dice del capitán D. Bernardo que «Se vé, por lo »tanto, que no era, como hoy decimos, militar »de carrera, sino aventurero de los muchos que »entoncesiban á América á probar fortuna.» Y unas líneas más abajo, continúa el Sr. Almirante: «El conde Alberto Fúcar.... impulsó y prote»gió la publicación del *Libro de Gineta* y la»mentemos de paso las miserias que ocasiona »la falta de dineros ó de dignidad. Después »de gruesas lisonjas al opulento Mecenas ex-

(1) Pág. 875.

»tranjero, sigue:—«Reconociendo yo esto y par»ticularmente la obligación que me corre de »descender rectamente de la nación alemana, »cuyo nombre es Ferambergue...»—Es decir, »que todo un Vargas Machuca reniega de la »famosa *estaca* de Garci-Pérez, en homenaje á »las talegas del conde mercader. ¡Sacra fames!»

Todas las especies que trae á cuento don José Almirante, creemos que son muy ofensivas para un guerrero español, que con tanto ahinco defendió á su Dios y á su nación en tan lejanas tierras de bárbaros y en pleno siglo XVI. Los amantes de las antiguas glorias españolas, que conocieron el libro de Vargas Machuca *Milicia Indiana*, quedaron conformes en que era obra notable por muchos conceptos, y sin embargo, el autor de la *Bibliografía Militar de España*, apenas si dedica á ella dos líneas, en tanto que á otra obra (1) del mismo autor que tiene mucha menos importancia, que la hoy reimpresa, dedica en su descripción casi una columna, y no pertenece dicha obra al arte de la guerra, cosa muy extraña, tratándose de una bibliografía militar, y que nos dejó al observarlo asombrados.

---

(1) *Libro de Ejercicios á la Gineta*. Madrid, 1600.

¡Siempre se ha hecho justicia de la misma manera!

Para terminar de dar los pocos datos que tenemos acerca de quién fué el capitán y gobernador D. Bernardo de Vargas Machuca, diremos que en todas las obras de biografía y bibliografía que se le cita, es con mucho encomio sin que hayamos podido hallar fuera de la obra del general de ingenieros D. José Almirante, una sola frase en detrimento de tan insigne guerrero.

En la obra *Teórica y práctica de ejercicios á la gineta*, impresa en 1619, se publicó una famosa *Epístola*—fechada en Sigüenza á 25 de Diciembre de 1618—del conde de Villamediana, al autor, que contiene curiosas noticias de Vargas Machuca, y por ser de gran interés transcribimos al pié de la letra:

«De suerte que cuando una guerra no se po»día concluir con traer caballeria de colofón, »luego el enemigo era roto.

»A tales caballeros ha invitado V. M. en todo »el discurso de su vida por mar y tierra; porque »siendo hijodalgo de solar con ocido, descen»diente del famoso Garci-Pérez de Vargas—me»diante cuyo valor el Rey D. Fernando ganó á »Sevilla—hermano que fué de Diego Pérez de »Vargas, que por su notoria valentía ganó el re-

»nombre de Machuca, ha servido á S. M. de 50 »años á esta parte con tanta satisfacción como »consta de las certificaciones de sus servicios »en la guerra de Granada y en las de Levante, »y armadas del mar atravesando al Occidente y »siendo maestre de campo en el Nuevo Reino »de Granada, acabando algunas de sus dificul- »tosas conquistas, y en subiendo á mayor título »de capitán general, otras muchas; y demás de »esto reedificando ciudades y defendiendo otras »de apretados sitios del enemigo y habiendo »poblado la ciudad de Simancas en memoria »de la de su patria, de cuya fortaleza el padre »de V. M. fué alcaide tantos años. No trato de »los castillos de Puertobelo y río de Chagre, »que usarced fabricó por orden de S. M. tan im- »portantes á su Real servicio: pero no es de »pasar en silencio el gobierno de la isla Marga- »rita donde como capitán general, fué temido »de infieles y respetado de los naturales por lo »mucho que trabajó en su beneficio, fortifican- »do la ciudad á su costa con un eminente cas- »tillo y otros reparos, gastando con liberal »mano su hacienda en la defensa, policía y ador- »no, con cuanto una ciudad para ser inexpugna- »ble y nombrada en lo divino y humano há me- »nester. Y en suma, después de haber escrito »libros del arte militar y ejercitado la gente de

»á caballo para la guerra como tan gran soldado y ginete, dejando allí en buen lugar una »carrera cerrada, donde los menos prácticos se »puedan ejercitar y salir diestros en la gineta »para las ocasiones de su rompimiento con el »enemigo que es la cosa con que se da cima y »lustre á tales empresas, continuándolas de esta »suerte por tiempo infinito.»

El capitan D. Bernardo de Vargas Machuca, falleció en Madrid el día 17 de Febrero de 1622, según consta en el libro segundo de difuntos de la parroquia de San Martín de esta corte, donde se halla la siguiente partida de defunción: «1622.—Febrero, 17.—D. Bernardo »de Vargas Machuca, capitán general de Su »Majestad en las Indias, murió este día, recibió »los Santos Sacramentos, hizo testamento ante »Fernando Villanueva, escribano. Por él se man»dó enterrar en San Norberto y manda que el »funeral y misas que por su alma hiciere, sea »de voluntad de sus testamentarios que son: su »hijo D. Alvaro Félix Muxica y doña Isabel »Ruiz Sánchez, su prima: viven junto á los Pre»mostratenses»

***

Para concluir daremos cuenta de las obras que tenemos noticia dejó escritas el ilustre cau-

dillo que tantos servicios prestó á España con la espada y con la pluma.

Libro de exercicios de la gineta. Compuesto por el capitán D. Bernardo de Vargas Machuca, Indiano, natural de Simancas en Castilla la Vieja, dirigida al conde Alberto Fucar. (E. de a. del Mecenas,) En Madrid, por Pedro Madrigal, año MDC.—En 8.°, 120 hojas foliadas y 16 de preliminares sin numerar.

Esta obra es rarísima y muy buscada.

Teórica y ejercicios de la gineta, primores, secretos y advertencias della, con las señales y enfrenamientos de los caballos, su curación y beneficio, por el gobernador D. Bernardo de Vargas Machuca. Madrid, (Diego Flamenco) 1619. Un volumen en 8.° con XII-200 hojas.

Compendio y doctrina nueva de la gineta, dirigido al Príncipe Nuestro Señor D. Felipe IV, por el gobernador D. Bernardo de Vargas Machuca. Madrid (Fernando Correa de Montenegro)—1621.—Un folleto con IV-26 folios en 8.°.

De estas tres obras de Vargas Machuca existe ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Ya hemos citado la impugnación que hizo al padre las Casas en la obra que quedó inédita que se tituló *Defensa de la conquista de las Indias*, acerca de lo cual, no podemos añadir nada á lo dicho anteriormente.

Solo nos resta hablar del libro que hoy damos nuevamente á luz, acerca del que no queremos extendernos en hacer su descripción, ni un análisis minucioso del valor técnico y científico que en sí encierra, por dos causas, la primera porque los lectores creemos tendran sobrado criterio para poder apreciarlo, y la segunda, porque al ponernos á emitir nuestro juicio, tendríamos que vérnoslas con un hombre de tanto saber y de tal talla, cual fué D. Bartolomé José Gallardo, que en su famosísima *Biblioteca de libros raros ó curiosos* (1), hace un estudio de la obra militar—que apenas mencionó D. José Almirante—tan concienzudo, de tal mérito y con un sabor tan clásico, que nos veríamos en la imposibilidad de hacer un examen tan valioso, cual el que hizo el afamado bibliófilo extremeño.

Madrid, 26 de Junio de 1892.

V. G.

(1) Tomo IV, fólios 908 al 916.

MILICIA

Y DESCRIPCION

DE LAS INDIAS, POR

el Capitan don Bernardo de Vargas Machuca, Cauallero Caftellano, natural de la villa de Simancas.

DIRIGIDO AL LICENCIADO PAVLO de Laguna Prefidente del Confejo Real de las Indias.

EN MADRID,
En cafa de Pedro Madrigal.
AÑO. M.D.XCIX.

TASA

Yo, Juan Gallo de Andrada, escribano de Cámara de Su Majestad, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fé, que habiéndose visto por los señores de él, un libro intitulado *Milicia Indiana y descripción de las Indias*, compuesto por el capitán D. Bernardo de Vargas Machuca, tasaron cada pliego del dicho libro, á cinco blancas, que tiene cincuenta y seis pliegos, que á las dichas cinco blancas cada uno, monta el dicho libro, ciento y cuarenta maravedís, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que á este precio se pueda vender. Y mandaron que esta tasa se ponga al principio del dicho libro y no se pueda vender sin ella. Y para que de ello conste, dí la presente en Madrid á tres de Abril de mil y quinientos y noventa y nueve años.

Juan Gallo de Andrada.

APROBACIÓN

MUY PODEROSO SEÑOR:

Por los de vuestro Real Consejo me fué mandado ver y examinar un libro que se intitula *Milicia Indiana*, hecho por D. Bernardo de Vargas Machuca, para que le censurase en lo necesario, el cual libro yo he visto, advirtiendo con todo cuidado lo que podía tener de censura y enmienda, juntamente con la *descripción de las Indias y compendio de la esfera*, y por la mucha experiencia que de la dicha milicia de que trata tengo, y largo conocimiento de aquellas partes, y lo demás en él contenido, hallo que está escrito con mucho cuidado y trabajo y

que no habrá sido pequeño el del dicho capitán en su ejercicio para disponerle en práctica, como lo ha hecho, y en reducir á breve estilo tan difusa é importante materia. Y así me parece que será servicio de Dios y de Vuestra Alteza, el darle licencia para imprimirle, por la mucha utilidad que causará á todas las Indias, siendo tan buen espejo para los que en la dicha milicia de ellas se ocuparen; y en estas partes, por la curiosidad y cosas notables que contiene.

D. Juan de Mendoza.

APROBACIÓN

Yo he visto, por orden de los señores del Consejo, con cuidado, el discurso de la *Milicia Indiana*, compuesto por el capitán D. Bernardo de Vargas Machuca, repartido en cuatro libros que contienen muchas y varias cosas para la guerra y conquistas de aquellos reinos y acrecentamiento de la corona Real y bien universal. Algunas cosas van tildadas, que por yerro de pluma venían escritas, las cuales quitadas, me parece que se puede imprimir y esperar, mediante sus avisos, buenos efectos. En Madrid á diez y nueve de Octubre de 1597.

D. Diego Vázquez Arce.

APROBACIÓN

SEÑOR

Por mandado de vuestra Majestad he visto el libro intitulado *Milicia Indiana*, compuesto por el capitán D. Bernardo de Vargas Machuca, á quien se debe agradecer lo que en esta obra ha trabajado, por haberlo hecho en el tiempo que ha asistido en esta corte á sus pretensiones: y con las cosas que se han enmendado, me parece que se puede imprimir, siendo Vuestra Majestad servido de dar licencia para ello. En Madrid 8 de Agosto de 1598 años.

D. Antonio Ossorio.

APROBACIÓN

Por mandado de los señores del Supremo Consejo Real, yo Fr. Francisco de Ortega, de la orden de San Agustín, visitador general y apostólico de su orden en las islas Filipinas, he visto este libro intitulado *Milicia Indiana*, repartido en cuatro libros, y una *descripción breve de las Indias* y un compendio y parte de la esfera, compuesto por el capitán D. Bernardo de Vargas Machuca, y antes que diga mi sentimiento y parecer, por la mucha experiencia que de más de cuarenta años tengo de Indias, digo que en aquel Nuevo Mundo hay tres diferencias de indios, unos que no han dado la obediencia á Su Majestad, ni han sido sujetos á españoles, ni se han bautizado, ni venido en conocimiento de Dios Nuestro Señor,

ni han visto ministro del Evangelio que les predique y enseñe su divina ley, y así se están en sus idolatrías é infidelidad quietos y pacíficos, donde Dios los crió, sin salir de su tierra á ofender ni hacer mal á nuestros españoles. Otros hay que, después de haber dado la obediencia á Su Majestad y á la Iglesia, y haberse bautizado y convertido por la predicación de los religiosos ministros de Dios, se han alterado y levantado contra nuestros españoles, y vueltos á sus pristinas idolatrías, apostatando de la fé, haciendo todo el mal que pueden. El otro género de indios, es, que ni han dado obediencia al rey nuestro señor, ni á la Iglesia, ni han querido ni quieren admitir paz ni amistad con nosotros los españoles, y sin ofenderles ni hacerles mal, vienen á ofendernos y á hacer el mayor mal que pueden, como son unos en la Nueva España, que llaman Chichimecos, que andan por muchas partes, repartidos en cuadrillas de doscientos y trescientos y algunos más, con sus arcos y flechas y otras armas, y vienen á robar y matar á los españoles que van de Méjico á las minas de Zacatecas, que es la mayor grosedad que hay en la Nueva España, que es como el cerro de Potosí en el Perú; y así es necesario que se junten muchos españoles armados ellos y los caballos con unas mantas de algodón de tres dedos de

grueso, para que allí hagan presa las flechas que les tiran los indios: y lo mismo hacen estos indios en otras partes. Y habrá ocho años que entraron en un monasterio de mi orden, en un pueblo que se llama Chapuluacan, y le robaron y á un fraile sacerdote le maniataron á un árbol y allí le flecharon y asaetaron como á San Sebastián y allí murió martirizado. Otros indios hay semejantes á estos en las Filipinas, en la isla de Luzón, veinte y cinco leguas de la ciudad de Manila, y en el Perú y reino de Chile, y en el Nuevo reino de Granada y en otras partes que han hecho y hacen muchos y mayores daños. Y supuesto esto, digo que el primer género de indios que arriba he dicho, los han de apaciguar y conquistar los ministros Evangélicos con las armas del Evangelio y palabras divinas, procurando con toda mansedumbre y buenas obras, traerlos con paz y amor al gremio de la Iglesia y conocimiento de nuestro verdadero Dios, para que se salven. Y si no quisieren recibir la paz y amistad que les piden y ofrecen, dejarles sin hacerles guerra ni hacerles ningún mal ni daño, que si Dios tiene allí algunos predestinados en su divina mente, Él sabe el cómo y cuándo los ha de traer á su divino conocimiento y servicio. Y supuesto esto, y que el autor de este libro no lo ha compuesto ni ordenado para estos indios,

sino para los otros dos géneros que se han referido, digo que el libro no tiene cosa contra nuestra sagrada fé, ni que contradiga á nuestras buenas costumbres, antes contiene mucho y buen ejemplo, curiosidad y provechoso para guerras justas: y que el autor muestra ser valeroso soldado y capitán experimentado, cuidadoso y advertido en los avisos y advertencias que dá; y que es digno de loor por haberle compuesto, y que por lo mucho que á Su Majestad ha servido en aquellas partes, merece se le haga mucha merced y que los señores del Real Consejo se la hagan en dar licencia para que este libro se imprima y salga á luz, que este es mi parecer y lo firmé de mi nombre. En San Felipe de Madrid, á catorce de Diciembre de mil y quinientos y noventa y siete años.

Fray Francisco de Ortega.

EL REY

Por cuanto por parte de vos el capitán don Bernardo de Vargas Machuca, vecino de la ciudad de Santa Fé, en el Nuevo reino de Granada de las Indias occidentales, nos fué hecha relación que habíais compuesto un libro intitulado *Milicia Indiana y descripción de las Indias*, en lo cual os habíais ocupado mucho tiempo, y el dicho libro era de mucha utilidad por tratarse en él negocios que importaban á nuestro servicio y bien de los indios naturales de aquella tierra, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para poderle imprimir y privilegio por treinta años ó como la nuestra merced fuese: Lo cual, visto por los del nuestro

Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la pragmática, por Nos últimamente hecha sobre la impresión de los libros, dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón y Nos tuvímoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced os damos licencia y facultad para que vos ó la persona que vuestro poder hubiere y no otra alguna, podais imprimir dicho libro intitulado *Milicia Indiana y descripción de las Indias*, que de suso se hace mención, en todos estos reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años que corran y se cuenten desde el día de la data de esta nuestra cédula, so pena que la persona ó personas que sin tener vuestro poder lo imprimiere ó vendiere ó hiciere imprimir ó vender, pierda la impresión que hiciere, con los moldes y aparejos de ellas, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere; la cual dicha pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare y la otra tercia para nuestra Cámara y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare: con tanto que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traigais á nuestro Consejo juntamente con el original que en él fué visto, que va rubricada

cada plana y firmado al fin dél, de Juan Gallo de Andrada, nuestro secretario de Cámara, de los que en él residen, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original, ó traigais fé en pública forma de cómo por corrector nombrado por nuestro mandado se vió y corrigió la dicha impresión por el original y se imprimió conforme á él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volúmen hubiéredes de haber. Y mandamos al impresor, que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio ni el primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor y persona á cuya costa lo imprimiere, ni á otro alguno, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo: y estando hecho y no de otra manera pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y sucesivamente ponga esta nuestra cédula y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en las leyes y pragmáticas de estos nuestros reinos. Y mandamos á los del nuestro Consejo y á otras cualesquier justicias destos nuestros reinos, que guarden y cumplan esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fe-

cha en Madrid á dos días del mes de Octubre de mil y quinientos y noventa y ocho años.

YO EL REY.

Por mandado del rey nuestro señor,

Juan Vázquez.

EL CAPITÁN

D. Bernardo de Vargas Machuca,
al licenciado Paulo de Laguna,
presidente del Consejo Real de las Indias.

Cuando Hernando Cortés, marqués del Valle, famoso y primer caudillo en las índicas regiones, dió principio á la milicia Indiana haciendo inmortal la fama de su valeroso brazo, fué del enemigo tan acosado, que escogió por acertado remedio arrojarse en la grande y famosa laguna Mejicana, imitando á Mena, rey egipcio, cuando acosado de sus venteros, se arrojó en la famosa laguna Meris, donde favoreció la vida. Pues como el marqués reconociese el favorable acogimiento, y con más admiración que fué el de Mena, cobró invencible ánimo, asegurando su trabajo y sacando de él innumerables frutos.

Pues considerándome yo en no menos trance y riesgo, emboscado en la materia deste libro, primer discurso de la milicia Indiana, que en ratos desocupados de mis pretensiones (del premio de mis servicios) he compuesto, tomando por blanco el Real servicio, en el entretanto que se me manda volver á tomar las armas, después de veinte y ocho años que tengo empleados en pacificaciones de Indias, quitando de ellos seis que gasté en jornadas á Italia, porque como el oficio de envidiosos detractores siempre esté dispuesto para perseguir semejantes trabajos, temiendo (con razón) el general acometimiento de los tales, que suelen acosar cosas de mayor estudio, necesariamente siguiendo y buscando tales guaridas, me arrojo en las ondas del amparo de Vuestra Señoría, laguna de mayor y más cierta seguridad que al de Egipto, le fué Meris y al del Valle, la Mejicana, pues no tiene duda el favorable amparo á los que de tan generosa mano se valen, que con él estoy cierto de nuevo brío y aliento para hacer rostro á toda mala intención. Suplico á Vuestra Señoría, como gobernador supremo de aquellos reinos, ampare y favorezca este trabajo, pues redunda en servicio de la Majestad Real y en bien común de aquellas provincias, abriendo á unos el camino de teórica y á otros de práctica

de que carecen los más que gobiernan, así en paz como en guerra, pues cuando en algunos sobre, no les será inconveniente tener recopilado todo aquello que derramado tendrán por la memoria. A esta causa entiendo será este trabajo bien recibido, principalmente con la protección de Vuestra Señoría, cuyo valor con tanta excelencia en nuestro tiempo resplandece.

PRÓLOGO

Cuando de un reloj se considera con especulación su todo, fuerza será dar gusto al entendimiento; pero si le dividen en partes, echando mano de un solo hierrezuelo, no pueden dejar de dar con él en un rincón, juzgándole cada uno por cosa sin provecho. Curioso lector, los libros tienen á este reloj gran semejanza, que leyendo su todo, no pueden dejar de dar gusto su artificio y doctrina; pero si se leen en parte, también será fuerza arrinconarle juzgándole sin provecho. Yo no pienso pasar sin entrar en juicio, ni tampoco quiero pedir que el que hubiere de ser juez deste libro curse veinte y ocho años desta escuela, como yo lo he hecho, para que derechamente lo pueda ser,

ó que después de cursada se ponga á escribir y trabajar otro, en tanta calamidad de tres años de pretensiones como yo he tenido. Pero á lo menos suplicarle hé que, primero que adicione, haya pasado todo el libro, para que cada parte se incorpore en el intento, que espero en Dios que en la especulación cada uno hallará el todo del reloj y le parecerá bien: así, el que tuviere la práctica de lo que se trata, como el de teórica. Las causas que me obligaron á escribir este libro, la principal fué, servir á la Majestad Real, alentando aquella milicia que tan dejativa está, y también dar escuela della á muchos caudillos que en aquellas partes emprenden conquistas y pacificaciones sin ningún conocimiento, que son causa de que se pierdan mal nuestros españoles no quedando ellos ganados. Obligóme asímismo el afición que á este arte de la milicia he tenido desde el día que ceñí espada, siguiéndola en Italia, y armadas, y en Indias, donde comencé con el cargo de maestre de Campo, y entrando en el de caudillo general, fueron por mi cuenta y riesgo todas las jornadas y conquistas que se me encargaron, que no fueron pocas. Por la manera que fabriqué este libro, fué el darle nombre de *Milicia y descripción de las Indias*, repartiéndolo en cuatro libros, poniendo por principio una exhortación para mover y dar lum-

bre al intento; y por postre añadida la descripción de las Indias. Obligóme á lo hacer, el ver algunos libros que dello tratan, que comprenden poco, y como son escritos por relaciones, tienen muchos errores, y para que los que viven en estas partes alcancen las cosas con la misma verdad que allá pasan. Así mismo añadí un breve Compendio de la Esfera, porque el discurso con que trato toda cosa de Indias en la descripción me obligó á lo hacer, tratando tan solamente lo necesario, porque mi intento no fuese, y también por engolosinar á los que siguen aquella milicia, que tanto carecen de su compuesto, obligándoles á que la estudien aprovechándose de Sacrabosco y otros autores graves. Vale.

EPÍSTOLA PERSUATORIA

del capitán Alonso de Carvajal, natural de la ciudad de Tunxa, en el Nuevo reino de Granada, al sabio y prudente lector.

Las armas belicosas donde el indio
su imperio dilatar quiso arrogante,
don Bernardo de Vargas y Machuca,
cual español excelso y belicoso
las ha puesto en el punto más supremo
que jamás capitán le ha aventajado.
Con gloria y triunfo de Castilla, y fama,
de Dios ha celebrado eterno el nombre,
rindiendo á fuerza al indio indomitable,
que Julio César no tuvo más arte,
Anibal ni Escipión, ni otro guerrero
que reinos conquistase con gran nombre.
Testigo sea el cielo y los planetas
que influyen en antípodas tan fieros,

que soy testigo vero en esta historia,
que el trabajo le ha sido compañero,
sacando del ingenio y la experiencia
Re militar, que es nueva y necesaria.
Cual Ptolomeo da de Indias alturas,
derrotas de mar, tierras con distancia,
es Esculapio en árboles y yerbas,
animales y peces. Coronista
de ritos y costumbres de los indios,
mantenimientos, minas y riquezas.
Cual natural que soy de Tunxa, afirmo
que es disciplina esta que al imperio
de nuestro rey católico le importa.
cuando importó Catón á los romanos
para aplicar á su sagrado cetro
minas, vasallos, reyes y provincias.
Un español ha sido tan honrado,
que ha conquistado mucho como á bueno,
y de nuevo ha poblado otra Simancas,
á imitación de la que está en Castilla,
que tiene Juan de Vargas su buen padre,
á cargo, como alcaide, aquella fuerza.
Quien quisiere saber cómo se doma
el cacique arrogante ó no rendido,
qué fuerza, qué valor es necesaria,
qué maña, qué destreza, qué prudencia,
aquí tendrá del arte y disciplina
lo más puro, mejor, más acertado.

Las armas y la pluma toman vuelo,
el ingenio y el brazo han hecho liga,
el sabio que leyere, vaya á tiento,
que el valor con prudencia vuelan alto,
y el que repruebe en India este ejercicio,
mire que pierde el nombre de soldado.

EL LICENCIADO

Trivaldos de Toledo,
al autor

SONETO

Nadie cual tú, Bernardo ilustre, enseña
al gallardo español en la austral parte,
cómo derribe un bárbaro estandarte,
ya en campo abierto, ya en silvestre breña.
Cómo hará de su escuadrón reseña,
cómo le encenderá en furor de Marte,
cómo se ayudará el valor del arte,
si acaso en puesto desigual se empeña.
Por tan alta instrucción te debe España
la posesión de un mundo según hallo,
más que al Colón, descubridor caudillo
pues tanto es de más gloria tal hazaña,
cuanto es mayor empresa conquistallo,
que á la primera vista descubrillo.

PEDRO LIÑAN DE RIAZA

A D. Bernardo de Vargas.

—

SONETO

Los límites de España dilatando,
cumpliendo del plus ultra el alto agüero,
conquista, escribe y doma con su acero,
del rebelde gentil la fuerza, el mando.

El bárbaro desorden concertado,
informa y ejercita al que primero
supo y pudo rendir, César guerrero,
y Ulises en prudencia aconsejando.

Don Bernardo de Vargas, fama y gloria
de España, en el antípoda remoto,
Hazaña rara, hizo cuanto os digo.
Honre la edad futura su memoria,
ríjase la presente por su voto,
y tendrán guerra y paz, premio y castigo.

EL CAPITAN D. LUIS BRAVO DE ACUÑA

A D. Bernardo de Vargas Machuca.

—

SONETO

El nombre del latino tan loable,
desde la zona frígida á la ardiente,
cuyo poder la más remota gente
tuvo, sujeta al yugo miserable.
La fuerza y el valor incontrastable,
del Macedón asombro del Oriente,
el capitán más bravo y excelente,
digno de fama eterna y perdurable.
Si de ingenio y ardid no se ayudara,
famoso Vargas, nunca consiguiera,
lo que tú con el tuyo conseguiste.
Pues claro, enseñas en tu historia rara,
á todo el mundo, el modo y la manera
con que se han de vencer los que venciste.

EL CAPITAN Y SARGENTO MAYOR

Lázaro Luis Iranzo,
al autor.

—

SONETO

Dió luz á la región descolorada,
con fiero Marte, con Minerva Apolo
Don Bernardo de Vargas, porque á él solo
la potestad del cielo le fué dada.
Quedó naturaleza mejorada,
y envidioso del uno el otro polo,
Neptuno alegre, Júpiter y Eolo,
que dieron paso y fuerza en la jornada.
Llegó su obra al punto del deseo,
que á los bárbaros indios ha humillado
A Filipo Segundo, sin segundo:
y dél la fama levantó un trofeo,
que encima del Antártico fijado
está, y le llaman sol del mundo nuevo.

EL LICENCIADO FRANCISCO DE LA TORRE ESCOBAR

Natural de Santa Fé, del Nuevo reino de Granada, al capitán D. Bernardo de Vargas Machuca.

—

SONETO

El español que halló la nueva tierra,
tras larga mar, tras larga desventura,
gozó del oro que la tierra dura
en sus entrañas escondido encierra.
Y si del vulgo la opinión no yerra,
ensalzando de Cristo la fé pura
venció tras el despojo que asegura
la más dudosa y más difícil guerra.
Vos solo, á quien tocó la mejor parte
deste triunfo inmortal, muestra habéis hecho
que fué vuestro despojo este tesoro,
aquí nos dais del conquistar el arte,
virtud que en un hidalgo honrado pecho
se estima mucho más que plata y oro.

EL LICENCIADO CIPRIANO DE LA CUEVA MONTESDOCA

A D. Bernardo de Vargas.

—

SONETO

Serán si el orden celestial no yerra,
que á vos se inclina con dichoso influjo
de un valor inmortal raro dibujo,
las nuevas armas de la Indiana guerra.

No ha consumido la envidiosa tierra,
del Fénix, la ceniza que os produjo,
que si á yugo de Fé, moros redujo,
vos bárbaros que el orbe nuevo encierra.

Vuelve la clara sangre á sus autores,
y ésta con vivo ejemplo el pecho enciende,
que intenta en su virtud hechos tan altos:
La vencedora y sabia mano enmiende,
yerros de espada y pluma y sus loores,
de sí célebres, de sí misma faltos.

EL LICENCIADO

GONZALO MATEO DE BARRIO

á D. Bernardo de Vargas Machuca

SONETO

Por no dejar sin premio el santo celo
conque Cortés, menospreciando el oro,
dió tanto cortesano al sacro coro
y al águila real tan alto vuelo.
No descubrió en su tiempo el justo cielo
de la milicia vuestra el gran tesoro
que á ella se diera el inmortal decoro
conque él pobló su fama en todo el suelo.
Igualmente Bernardo al que se atreve,
y al que mezcla el consejo con la espada,
sois guia en lo prudente y en lo osado.
Y otra milicia vuestro libro os debe,
que está por vos con peto y con celada,
contra la envidia y contra el tiempo armado.

D. JUAN DE TASSIS Y PERALTA

á D. Bernardo de Vargas.

SONETO

Gloria y honor del índico Occidente,
prudente caballero y animoso,
en los trances de Marte valeroso,
y en los actos de Palas elocuente.
Dichoso tú. cuya invencible frente
ciñe la flor del lauro victorioso,
debido en corte al escritor famoso,
como en campaña al general valiente.
Y más dichoso el español imperio,
pues tu raro valor y brazo alcanza,
en arte y gloria militar tan diestro,
que es fuerza en el antártico hemisferio
para imitar los golpes de su lanza,
obedecer su estilo por maestro.

DEL CAPITAN HERNANDO DE MENA

SONETO

Aquiles desde Grecia á Troya parte,
Ulises desde Troya á nuestra España,
celebra Homero la una y otra hazaña,
Neptuno hace á uno y otro fiero Marte.
Siglo al fin de oro, que hoy la mayor parte
del orbe corre sin dejar montaña,
surcando el mar, corriendo la campaña,
Bernardo con trabajo, fuerza y arte.
Espesos aguaceros padeciendo,
comiendo yerbas, solo peleando,
con mucha gente cruel, fiera, enemiga.
Y en este libro muestra y va escribiendo
cómo se han de ir los indios conquistando,
y en lo que se le estima, él nos lo diga.

LIBRO PRIMERO

DE LA

MILICIA INDIANA

EN QUE SE TRATAN
LAS PARTES DE QUE HA DE SER COMPUESTO
UN BUEN CAUDILLO

Exhortación.

Sabida cosa debió ser entre todo género de gentes y particularmente en los que Dios quiso dar razonable talento y discurso, la división de los orbes celestes y elementales, y su compuesto: que considerada esta máquina, la habrá hallado dividida por sus zonas, paralelos, meridianos, círculos mayores y menores y horizontes: y la gente que habita la máquina terrestre, cada uno con su correspondiente antípoda, anteco y pirieco, piriseo y anfiseo, la influencia, calidad y asiento que cada parte de éstas tiene por las

alturas que distan de los polos Artico y Antártico y Línea equinocial: y así mismo habrá considerado los mares y caudalosos ríos, reinos, provincias, ciudades, villas y aldeas: las sierras, montañas y campos rasos: el valle caliente, el medio templado y el alto frío: el número de gentes: las leyes naturales, divinas y humanas: las sectas, los ritos y ceremonias: y de las personas, sus facciones, colores, estaturas, ánimos, entendimientos é inclinaciones: los trajes, costumbres y disposición de armas: y en los mares y ríos, la disformidad y variación de peces, casi con la misma división de la tierra: en cuyos y diferentes centros están por sus géneros repartidos, á cuya causa difiere el artificio de pescarlos. Con las cuales consideraciones pienso yo debe cualquier buen republicano dividir y desmenuzar, teniendo conocimiento de cualquiera y toda cosa, para gobernar con policía y buen orden su república; poniendo en ello de ordinario vigilante cuidado; pues no con unas mismas ordenanzas se gobiernan los reinos, ciudades y pueblos menores, aunque militen debajo de una ley divina y humana; porque ya que frisen en parte, no en el todo. Y así vemos que en cada república tienen sus ordenanzas acomodadas; porque mal se gobernará Sevilla con las ordenanzas de Madrid, ni Burgos con las de

Bilbao, ni una aldea con las de una ciudad populosa. Y así el príncipe debe gobernar sus reinos diferenciando las ordenanzas Reales, acomodando sus causas y calidades. Y para esto es conveniente cosa, que así el príncipe, como sus gobernadores tengan práctica y conocimiento de ellas, general y particularmente; por donde conservarán y gobernarán reinos y provincias ensanchándolas cada día más, sin demasiado trabajo; pues siendo así, que todas las cosas difieren conforme sus causas, de creer es, las guerras también tendrán diferente modo y práctica, cuanto fueren diferentes las tierras, las gentes, los ánimos y las armas con que pelearen á su invención.

Romanos.

Y así sabemos que los romanos se aprovecharon en sus guerras antiguas de ballestas, dardos y rodelas, escudos y capacetes; también corazas, brazaletes y grevas, arcos y hondas, y sus escuadrones los formaban á la consideración de semejantes armas.

Griegos.

Los griegos usaron picas y algunas armas de los romanos.

Franceses.

Los franceses, los de á caballo, usaron saetas, y los de á pié, rodelas y estoques, y en el acometer grandes alaridos y voces.

Africanos.

Los africanos se aprovecharon de camellos, como los orientales de elefantes, en que se encastillaban, usando armas arrojadizas.

Españoles.

Nuestros españoles usaron grandes carros de fuego y armas arrojadizas; y las que ahora usan en las partes de Levante y en nuestra España más de ordinario, es la pica, alabarda y la espada que inventaron los suizos; también arcabuces, coseletes; los piqueros y los hombres de armas, arneses y lanzas de enristre; los ginetes, lanza y adarga; usan artillería gruesa y menuda mosquetería, arma provechosa, y en las fuerzas, murallas y fosos, y para las bolar con fuego el enemigo hace minas y los de dentro se defienden haciendo sus contraminas.

Armas usadas en Indias por españoles.

En las partes de Indias usaron al principio ballestas, cotas y corazas, y pocos arcabuces,

también rodelas: y ahora en este tiempo con la larga experiencia, reconociendo la mejor arma y más provechosa, usan escopetas, sayos de armas hechos de algodón, espadas anchicortas, antiparras y morriones del dicho algodón y rodelas; y los de á caballo, lanzas y en algunas partes cotas, y cueras de ante y sobrevistas de malla. Los unos y los otros usan trompetas. Estas armas, así de á pié, como de á caballo, las acomodan á la furia y arma del indio, á la aspereza ó llanura de la tierra, al calor ó al frío, y conforme á la invención con que pelea el indio: así reparten y forman su gente y campo (como adelante se dirá) procurando andar con el movimiento del indio, porque es tan vario que de una provincia á otra y de un valle á otro, sin intervenir diez leguas de latitud ó longitud, hallan nuevo modo de armas, á cuya causa conviene variar también nuestros españoles, y en general se aprovechan de la ayuda de perros, por haber hallado de cuánta importancia son para su defensa y vela en los Reales y para descubrir emboscadas. Estas armas no todas se usan en un reino, porque así conforme la tierra demanda, así se aprovechan de ellas. En la Nueva España, se usarán en parte; pero no en el todo. Lo mismo en el Perú y Nuevo reino de Granada; y aún en cada uno de estos reinos, en sus provincias hay diferen-

cia, que por no ser á tiempo para desmenuzarlo, paso sucintamente, por tratar de los indios, su invención de armas.

Armas de los indios.

Los indios, así antiguamente como en nuestros tiempos, han usado y usan lanzas de treinta palmos, son de palma, tostadas las puntas, y en la dureza no hace diferencia á un hueso. Otras usan de hierros que han ganado y rescatado á nuestros españoles, cosa bien digna de castigo ejemplar que casi es traición ó especie de ella, porque aunque se rescatan á indios de paz, y con sano intento, son arcabuces por donde pasan á las manos de sus enemigos, con los cuales han ya quitado muchas vidas á los nuestros (cosa en que se debería mirar y poner remedio en ello para no lo hacer, y los gobernadores para lo castigar). Usan también unas macanas, como montantes ó espadas de mano y media, son de palmas y juéganlas á dos manos. Usan las flechas con puntas de pedernal y púas de rayas, que son muy enconosas, y otras con puntas de palma enervadas con yerba de veinticuatro horas. Dardos y rodelas, morriones y coseletes de cuero de toro. De esto solo usan los de Chile. Otros indios usan la cervatana con saetas de yerba. Otros estólicas y tiraderas,

púas, estacones, hoyos, trampas, galgas y puentes falsos. Usan también hondas, esta es arma dañosa, dan emboscadas muy á menudo; cuando acometen dan grandes voces y alaridos.

Uso de los indios en la guerra.

Unos traen el cabello largo y suelto, como mujeres, otros lo traen trenzado, otros cortado y rapado. Estos son los mejores guerreros, porque se excusan cuando vienen á las manos con los españoles, de que los hagan presa de ellos, y como no lo tengan y estén en cueros, se deslizan sin que se puedan asir á manos. Cada nación se aprovecha de parte de estas armas conforme á su aplicación y disposición de tierra.

Los indios se pintan para salir á la guerra.

Salen á sus guerras encueros, muy pintados rostro y cuerpo para parecer más feroces: píntanse con vija, que es una color como Alheña; y otros de jagua, que es una tinta que se hace de fruta, que en nueve días no se quita.

Joyas de indios —Los indios usan colas de animales.

Salen los más principales, donde la alcanzan con varia plumería y cargados de joyas de oro á su modo, como son caracuries en las narices, chagualas, orejeras, medias lunas, y brazaletes y

cuentas: pónense manos de leones y tigres en la cabeza; y en la cintura las colas de estos animales que les cuelgan por detrás.

Usan instrumentos para levantar los ánimos, como son caracoles, fotutos, tamboretes y trompetillas. Y en las montañas usan para recogerse de lejos y avisar y tocar á arma, unos atambores grandes de palo.

Huída de los indios.

Es gente que en las guerras y guazavaras que tienen, si comienzan á huir, se desbaratan con facilidad, sin esperanza de remedio alguno para poderse tornar á reformar, recoger y fortalecer.

Indios victoriosos.

También es gente que si reconocen la victoria no tiene el mundo guerreros que mejor la sigan, porque sin comer ni descansar siguen un alcance tres y cuatro días, sustentándose solamente de una coca que mascan.

Prevención de indios para entrar en la pelea.

Todas sus peleas son fundadas en traiciones, sino es cuando representan Guazabra, que nuestro castellano llama batalla, que confiados en la fuerza de su gente y en la comodidad del

sitio, vienen á campo abierto, dejando, cuando entran en ella, hecha y reconocida la huída: y lo mismo guardan en las emboscadas y asaltos, porque sin esta prevención no es gente que se aventura, aunque más preciso sea el caso y ocasión, ora sea en sábana rasa ó en montaña alta y fragosa.

Indios ágiles.

Son ágiles por el hábito y costumbre que tienen hecha, y así, por aliento alcanzan un venado y no hay perro que más suelto sea y que menos se embarace en la corrida, así en pajonal de sábana, como balsar ó arcabuco, ni que mejor tome un rastro de gente que haya pasado aunque sea de ocho días, así por caminos como por trochas ó quebradas de agua. Sus viviendas las tienen muy como guerreros; aquellos que siguen la guerra, tiénenlas por los altos divididas por parentelas; cada parentela tiene su cabeza conocida, aunque la respetan muy poco.

Modo de avisarse los indios en la guerra.

Cuando les conviene juntarse ó darse algún aviso, se entienden por los atambores dichos. Y cuando la distancia es larga, que el eco de los atambores no alcanza, hacen humos de tal manera y tal modo que un mensajero no podría

mejor dar á entender la causa. Casi en parte siguen este aviso las atalayas de la costa de España, otros las tienen en lagunas con mil varios modos: y en la gente que vive de esta manera han durado y durarán (á lo que de experiencia se tiene) algunos años sus conquistas, como más largamente adelante trataremos, que los que se han hallado y hallan en junta de república, han sido y son conquistados con facilidad.

Valor de un indio.—Persuasión de un indio.

Es gente de behetría toda ella, sin consideración ni valor, y así, si se ven presos se dejan morir miserablemente en dos días; y si notablemente ha habido algunos valerosos y que en sus infortunios han mostrado fortaleza, han sido y son muy contados, como lo fué aquel Araucano de quien cuenta Alonso de Ercilla que antes y después de cortadas las manos por nuestros españoles, prometía grandes daños, con grandes oprobios que les decía, si con vida le dejaban, como así sucedió, cosa que el caudillo debe excusar, dejando libre de sus miembros al que derechamente no mereciere muerte, y al que la mereciere dársela con la ley en la mano; y al que se hubiere de soltar, obligándole con buenas obras á la amistad, porque al que le cortaren la fuerza de las manos, se la multiplican en la

lengua, que viéndose tan lastimado, cualquiera sabe bien persuadir y mover los de su bando á coraje y lástima, como en este se vió bien el efecto que hizo con sola su lengua, que con sus parlamentos y exhortaciones alcanzó aquella nación tantas victorias y nombre, con tanta ruina y daño nuestro. Otros ha habido valerosos, pero han sido pocos, y esos sin discurso y siguiendo su gentilidad arrebatados de una cólera bárbara. Y si mostró discurso y valor aquel famoso Lautaro con tan memorables hechos, se puede atribuir al tiempo que cursó entre nuestros españoles sirviéndolos; y no es mucho que entre tan gran número de gente se hallen algunos como yo los he topado en el discurso de mis conquistas y jornadas.

Las Indias fueron intratables antes de nuestros españoles.

Volviendo á nuestro propósito, digo que habiendo tanta diferencia así en armas como en las demás cosas, diferente práctica y milicia será fuerza tengamos en aquellas partes y diferentemente se habrán nuestros españoles con gente que después que Dios crió el mundo no tuvieron comunicación con las partes Septentrionales ó, por mejor decir, volvieron á ellas, por la distancia tan grande que de una parte hay á otra: y que las Indias todas es una isla en cuyo

cuerpo se abraza Perú, Nuevo reino de Granada, Brasil, Tierra firme y Nueva España, y Florida y Nuevo Méjico, tierras que fueron siempre intratables hasta que nuestros españoles las hollaron y descubrieron.

El indio se vale de sola su invención de armas.

Si es verdad que pasaron apóstoles á predicar el Santo Evangelio, como yo lo creo, y de ello hemos hallado señales, aunque no hay escritura divina ni humana por donde se pueda probar que los apóstoles fueron á las Indias Occidentales, pero piadosamente se puede creer, no los enseñarían invención de armas y modos y práctica de guerra, más de tan solamente tratar las cosas de nuestra santa fe, y así queda probado se valen de sola su invención de armas y natural, y que nuestros españoles también se habrán acomodado á la misma tierra y á lo que su disposición da lugar, y para esto habrán hecho nuevo discurso y nueva práctica, dejando la de Italia en mucha parte, no por carecer de ella, porque entre tanto número de gente, bien se debe creer habrán pasado soldados que la pudieran prácticar, pero como no es conveniente en el todo para contra aquellas naciones en sus conquistas, no se trata de ella.

Hasta ahora no se hecho discurso de la Milicia Indiana.—Por faltar conocimiento y práctica al caudillo ó gobernador, sobran inconvenientes.

Bien que cuando unos españoles se han con otros ó con otras naciones enemigas en las costas, se aprovechan, y no porque algunos preceptos dejen de frisar, como este dechado descubrirá, cosa que después que se descubrieron las Indias, nadie ha querido ni ha hecho este discurso ni escuela de él, siendo tan importantísimo y no menos digno de saber que otro. Norte del soldado, del capitán, del gobernador, para aquel que gobierna sin experiencia y práctica, gobierne por la teórica y conocimiento de cosas, aunque no las tenga presentes, que con ellas resolverá con presteza y certidumbre, que los que han escrito, sólo han tratado las conquistas, los hechos y los famosos capitanes y soldados, las calidades, tierras y asientos, sin descubrir el modo y práctica de milicia con que allá se han nuestros españoles, por cuya causa resultan muchos inconvenientes en las elecciones que hacen, proveyendo muchos que carecen de toda práctica y teórica; y es enviar muchos ciegos para dos que acaso acertaron á tener vista, que cuando los tales vienen á abrir los ojos, han perdido ya la ocasión, que vuelta la cara no se puede asir.

En la milicia indiana el príncipe no hace el gasto.—En la milicia de Italia el trabajo está repartido.

Pues bien, sabemos que no hay hoy gobierno en todas las Indias que no participe de guerra y pacificaciones, y sino todos, los más dellos, y con tal cuidado se evitarán un millón de inconvenientes, teniendo el conocimiento de la causa para elegir, y los unos y los otros acertarán á servir á su rey y señor y él honrará sus caudillos y pobladores con premios honrados á quienes tan debidos son, pues en esta milicia el príncipe no hace el gasto, porque el capitán ó caudillo que á su cargo toma la ocasión él se hace la gente y la sustenta y paga y había de todo lo necesario, previniendo armas y municiones, sin que intervengan pagadores reales, pues llegada la ocasión del trabajo y peligro, siempre es el primero, y la hambre siempre pasa primero por el rancho del buen caudillo al sueño y descanso: el soldado tiene tiempo conocido, el caudillo jamás lo tiene, porque el rato que le sobra del trabajo está vigilante por la salud de su campo que toda cuelga dél: que en la milicia de Italia el trabajo está repartido en el general,

maestre de campo, sargento mayor y su ayudante, y en los capitanes, sus alféreces y sargentos y cabos de escuadras y otros oficiales ordinarios y extraordinarios.

En la milicia indiana el trabajo todo es del caudillo.

Pero en la de Indias todo está á cargo del caudillo, aunque es verdad nombra algunos oficiales; pero es propter formam, porque él gobierna, castiga y compone y media: reparte su gente sargenteándola, y, sobre todo, es pagador de ella. También á ratos es médico y cirujano y al enfermo ó herido es el primero que ayuda á cargarle, haciendo el oficio de padre, y por momentos acontece descalzarse é ir descalzo en el camino por calzar al soldado y remediar no más precisa necesidad que la suya. Pues quisiera yo saber qué premio se le deberá al caudillo que á tanto acude. Y mucho más que este dechado descubrirá, y esto con gran fé y amor de servir á su rey, esperando premio justo, porque en su mano está el dejar de hacerlo, pues por ello no tira sueldo, lo que no podría hacer el capitán, ó soldado de Italia fuera de ocasión acomodada por la paga que han recibido ó por otras forzosas causas, y así á ratos sirven más de fuerza que de grado, de que yo soy testigo por haberlo visto y considerado al ojo,

que mis años me cuesta aquella milicia. Pues si les falta la paga, ya sabemos se engendra un motín y se altera el campo, sin que podais averiguar quién fué el causador y alborotador.

Riqueza de las Indias.

Y si considerásemos con esto el provecho que nos acarrea la milicia indiana y lo que se le debe, hallaremos que cada año, uno con otro, nos entra por la barra de Sanlúcar en nuestra España muchos millones de dinero, plata y oro; y esta riqueza resulta del trabajo de sus personas y del valor de sus espadas, porque este ha sido y es el principio de todo. Pues estos conquistadores que tanta riqueza adquieren para ilustrar nuestra patria, sus hijos y sucesores, ¿qué diremos se hacen? diránme á mí, que todos mueren, y yo les reconoceré que es verdad: pero no me negarán que no mueren la mayor parte por los hospitales: y ya que actualmente no mueren en ellos, mueren en su pobreza, cosa bien lastimosa y digna de remedio, pues quien fué para ganar la tierra, también será para gobernarla tan bien como otros y aún mejor, por el mejor derecho, práctica y obligación que para ello tienen, sin les preferir gentes nuevas desnudas de todo mérito en aquellas partes.

Quien quita el premio a los beneméritos, lo yerra.—España se aflige si le falta el tributo de las Indias.

Si me dijeren que les falta talento, confesarles hé yo que podría faltar en alguno, pero no en todos; y al que le faltare para gobernar, no le faltará para comer la merced que su rey le hiciere por lo que él ó sus pasados han servido: que de no hacer esta consideración algunos gobernadores, han resultado grandes males, y esta culpa no la padece el príncipe, pues tan cristianamente sobre ello tiene dispuesto y ordenado, pero muchos lo yerran por faltarles el conocimiento de las cosas, y así son fácilmente engañados y persuadidos á ruegos y favores, ó que se muevan por otras particulares fines, quitándoselo al benemérito y dándoselo al criado ó paniaguado, al amigo mercader ó al otro oficial, y de esto los beneméritos se despechan, que si considerasen que van contra cédulas reales y el daño que podría resultar, no lo harían, ni desanimarían los conquistadores, pues todos sabemos cuánto importa que no falte á nuestra España la ordinaria riqueza que de Indias le viene, y es tanto, que si yerra un año la flota, no solo está afligida en particular, sino en general: y por mucho que venga, han menester más para sustentar tantas

guerras que de ordinario tiene: y este multiplico se podría esperar, premiando los pobladores y animándolos para que descubran nuevas gentes para más servir á Dios Nuestro Señor.

Las partes que debe tener un caudillo en la milicia indiana- y de cuántas debe ser compuesto.

Para que las monarquías se hayan ensanchado, han sido necesarias las conquistas.—Los reyes de España quitaron á los romanos la fortuna.—Conviene que el caudillo conserve lo que poblare.—La elección del caudillo ha de ser por las buenas partes que tuviere.

Para extender y ampliar las monarquías, han sido necesarios los descubrimientos y las conquistas: porque debajo de ellas se han ensanchado y los príncipes se han hecho poderosos y ganado estimación y nombre, y sus vasallos se han ennoblecido y con su valor han acrecentado estados, dejando perpétua memoria, y este bien ha sido general en toda república, y para gozar de esta felicidad fué necesario que los príncipes fueran á propósito, y en las partes que más han acertado á tenerlos, más largamente han gozado de esta buena dicha, porque el príncipe es el que baraja el dado y hace el buen

soldado y el que infunde la buena determinación y engendra los buenos sujetos: y los que más en esto se han señalado, fueron los romanos, porque tuvieron clavada la rueda de la fortuna por largos años, hasta que los Católicos Reyes de España oscurecieron y derribaron su nombre de la cumbre en que estaban colocados, por su gobierno y espada, quitándoles de las manos la fortuna que tan asida tenían, tomándola para sí, extendiendo tan largamente las alas de la fama por sus famosos hechos, tanto que jamás se vió monarquía que más largas las tendiese, abrazando por todas partes tantas y tan remotas regiones, de tal manera que á cuatro mil leguas de longitud de nuestra España está recibido el santo Evangelio, y sus banderas y estandartes están tremolando, y la causa han sido los grandes y valerosos príncipes que hemos tenido y tenemos, habiendo criado grandes y famosos caudillos y capitanes, los cuales en sus conquistas y poblaciones han mostrado gran fortaleza, la cual deben tener y conservar así en lo que está poblado como en lo que fueren poblando adelante, y que por negligencia y descuído no se despueble lo que tanto trabajo ha costado y cuesta, como ya hemos visto algo de esto en las partes de Indias, y para que así no suceda, conviene mucho se ha-

gan las elecciones de los gobernadores con consideración, y las de los caudillos, buscándolos á propósito con las más partes que fuere posible, sin respetos y otras obligaciones, que es gran lástima ver lo que pasa hoy en aquellas partes en esta razón, como más largamente adelante se dirá, y no por falta de buena elección se pierda la ocasión y el tiempo y el servicio de Dios y del rey.

Partes de un caudillo.

Cuales sean las partes de que ha de ser compuesto nuestro caudillo, cuanto á lo primero, buen cristiano, noble, rico, liberal, de buena edad, fuerte, diligente, prudente, afable, determinado: otras partes que penden de éstas, que se pudieran reducir á ellas, quiero declararlas, porque el que siguiere ó tratare de esta milicia, advierta así mismo que el caudillo ha de ser dichoso, secreto, cauteloso, ingenioso, honesto.

El caudillo que más partes tuviere, mejores efectos sacará.—Elección de los griegos y romanos.

El caudillo que todas las partes referidas alcanzare, sepa que es particular dón de Dios y con seguridad se podrá arrojar á las conquistas y poblaciones, y el que se eligiere con más

partes de estas, mejores efectos sacará, que no el que fuere desnudo de ellas: y este modo de elección con más ó menos partes, observaban bien los griegos y los romanos.

Cómo debe ser buen cristiano nuestro caudillo.

El caudillo debe ser buen cristiano.—Ninguna cosa acrecienta el ánimo, como es estar bien con Dios.—Consejo de Platón.

No se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios, y si Él es con nos, quién será contra nos: pues siendo esto así, no puede haber cosa buena donde no hubiere temor de Dios, ni puede haber victoria que Dios no la dé, porque Él sólo la dá y Él la puede quitar, permitir y estorbar, y á Él sólo se debe acudir: y qué cosa hay que más pueda aumentar el ánimo á un caudillo que acudir á su divina providencia, poniendo todos sus pensamientos y obras en sus manos para que favorezca los efectos, como nos lo aconseja Platón, así en los casos graves, como en los fáciles, porque siga el buen fin al

buen principio en toda cosa y particularmente en los casos de guerra.

Prevención de David.

David jamás salía á la guerra sin saber primero si salía en conformidad con la voluntad divina.

Constantino llevaba la cruz por estandarte. Victorias de los Teodosios por la oración.—Cuando Josué peleaba, Aarón y Moisés oraban.—Antes que el caudillo salga á la guerra, haga sus sacrificios.— El caudillo lleve sacerdote.

Cuando Constantino salía, llevaba la cruz por estandarte. Pues las victorias de los Teodosios, los antiguos afirman nacieron más de sus oraciones que de sus ejércitos. Y cuando Josué peleaba, Aarón y Moisés oraban; y así se ve que el acudir á Dios produce buenos efectos; y para que Dios reciba al que á Él acudiere, es conveniente que el caudillo haga ante todas cosas, y antes que salga á sus conquistas, las diligencias de cristiano, con sacrificios y oraciones; y para que esto se continúe en el discurso de su jornada, así por él como por sus soldados, es necesario llevar sacerdotes consigo, con la reverencia que á su tiempo trataremos, para que los limpien de los pecados y traigan á la gracia de Dios. Esto anima mucho y les da esperanza de victoria y van con certidumbre de ella.

Religión de los romanos.

Los romanos tenían la religión por principal artículo de su gobierno y no sufrían que fuese violada y jamás trataban cosa de República ó de guerra, que primero no procurasen la gracia de sus dioses y de darles gracias por los bienes recibidos.

El caudillo se excuse de jurar.

Para que más aceptos sean los sacrificios y oraciones que el caudillo hiciere á Dios, excúsese de jurar su santo nombre, porque, como dice San Agustín, de todo se ha de guardar cualquiera de jurar, porque de hacerlo alguna vez viene á hacer costumbre y en ello ofende gravemente la Majestad de Dios; y así el caudillo debe excusarlo, y también por el ejemplo de los soldados, porque es cierta cosa que han de imitar á la cabeza en el bien ó en el mal, sino es algún virtuoso que el mal no le inficione ni le venza la comunicación de su caudillo.

Permisión de Sócrates en el juramento.

Es tan abominable el juramento, que áun Sócrates en solo dos casos permitía al capitán ó soldado jurar, ó cuando les fuese fuerza li-

brarse de alguna mala sospecha que est uviese recibida en su deshonra ó por librar á un amigo de algún peligro. Y á esto digo yo que ha de se r jurando verdad, y este juramento está ya mu y reformado entre soldados viejos, que sólo se practica entre los poco prácticos en la guerra.

El caudillo no ha de estar amancebado.

Asimismo importa que el caudillo no vaya ama ncebado, ni lo consienta á soldado ninguno, porque demás de ser dañoso para el alma, lo es para la salud, por la mala calidad de la tierra, como adelante más largamente diremos, procurando excusar los demás daños que por momentos se ofrecen en las tales jornadas, observando sobre todo el culto divino y venerar los sacerdotes, y así sucederá todo bien.

Ejemplo de Pompeyo.—El remitir á Dios toda cosa tiene buen suceso.

Pompeyo Magno mostró bien esto, que habiendo ganado á Jerusalem y saliendo á él el Sumo Sacerdote revestido de Pontifical , no rehusó de adorarle, y otros muchos antiguos que observaron con gran cuidado la religión de sus falsos dioses; con cuánta más razón estarán obligados los caudillos cristianos á observar la

suya y á esperar victorias más célebres, con sucesos más prósperos, poniendo el blanco de sus intentos en las manos de Dios, de donde nos viene el verdadero remedio y felicidad.

Cuánto importa ser noble nuestro caudillo.

La nobleza importa mucho al caudillo.

Ya que hemos dicho cuanto importa á nuestro caudillo que sea buen cristiano para tener buenos sucesos, será bien digamos cuánto le importará también tener nobleza, porque después de ser buen cristiano, importa mucho esta parte, y más en la milicia indiana que en otra alguna.

Poco estimada es la milicia.—La virtud es premio de sí propia.—

Aunque es verdad que la milicia ennoblece al que viene de baja estirpe, ejercitando las armas en servicio de su rey, sirviéndole lealmente, por ser el arte más honrado y sublime de todos, aunque el día de hoy está desfavorecido,

ya casi no hay ciudadano que no se ría del que sigue la milicia y no solo se ríen, pero aún le tienen por falto de juicio, y no tienen razón, porque cuando no hubiera otro premio más del que da la virtud propia á quien la sigue, es bien seguirla y servir á su Rey y señor.

Más importa en el caudillo la nobleza que la riqueza. El poco respeto es causa del desbarate.

Volviendo al propósito, digo, que el caudillo para mandar y gobernar, es bien que de atrás le venga la nobleza, porque venga á usar de ella á todo tiempo, que no hay cosa que más haya desbaratado en aquellas partes las jornadas, como han sido disensiones engendradas del poco respeto que han tenido á sus caudillos y esto nace las más veces de la poca calidad que en ellos conocen; y esta nobleza importa más al servicio del príncipe que el ser el caudillo hombre de posibles, por lo que es excusar mal y daño que por su respeto ha sucedido y podría suceder.

Pocas veces se ajusta el premio con el benemérito.—Los gobernadores sin consideración elijen.

Si tuviese entrambas partes, mucho mejor sería, aunque son raras las veces que sucede por el poco premio que reciben el día de hoy de los gobernadores, por cuya mano se distir-

buye, pues en cumplimiento de la voluntad Real, tienen obligación de distribuirlo en las personas beneméritas, conquistadores y sus hijos, los cuales por evadirse de esta obligación, algunas veces eligen personas bajas que se levantan de sus oficios y granjerías desvanecidos con un título de capitán, que son las alas de la hormiga que les nacen para perderse; y lo peor es que se pierden á sí y son causa de perderse muchos y sobre todo el servicio Real.

Presunción de soldados de Indias.

Esta es la causa que dicen que en Indias hay muchos soldados y pocas cabezas y dicen la verdad; y es muy gran lástima que estas elecciones no se hagan derechamente en gente noble ó práctica, pues hay tanta, pero que falte lo uno y lo otro, es malo, porque no se puede esperar buen suceso, antes mucho daño, nacido de la presunción que en aquella milicia tienen los soldados de que se les puede fiar y encargar á cada uno el gobierno de las Indias, y de dar su voto: y así es que en esta milicia lo tienen todos.

El caudillo tome consejo y haga lo que mejor estuviere.—El buen pensamiento engendra buen ánimo.

Y cuando se le ofrece la ocasión al soldado decir lo que siente, se debe admitir, unas veces

por el provecho que de él resulta y otras por cumplimiento, haciendo el caudillo lo que mejor le pareciere; y para esta libertad importa el respeto de la nobleza, porque sin ella no aprovechará el respeto de amor ni de temor, porque será un vidrio que al primer tope se quiebre; y de esta nobleza, demás que apúntala el respeto debido, se puede esperar del caudillo que seguirá el valor de sus pasados, y si para hacer un perro se busca que sea castizo y en un caballo lo mismo, con cuánto más cuidado se debe buscar un caudillo de las partes referidas; pues sabemos que el buen pensamiento engendra buen ánimo y el buen ánimo valor, el cual jamás en las adversidades desmaya ni retira un punto, de lo que una vez intentó honradamente, hasta ver el fin y cumplir con la honra, por la comunicación del valor de sus padres: esta nobleza será acompañada de virtudes, porque no sólo consiste en ser uno hijodalgo.

Sentencia de Platón.

Platón decía haber cuatro géneros de nobleza: una heredada de sus pasados justos y buenos, y otra de padres príncipes poderosos, otra que la engendra la fama y opinión de hazañas hechas en la guerra; otra que se adquiere con grandeza de ánimo ayudado de sola su virtud sin ayuda de nadie.

Jactancia de Mario.—De más estima es la nobleza que se ha engendrado que la que se ha recibido de sus pasados.

De ésta se jactaba Mario y muchas veces decía: Mi nobleza es nueva la cual estimo en más haberla engendrado, que corrompido, recibiéndola de otro.

Teseo, Rómulo, Alejandro, fueron tenidos por dioses.—La nobleza acompañada de virtud, jamás saldrá de su quicio.

Correspóndense tanto la virtud y la nobleza, que por solo ser virtuosos han sido muchos antiguos juzgados descender de los dioses, y así nació la opinión que Teseo era hijo de Neptuno, Rómulo de Marte y Alejandro de Júpiter: y esta nobleza que nuestro caudillo debe tener, si la acompaña con la virtud, esté cierto jamás saldrá de su quicio.

Cuanto importa á nuestro caudillo ser rico.

La riqueza aprovecha para todas cosas.

La riqueza es un don que aprovecha para cuantas cosas al hombre se le pueden ofrecer, para disponerlas á gusto, porque con ella se alcanza la gloria sabiéndola emplear. Si un hombre es rico, es poderoso, discreto, amado, reverenciado y servido; y si tiene enemigos los avasalla; y si comete delitos, se libra: si quiere ser medianero, todo lo compone y tiene mano: y si con discrección la sabe distribuir, toda la República es suya.

Por la riqueza rindió Hernando Cortés á Pánfilo de Narváez.—Por la riqueza se descubren grandes reinos y por ella se conquistan.

Y, en efecto, todo lo allana, porque á ella se rinde el castillo fuerte y la infantería más

práctica: con ella en nuestros tiempos rindió Hernando Cortés á Pánfilo de Narváez: por ella el soldado trabaja y todos los demás estados inferiores y mayores: por ella se aventuran tantas vidas y por ella también se sustentan por tan varios caminos; por ella se atraviesa la mar y Línea equinocial; y por ella hemos ido á encontrarnos con nuestros anfiseos y antecos y antípodas; y por ella se fundan los mayorazgos y se alcanzan los estados y se califican y ennoblecen con casamientos: y por ella vemos hoy á nuestra España tan rodeada de enemigos.

El caudillo gasta su hacienda sustentando la milicia.

Y, finalmente, por ella hemos visto y veremos muchas victorias y grandes conquistas y descubrimientos de grandes imperios que nos eran ocultos, como cada día se van viendo, por caudillos que con poderes Reales en ello se han ocupado, con ánimo de señalarse sirviendo á su Rey y emprendiendo jornadas de grande riesgo, trabajo y gastos, gastando sus haciendas sin ayuda de nadie; porque, como queda dicho, él hace la gente, la arma, paga y sustenta, y para esto importa ser rico.

Riquezas de Creso.—En faltando el posible para sustentar la milicia, se desbarata.

No digo yo que tenga las riquezas de Creso,

pero que tenga posibilidad, porque para levantar en aquellas partes soldados, donde tan caros son, hay necesidad de ella, porque demás de aviarlos de todo lo necesario y á muchos de ellos desenmarañar de deudas, que nunca les faltan, proveyendo á cada uno conforme á la falta que tiene del caballo y silla, espada, mantas, alpargatas y lienzo de que hacen sus vestidos para la jornada, armas, arcabuces y rodelas, pólvora, plomo y cuerda: el matalotaje con que se han de sustentar conforme al tiempo que han de ocupar en la tal jornada, porque hasta en tanto que haya poblado y la tierra dé provecho á los soldados, después de repartida, el caudillo los ha de sustentar de todo, de tal manera que si esto les falta, luego se le va desmoronando el edificio hasta que dá con todo en tierra.

Con las dádivas se inclinan los indios á la contratación con los cristianos.

Demás de esto ha de sustentar cotidianos sacerdotes asalariados y ornamentos y estar cebando de ordinario á los indios con dádivas y presentes y rescates, para inclinarlos á la contratación y amistad con los españoles. Y asimismo ha de tener siempre medicinas para curar los enfermos y estar reparado de todo género de

herramientas, así de carpintería como las demás necesarias, pues no se debe olvidar el gasto á que las ordenanzas Reales le obligan, á meter ganados.

El caudillo, aunque sea rico, viene á ser siempre pobre.—Los gobernadores premian mal á los conquistadores.—Prefieren los indignos á los dignos.

¡Oh! pobre caudillo, que así te quiero llamar aunque más rico seas, porque después de aventurar la vida tan de ordinario y no sé si el alma, no mueva tu riesgo, tu trabajo, tu gasto al gobernador que está durmiendo en blanda cama, comiendo á sus horas y con toda seguridad, multiplicando su hacienda por la posta, á que te haga merced, prefiriéndote en todo, sin que te lleve y quite el sudor su criado ó mozo de espuelas ó pulpero, ó mercader, ú otro de más ó menos calidad, por sus fines particulares, yendo contra las cédulas Reales, escudándose con tres ó cuatro mil leguas de agua.

El rey manda premiar.

Dios lo remedie todo y nos dé otro villano del Danubio para que arrodillado á los Reales piés tenga espíritu y lengua para decir el mucho mal que en esta razón se pasa, para que de todo punto se remedie, mandando que las encomiendas y cargos las dén y distribuyan en las perso-

nas beneméritas, conforme á sus Reales cédulas, por oposiciones derechamente, porque, aunque así está ordenado, no lo cumplen ni guardan.

El caudillo debe gastar y guardar.

Y volviendo á mi propósito, digo que el caudillo es necesario sea rico para todos estos gastos y para que los soldados le sigan, y siguiéndole tengan buenos sucesos, el cual, con discreción, haga el gasto de tal manera que le quede con que después de haberse perdido, que es lo que las más veces sucede, cuando salga halle un pedazo de pan que comer y con que poder venir ante su príncipe á pedirle mercedes justas.

Cuánto importa á nuestro caudillo ser liberal con sus soldados.

La riqueza se ha de distribuir conforme á lo que dice Aristóteles.—La liberalidad se debe saber usar de ella.

Si ya es que ha importado á nuestro caudillo la riqueza para la disposición de su jornada, será bien que veamos ahora si esta riqueza sola y desnuda será de provecho para su efecto, ó si há menester acompañarse con otra parte, que es la liberalidad, para usar bien de ella; y así es por lo que la experiencia nos ha mostrado, en aquella milicia más que en otra, ser necesaria, porque la riqueza sin la liberalidad sería como un cuerpo sin alma, no arrimándose á los extremos de avaricia ó prodigalidad, según lo que Aristóteles concluye, notando el modo en el dar, que sea de manera que lo que se diere no dañe al que lo recibiere, ni quitándolo de uno para darlo á otro, haciéndole agravio y midien-

do la posibilidad y fuerzas, considerando la persona y calidad de aquel á quien se diere, teniendo respeto á los méritos de cada uno y que se dé con causa obligatoria que á ello fuerce y no por ostentación y ganar nombre de generoso, que no lo será, sino de un pródigo ciego y necio.

Opinión de Agesilao.

Y distribuyendo con este cuidado el caudillo su riqueza, justamente habrá cumplido con sus obligaciones y nombre de liberal con su gente, que como Agesilao decía: «A cargo del buen capitán está enriquecer su campo más que á sí mismo», como es más natural al caudillo en aquellas partes el dar que el recibir.

Sentencia de Alejandro Magno.

Preguntando uno á Alejandro Magno dónde tenía sus tesoros, dijo que en sus amigos. Y si á mí me lo preguntaran, cuando era caudillo, yo dijera que en mis soldados, que con esto amina el caudillo su gente y grangea sus voluntades y cada uno procura satisfacer á su generosidad y ánimo: y en general tendrá todo el campo á su devoción.

El que da al que lo merece, dando, recibe.

Esta liberalidad no se ha de usar de ella con límite, sino de ordinario, y en todos los Sacos y Rancheos se ha de guardar la misma cuenta y modo, no queriendo gozar la parte que le cupiere enteramente ni hacer cuenta de ella, y si la recibiere, sea con demostración de tenerla en depósito para socorrer con ella las necesidades de sus soldados, mereciéndolo; porque el que da al que lo merece, dando, recibe.

Opinión de Salustio.—Por la codicia de los españoles se han alzado los indios.—Quien lo quiere todo, lo pierde todo.—Los indios han hecho beber oro derretido á algunos españoles.

Esto mostró bien Vespasiano. Y también huya de ser codicioso, porque entre soldados es un caso bien aborrecido, porque del que fuere codicioso no se puede esperar que haga cosa de hombre esforzado, que, como dice Salustio, le afemina y el cuerpo y es polilla que se arraiga en las entrañas y es causa de todos males: y en el trato con los indios lo ha sido, porque por su causa han sido obligados muchas veces á alzarse, matando gran número de gente, despoblando muchos pueblos y sustentando la guerra largos años, obligando á la muerte á muchos soldados, todo engendrado de una des-

ordenada codicia que no les deja usar de liberalidad con los indios, que no hay mandamiento de apremio que más preciso sea, como si les hubiéramos fiado algunas mercaderías; y puédese decir que quien todo lo quiere, todo lo pierde, como lo hemos visto por los estragos que los indios á causa de ello han hecho y hacen, tanto que como es el principal fundamento nuestra codicia para alzarse, y la sed que tenemos de plata y oro es tanta, ha sucedido echarlo derretido por la boca, algunas veces, á los cristianos, diciéndoles que se harten de oro, como sucedió á Valdivia y á otros capitanes. Y así, digo que el caudillo sea liberal y no codicioso, usando con tanto cuidado de ella con el indio rendido y vencido, como con el vencedor, para que todos se conserven.

Cuánto importa á nuestro caudillo ser de buena edad para sufrir los trabajos ordinarios.

El caudillo tiene necesidad de buena edad.

Ya por lo que atrás queda dicho, el trabajo á que está sujeto el caudillo en la Milicia Indiana, se habrá reconocido de que tiene necesidad de una edad acomodada para poder llevar los insufribles trabajos que de día y de noche pasa, sin tener un punto de descanso, que para probar esto no hay necesidad de ejemplos y autoridades, que cada uno la tiene para considerarlo, tener necesidad de edad competente, tal cual baste no siendo muy mozo ni tampoco muy viejo, porque al mozo se le pierde el respeto y al viejo la fuerza. Y para que sea medio proporcionado, será el tal caudillo de treinta años has-

ta los cincuenta, porque estos veinte son de servicio y que se le pueden pasar y recibir en buena cuenta, porque teniendo menos le faltará experiencia para acertar, y si más, las fuerzas para sacar buenos sucesos. En la milicia de Italia no importa que tenga más edad, pero en ésta, que ha de trabajar con las fuerzas corporales, importa mucho no tenga más de la edad referida.

Trabajos y peligros del caudillo.

Y para que mejor se vea, quiero desmenuzar más á lo que está sujeto el caudillo, y así digo, que ha de tener edad para poder caminar á pié de noche y de día, por la quebrada, loma y sierra de invierno y verano, donde ofende bien el sol por estar debajo de la equinocial y trópicos; y tras este gran calor, cargado de armas, sufriendo un aguacero ó turbión de agua, que en aquellas partes es muy ordinario, llegando mojado al río caudaloso, donde le es forzoso balsearlo á nado, por las corrientes, ayudando á pasar su gente y bagaje, como se dirá adelante. Lo que sucede de esto es un pasmo ó resfriado y otras enfermedades, pues la noche que se le ofrece es bien trabajosa, cansado y mojado, sin tener abrigo ninguno. Pues decir las calamidades que padece en la tal jornada, son

múchas, porque aquel marchar tan cotidiano de noche y de día, cayendo en una parte y despeñándose en otra; recibiendo la herida y caminando con ella por no perder la ocasión. Pues aquel ordinario dormir vestido y calzado y armado en toda la jornada y en un pié como grulla, velando todas las noches el cuarto del alba, que le es forzoso porque á esta hora el enemigo siempre está encima, y si el caudillo se descuida á este cuarto, se puede esperar notable desgracia. Demás de lo dicho, trabaja el primero, haciendo el fuerte, abriendo el camino y montaña, haciendo el puente y balsa en el río para poder pasar, porque haciéndolo así anima á su gente. Pues la sed y hambre también le aflige, que siendo honrado caudillo ha de gozar de ella como el más mínimo soldado, á cuya causa ha muerto tanta infinidad de gente como adelante se dirá. También le dá pena el mosquito de día y de noche, y la repentina picadura de la avispa, que hay en aquellas montañas en cantidad, y otras sabandijas, como son garrapatas y gusanos que se crían en las carnes; hormigas que su picadura causa una calentura de veinte y cuatro horas. Llegado á la población de los indios, tenga pulgas y niguas, de que suelen muchas personas perder los piés, porque se meten en las carnes como un asador y se

crían mayor que lentejas, y de este mal, el cuidadoso de sacarlas y limpiarse, se libra.

También el riesgo de las culebras que llaman de cascabel, como en nuestra España víboras, que en aquellas partes hay muchas, son de mucho riesgo, porque á quien pican no dura veinte y cuatro horas. Y en los ríos, el riesgo de los caimanes, que son los lagartos que cuelgan por las iglesias. También no faltan en las quebradas ó ríos que se vadean, rayas que atraviesan el pié, y éstas son tan ponzoñosas, que no hay dolor más agudo. También, tras esto, el riesgo de la trampa, del estacón, de la púa, de la galga cuando más descuidado va. Y sobre todo la yerba con que untan las flechas y demás armas, que es tan mala que en sacando una gota de sangre, mueren rabiando.

Comidas en el hambre.

Pues si se desbaratan y salen perdidos, aquel trabajo de cargarse unos á otros por enfermedad ó heridas, y cargarse la ropa y armas por falta de caballos ó cargueros, comiendo la culebra y el perro, el mico, el papagayo y otras sabandijas peores, y si esto no faltase hasta salir á tierra de promisión, no lo pasarían tan mal, más faltánles al mejor tiempo algunas veces, y, como es despoblado grande, de doscientas ó

trescientas leguas, más ó menos, se muere de hambre mucha gente por el camino, yéndose quedando el de menos espíritu, que en tal tiempo no hay amigo ni hermano que uno á otro se valga. Para todos estos trabajos tiene necesidad el caudillo de la edad referida, y plega á Dios que con ella lo pueda llevar y salir á su salvamento.

Cuánto importa tener fortaleza en el trabajo y calamidades.

Sin la fortaleza interior, la exterior no es del momento.

Quiero reducir las fortalezas á dos maneras que son: la fortaleza en el exterior y en el interior, para que nuestro caudillo mejor sepa usar de ellas, acompañando la una parte á la otra, porque así como la riqueza sin la liberalidad en el caudillo, decimos es cuerpo sin alma, así la fortaleza exterior sin la interior, lo será, porque ninguna obra señalada de trabajo sin ella llegaría al fin, antes quedaría coja, que la interior es adalid de la exterior en esta misma milicia, porque los trabajos en que se ha de ver son muy grandes y excesivos y así ha de ser no-

tado desta parte de fuerte, para que todo le suceda bien.

Fortaleza de Colón.

Fuerza exterior llevaba Colón cuando navegaba en su descubrimiento; pero si le faltara aquella fortaleza de ánimo con que aseguraba su gente en medio de tanta tormenta y borrasca, así de mar como de malevolencia, sin duda se perdiera y todos los demás; y cuando no se perdieran por volverse, perdiérase por ventura el nuevo mundo, que nos dió su fortaleza interior de ánimo.

Fortaleza de Hernando Cortés.

También lo mostró Hernando Cortés, marqués del Valle, barrenando los navíos y echándolos á fondo, poniendo sola la esperanza en la victoria, como varón fuerte, que bien sabemos que para tan gran número de gentes no llevaba fuerzas, y si solo tuviera la fortaleza exterior, faltándole la interior, se volviera y perdiera un imperio tan grande y tan rico que con fuerza de ánimo ganó, como se verá en su historia.

Fortaleza de Francisco Pizarro.

Pues los acometimientos que Francisco Pizarro hizo al Perú, también fué la porfía de

fuerza interior, hasta en tanto que alcanzó el fin deseado, dándonos tan innumerables riquezas.

Fortaleza de D. Gonzalo Ximénez de Quesada.—La sobra de ánimo suple la falta de la fuerza corporal.

Pues D. Gonzalo Ximénez de Quesada, cuando descubrió el Nuevo Reino de Granada, ¿qué fué lo que le puso en las manos un reino tan insigne y rico? la fortaleza interior, porque aunque con la exterior rompió tanta maleza de montañas y sufrió innumerables trabajos, al fin el esfuerzo de ánimo alimentó estas fuerzas de tal manera, que nunca desfalleció un punto en tantas adversidades y muchas muertes de sus soldados de hambre, con la larga navegación de ríos y caminos, de tal manera que cuando entró en el Reino, hallándose en medio de tan gran número de gente, que por ser tanta, los nuestros les llamaron moscas, y él llevaba bien poca, y con la sobra de la fortaleza de ánimo, suplió la falta de la poca fuerza que llevaba.

El ánimo excluye cobardía.

Estas dos fortalezas ó partes son necesarias andar juntas, porque se corresponden mucho: pero habiendo de faltar alguna á nuestro caudillo, por menos inconveniente tengo falte la

corporal, porque al fin sin ella se puede alcanzar el intento con el ánimo, que es fortaleza interior, porque con él excluye toda cobardía, así para acometer, como para esperar todo suceso y romper todas dificultades y trabajos; y si á la fuerza corporal no le añadiésemos esta otra parte que llamamos fuerza interior, sucedería como queda dicho.

Al que le falta ánimo el trabajo le rinde.

Ya me ha acontecido llevar á mis conquistas Jayanes de grandes fuerzas y al que le faltaba la fortaleza interior, rendirle el trabajo y la herida y el hambre y aún el enemigo: y para que no suceda, sea varón fuerte para resistir al trabajo y al hambre y otras necesidades y esperar con esto la victoria y asegurar su campo con sufrimiento.

Valor de Cayo Mario.

Cayo Mario con gran sufrimiento llevó el estar cercado mucho tiempo de Pompeyo.

Esfuerzo de Alejandro.

Y Alejandro en la guerra de los Cimbrios, donde peleó solo con ellos, con esfuerzo de ánimo, y aunque herido de una herida mortal,

no desmayó, porque así como le salía la sangre, le crecía el esfuerzo para buscar al que le había herido y matarle, como lo hizo; y así lo hará nuestro caudillo en todos trances.

Cuan importante será la diligencia á nuestro caudillo.

La diligencia es madre de la buena ventura

La diligencia es madre de la buena ventura y el caudillo que usare de ella tendrá felices sucesos y el que fuere negligente los tendrá desgraciados, porque no será más diligente el soldado de cuanto lo fuere su capitán.

Dicho de Alejandro.

Preguntando uno á Alejandro Magno cómo en tan brevé tiempo había conquistado tanto, respondió: «Ejecutando hoy lo que pude, sin dejar nada para mañana.»

La diligencia es necesaria en la milicia indiana más que en otra.

Dicho fué de un tan gran príncipe, valeroso y sabio: y si en alguna milicia tiene subidos y quilates esta parte de diligente, es en la Indiana, por que el que en ella se descuidare morirá ó se perderá sin duda alguna.

Gran cuidado de Alejandro.

En otras guerras podría perder el caso y ejecución de su intento quedando con vida, pero en esta perderlo há todo junto. Alejandro, dicen dormía con una pelota de hierro en la mano y el brazo fuera de la cama y una bacía de azofar debajo, para despertar con el golpe cuando se le cayese.

Los indios son como aves nocturnas.—Diligencia de los indios en tiempo de guerra.

La calidad de los indios es como de aves nocturnas, que andan toda la noche sin reposar un punto cuando traen las armas en las manos, y en esta parte no hay nación en el mundo que les gane y no sé si diga que les iguale porque el caudillo de ellos anda en el aire cuando previene las cosas de la guerra, porque ni come, ni para, ni duerme; y sus soldados aún se le aventajan, porque entre ellos jamás rehusó nin-

guno mandato de su cacique y capitán, ni tuvo orden en el trabajo y riesgo, porque aquel que primero topa á ese ocupa: de tal manera son que, si ponen una centinela, la dejan estar dos días con sus noches y en todo este tiempo no duerme obedeciendo en pié ó sentado, mascando una hoja de árbol que llaman Coca y por otro nombre Hayo, sin que haya falta en su modo bárbaro. Y esto no parezca ponderación, que muchos son los que lo han visto. Es gente que en la oscuridad de la noche, con truenos y relámpagos caminan para dar un aviso á sus vecinos y prevenir casos de guerra, no estorbándoles la aspereza y maleza de la tierra, el largo camino, el grande aguacero, el caudaloso río, la sed y hambre, ni el sueño y trabajo, todo lo rompen, por todo pasan, contándonos los pasos, trayéndonos siempre al ojo, de día y de noche, notándonos el descuido en que caemos.

Riesgo que corre el que se descuidare.—La diligencia del indio es grande.

Pues habiendo de parte del indio esta diligencia y cuidado, en qué parará el caudillo que se durmiere ó descuidare, pues está á solo su cargo la salud del campo, y que si tiene descuido no se lo ha de enmendar nadie, y que le falta socorro cuando lo há menester en tiempo

apretado, y que si una vez se desbarata tiene mala reformación y corre toda la gente riesgo, porque es gente que sabe bien seguir la victoria y alcance, sin estorbo ni cansancio, y todo nace de la diligencia y viveza que tienen, que en esto parece fueron dotados y señalados. Yo considero que su diligencia hará diligentes á sus contrarios, y así me parece estará obligado el caudillo á tenerla para conseguir buen suceso, correspondiéndose con el enemigo: demás de que en todas las guerras el capitán ha de ser en la prevención, un trueno, y en la ejecución, un rayo.

Diligencia de Marco Catón.

Preguntando á Marco Catón cómo había vencido una ciudad de España, pareciendo cosa incrédula, por la presteza conque la rindió, respondió: «Andando el camino de cuatro días en dos,» en que significaba su diligencia.

Consideración de Homero.

Homero llama en su poesía á Aquiles, ligero de pies, no porque fuese corredor ni saltador, sino por su gran diligencia y prontitud en comenzar y acabar la obra.

Los indios son repentinos.

La misma debe tener nuestro caudillo en todas las ocasiones que se le ofrecieren en esta milicia, porque los naturales son repentinos en sus acometimientos, como adelante se dirá.

Cuánto le importa á nuestro caudillo ser prudente.

La prudencia es llave de toda cosa.

No menos necesidad tiene nuestro caudillo de ser prudente en todas las ocasiones que se le ofrecieren en sus jornadas, que de las demás partes que le tenemos aplicado, porque aunque es verdad que raras veces se hallará hombre tan perfecto que sea dotado de todos estos dones, la experiencia nos enseña de algunos que, por faltarles alguna de estas partes, no tuvieron tan buenos sucesos.

Sentencia de Boecio.

También se han visto otros que, con faltarles, han salido con sus intentos, que, como dice Boecio, no hay ningún mortal que no tenga pe-

cado, ni ha habido varón famoso que no haya sido notado de alguna falta, que hasta en las cosas naturales se ponen. Mi intento es elegir un caudillo para la milicia que se trata, compuesto de las partes sobredichas y de las demás que en esta materia se irán ofreciendo, que cuando no se halle tan perfecto, á lo menos se hallará, si lo quieren buscar, con partes á propósito, y que la falta que tuviere no sea notablemente dañosa, y si en contrario se eligiere, será gran ventura acertar el hecho. De manera que digo que nuestro caudillo ha de ser prudente en lo que quisiere intentar, mirando primero los inconvenientes, y lo que puede suceder y si puede salir bien con su empresa, que no le va menos que la vida y la de todo su campo.

La prudencia es llave de las demás partes.

Prudencia es la llave de todas las partes que le damos y tiene la excelencia entre ellas, que el sol entre los demás planetas, que mediante él, cada uno nos comunica su luz é influencia. Cicerón, dice: «Es principal virtud».

Quien repara el mal pequeño, no lo ve grande.—Asegurar lo adquirido.

Pues siendo así, con ella reparará los males pequeños, por no verlos grandes y dañosos. Y

con ella mire como abraza las empresas de importancia y el tiempo que cada una há menester, sin embalumarse en muchas, arraigándose primero en la que una vez emprendiere y conquistare y hubiere adquirido, porque de otra manera dará con el edificio en tierra.

Tomar consejo sin dilatar la obra.

Con ella tomará consejo de sus soldados más baquianos ó prácticos, no dilatando la ejecución de la obra, porque si se detiene un punto, perderá la ocasión, porque la prevención ha de andar á la par con los movimientos, y síguese que en la ejecución ha de ser un rayo, con ella pondrá el pecho al trabajo y peligro, porque si le huye, le cercarán un millón de ellos, y le pondrán en demasiado aprieto.

No se muestre parcial el caudillo.

Con ella pondrá el pecho á cualquier alboroto y se excusará de mostrarse parcial, más con unos que con otros, porque engendrará un motín en en el aire qué venga á parir un alzamiento que sea causa de la pérdida de él y de todos.

Nadie se fie de amigo reconciliado.

Con ella no se fiará de nadie, porque el más amigo suele hacer la herida, si en algo está ofendido, como se ha visto en aquellas partes en alzamientos y muertes que se han hecho.

Con ella se excusará de encargar la obra á quien declaradamente la hubiere contradicho.

No se asegure la paz para dejar las armas.

Con ella mire cómo se asegura de la paz y no le obligue á dejar las armas de las manos.

Prudencia es conocer el tiempo.

Con ella sepa obedecer al tiempo y también aprovecharse de él.

Quien sabe hacer gente, con pocos habrá hecho muchos.

Con ella sepa hacer su gente y escogerla, porque no es obra que se puede hacer dos veces, porque valen más cincuenta soldados que doscientos y más en aquellas partes, con cuidado de conservar al amigo y desfallecer al enemigo.

Con ella sepa marchar sin hacer guerra en la tierra de paz.

Quien con prudencia funda, asegura su hecho.

Y con ella sepa asentar la paz en la tierra de guerra y á su tiempo poblarla y repartirla sin agraviar á nadie, conservando entrambas repúblicas, que quien con prudencia funda, asegura lo que acrecienta.

Inquietar al enemigo y disciplinar al amigo.—Quien sabe gozar del triunfo obliga al enemigo.—Preferido es el prudente al robusto.

Con ella aquietará al amigo, trabajando y disciplinando su gente, sin dejarlos hacerse ovachones y flojos: con ella inquietará al enemigo, con saber gozar del triunfo y victoria; y por otra parte, obligando á los vencidos con buenas obras: con ella se escudará contra todas adversidades, como dice Focideles, que ha de ser preferido el varón prudente al robusto, porque con fortaleza previene los casos presentes y porvenir.

La experiencia es suficiente á hacer arte.

Con ella se sabrá aprovechar de la experiencia agena, obrando también con la suya lo que nuevamente descubriere, que como dice Aristóteles, ella sola es suficiente á hacer arte y á causar conocimiento de las cosas universales.

De cuánta consideración será á nuestro caudillo ser afable.

Siendo afable un caudillo, se conserva.—En los señores se halla la afabilidad.—En gente baja se halla la mala crianza.

También es de muy gran consideración que nuestro caudillo y capitán sea afable con sus soldados, pues no tiene en sí un hombre cosa mejor que ser afable y bien criado para su conservación, con que arrebata y lleva tras sí los corazones de todos: y los que tuvieren buen entendimiento y discrección, lo deben usar á todo tiempo; y así esto se ve más en los mayores príncipes y señores que en la gente baja, en los cuales hallaremos la soberbia, la mala crianza, la hinchazón, la pompa y desvanecimiento

cuando se ven con alguna dignidad, por donde jamás tienen buena ejecución en sus intentos, ni cobran buen nombre; y si tienen alguna falta, aunque haya pasado muchos años atrás, se la refrescan y descubren, demás que le pierden el respeto y por su culpa pierden padres y abuelos.

El padre debe mostrar al hijo ser bien criado.

Una de las cosas más importantes que el padre debe imprimir en el hijo, es, mostrarle buena crianza y afabilidad, porque yo para mí pienso que es escala para granjear las voluntades y subir siempre á mayor puesto y dignidad y conservar el que tuviere: y si á esto están obligados todo género de gentes, con cuánta más razón lo debe estar nuestro caudillo en aquellas partes donde el soldado piensa ser tan bueno y mejor que él y donde la justicia aún no tiene bien conocidos sus límites y jurisdicción por ser la tierra tan nueva: y de aquí viene que cada uno tiene la estimación que quiere tomar. Y si el tal caüdillo no tuviere las partes dichas, no hará soldados aunque más rompa las cajas, pues sabemos que en la milicia indiana, al soldado no le obliga necesidad á ir á jornada ninguna, porque no hay soldado por triste que sea que no tenga y alcance caballo y silla, un vestido y

una frazada en que dormir y quien le dé de comer: y si el tal caudillo hallare soldados que le sigan, les obligará el amor y amistad por su afabilidad.

Plinio dice que para tener buenos sucesos, es necesario ser afable el hombre.

Plinio dice que para que los negocios tengan prósperos sucesos, es necesaria esta parte, y aunque es verdad que los caudillos gastan mucho dinero en aviarlos y en prevenciones de su jornada, no gastan nada, en comparación de lo mucho que gastaran, si hubieran de pagar enteramente á su gente, como lo hacen en Italia.

Lo que falta en la paga al soldado, es bien le sobre en el tratamiento.

Y aunque es verdad que á un soldado en Indias se le dá más que á diez en Italia, regulando el gasto y la carestía de las tierras, recibe menos: y así queda probado que gastan más cien soldados en aquellas partes que mil en Italia, y con esto aún no se les paga enteramente: pues dónde ó cómo podría hacer este gasto un caudillo, que ni es ayudado de la caja Real, ni tiene recompensa que le suelde el gasto que hace, y así lo que falta en la paga, debe sobrar en el buen tratamiento y afabilidad, para que le

sigan con amor y saque fruto y no pierda el tiempo y gasto.

Ejemplo de Marco Catón.—Por falta de afabilidad han sucedido alzamientos y otros daños.

Marco Catón sabemos trataba tan afablemente con su gente, que comía y bebía con ellos por ganarles las voluntades, y particularmente hacía esto con los de su galera, que, como hemos visto, de no seguir este camino, se han engendrado muchos alzamientos y desbaratádose muchos campos, y perdido innumerables ocasiones; y cuando esto no haya, sucede estando la tierra poblada y entablada, derribarle enemigos, que por ellos hemos visto mil muertes de valerosos capitanes y derribándose otros del puesto en que sus obras los tenían colocados.

Enemigos descompusieron los Colones.—La afabilidad resplandeció mucho en Hernando Cortés.

A ejemplo de esto bastará traer á la memoria aquellos valerosos Colones que por su discurso y valor descubrieron otro Nuevo Mundo, ilustrando y enriqueciendo tanto nuestra España, pues siendo así que hicieron tan notables servicios y teniendo la gobernación con título de virrey, enemigos fueron bastantes á descom-

ponerlos, y si les tuvieran amor se sustentaran, como le sucedió al buen marqués del Valle, Hernando Cortés, que se lo tuvo siempre todo su campo. Y para prueba de esto baste lo que le sucedió con Pánfilo de Narváez, causado del amor que le tenían sus soldados y el mucho crédito que tenía en los agenos por su afabilidad.

Alejandro Magno fué muy afable con sus soldados.

De Alejandro Magno se dice que estando sentado á la lumbre, pasó un soldado suyo penetrado de frío, y como le vió le llamó y le hizo sentar en su propia silla para que se calentase y le dijo: «Si fueras de Persia te costara la vida, más siendo Macedonio bien se permite.» Palabras dignas de tal príncipe. Yo conozco que el famoso capitán tiene necesidad de la fortaleza de ánimo, de la prudencia en sus negocios, de la severidad para mandar, de la ventura en sus obras, de la ciencia y práctica en la milicia, con las demás partes que unas de otras penden, como queda dicho y adelante se dirá. Pero para que estas partes y excelencias tengan cada una su silla desocupada y del invido diente segura, conviene arrojar delante aquel salvo conducto del amor, que se engendra de la crianza y afabilidad, que con estas dos cosas cuesta después

muy poco trabajo de sustentarse en sana paz.

Amor que tenían los soldados al marqués de Pescara.

Así que el caudillo indiano, á quien se endereza nuestro blanco, tendrá gran cuidado de granjear los soldados con obras y palabras, porque después de tan innumerables trabajos como pasan, qué premio les queda que supla alguna parte de la grande desventura que padecen; pues les cuesta poco honrar su gente y con esto le respetarán y es lo que más obliga al soldado á pelear al lado de su caudillo hasta morir, como se echó de ver en lo de Pavía, cuando la prisión del rey Francisco, lo mucho que pelearon algunos soldados por el amor que al marqués de Pescara tenían: y particularmente lo mostró bien uno que habiendo sido herido dos veces y retirado y queriéndose morir pidió le llamasen al marqués para pedirle perdón de la falta que le hacía en tal aprieto. Tal amor como éste habían de granjear los caudillos en la milicia indiana de sus soldados y con más razón, pues sabemos que no van ni los siguen en las guerras por interés señalado, ni lo estiman.

Cuánto importa ser determinado nuestro caudillo.

Dicho de Julio César.

Al atrevido favorece la fortuna. Julio César solía decir que las cosas grandes y peligrosas se debían acometer sin mucha consideración de las dificultades que en ellas se pueden ofrecer, pues de ellas produce gloria y nombre, que es el premio de los trabajos; pero yo quiero entender que son aquellas cosas que, faltas de todo remedio, se deben dejar á la fortuna embidando todo el resto del valor y ánimo sin mostrar género de temor.

Con prudencia y buen orden se alcanza la victoria.

Muchos capitanes con determinación, junto

con prudencia y buen orden, hubieron victorias con poca gente de muy grandes ejércitos mal ordenados.

Acometimiento de Alejandro Magno.

Alejandro Magno cuando acometió en Asia tan gran número de gente, bien poco y chico era el número que llevaba.

La determinación acobarda al indio.

Los caudillos en Indias deben usar mucho de esta determinación, porque se hallarán abarrancados á cada paso; y porque para con los indios ninguna cosa más les acobarda, como gente bárbara, que es ver una buena determinación, aunque el número de gente sea poco y el suyo en grandeza muy desigual, que parece que naturalmente reconocen respeto á los españoles; y hemos visto que lo que más han usado de ella, por la mayor parte, han salido bien de sus acometimientos.

A los indios falta prudencia y ánimo.

A los indios les falta prudencia y fortaleza de ánimo, que son dos columnas sobre que estriba la guerra, y solo se gobiernan por la forta-

leza corporal y apetito y lo uno y lo otro tiene límites breves.

Victoria de Francisco Pizarro.

Bien podría traer á la memoria ejemplos de muy muchos caudillos valerosos y determinados que han alcanzado victorias con muy pocos soldados, de gran número de indios que cabían á quinientos por uno; pero solo diré de algunos que no se puede excusar, como es de Francisco Pizarro cuando sobre Caxamalca esperó la batalla que Atahualpa le dió, de que alcanzó la victoria y le prendió con tan poco número de gente respecto del suyo.

Victoria de Hernando Cortés.

Y Hernando Cortés con menos de mil infantes, rindió un tan grande imperio como el de la Nueva España, causado todo de la determinación.

Victoria de D. Gonzalo Ximénez.

Pues D. Gonzalo Ximénez de Quesada con ciento y sesenta españoles ganó y rindió el Nuevo reino de Granada. Adviertan nuestros caudillos que la determinación les importa mucho

para la milicia de que se trata, que sin ella no alcanzarán victorias célebres, ni conseguirán buenos efectos, antes correrán riesgo sus jornadas.

Las restantes partes que se le añade á nuestro caudillo, por ser convenientes á la milicia de que se trata, diremos brevemente.

La dicha es muy importante.

Aunque es verdad que se le han dado las partes convenientes para que sus descubrimientos y jornadas de todo punto tengan buen suceso, como tenemos dicho en los capítulos de atrás, parecióme aplicarle las demás partes referidas, que á mi parecer son necesarias, como es ser dichoso, secreto, cauteloso, ingenioso, honesto; las cuales partes son tan provechosas cuanto cada uno podrá pensar para la disposición de sus obras, pues así es que nuestro caudillo las há menester; y particularmente tener dicha para salir con lo que intentare, porque sin

ella no hay caso que tenga acabado y perfecto remate, sino quebradizo y mohino.

No por ser un caudillo desgraciado desmerece haciendo el deber.

Y aunque es verdad que no se debe tener por falta ser un caudillo desgraciado en los sucesos, acometiéndolos con determinación y las demás partes con que la debe acompañar, que para tener dichosos sucesos, ni el arte ni la experiencia lo enseñan: bien que el que tuviere más partes está más cerca de acertar y cobrar nombre de dichoso: y cuando esto le falte, no desmerece el nombre de buen caudillo, pero es de consideración que sea dichoso, porque debajo de serlo, los soldados no temen tormenta, ni rehusan encuentro alguno, que les parece que su caudillo tiene la fortuna por la mano, que es como cuando un dichoso médico tiene ganado nombre en la república, que con la fé que le tienen se levanta el enfermo de la cama, siendo todo salud lo que le aplica: y así se debe en la elección considerar esta circunstancia por los muchos provechos que acarrea.

Opinión de César.

César decía ser necesaria la buena dicha en todas las cosas y más en los rencuentros de

enemigos, por ser tan varios los sucesos de la guerra, que por grande que sea un escuadrón, no puede tener seguridad de victoria; y así el que con solo favor de virtud alcanza buen fin de su intento y demanda, debe de ser muy á su costa y riesgo; tanto y más que el provecho que saca del vencimiento: pero ayudado de la buena dicha ó fortuna, colmará la medida del deseo.

Los romanos hacían templos á la Fortuna.

Los romanos veneraban tanto la Fortuna, que la adoraban por diosa, edificándole muchos y varios templos. Y el capitán, que era bien afortunado, le estimaban y honraban con gran cuidado por lo que les importaba serlo.

Fortuna de Pompeyo.

Pompeyo, ayudado de la fortuna, venció con muy poco daño de los suyos, innumerables y grandes ejércitos.

Fortuna de Julio César.

De Julio César se conoció siempre esta buena dicha y fortuna, y él propio se jactaba de ella, como lo hizo en Brindis, cuando lo del barquero que corriendo fortuna y viéndose temeroso le dijo: «No temas, que contigo vá la ventura de César.»

La buena dicha viene del cielo.

Esta buena dicha viene del cielo y la dá Dios á quien es servido en los negocios, ora sea por la virtud del capitán, ora por la de la república, ora por la del príncipe, son secretos juicios suyos.

Dicha de Hernando Cortés.

Pues quien considerare á Hernando Cortés en tanto estrecho en la Nueva España, hallárale dichoso en llegar á tiempo Pánfilo de Narváez, con que rehizo su campo: y en acudirle los tlascaltecas, favoreciendo su bando, socorriéndole Dios por estos dos caminos.

Fortuna de D. Gonzalo Ximénez.

También quien considerase la buena fortuna de D. Gonzalo Ximénez de Quesada, hallarle há dichoso, cuando descubrió el Nuevo Reino de Granada por dejar el río de Carare sobre mano derecha, abriendo camino hasta el reino, que aunque halló indios, le salieron de paz, por ser gente doméstica y le acogieron y dieron de sus mantenimientos; y si acertara á dejar el río sobre la mano izquierda era imposible escapar nadie, así por la maleza de la tierra como por

la gran copia de indios belicosos y yerba de veinte y cuatro horas de que usan: ésta fué dicha enviada del cielo; y todos los demás acaecimientos de aquellas partes andan por la mayor parte acompañados de buena dicha más que de fuerza de ciencia.

Cuando se eligiere el caudillo, se debe considerar la dicha que tiene.

Y esta parte es de consideración cuando se eligiere el caudillo á quien se le cometieren conquistas difícultosas, porque prometerá su buena dicha dar buen fin de ellas.

El secreto nunca dañó.—Opinion de San Agustín.

El secreto es de muy gran provecho al capitán para que la cosa intentada no tenga estropiezos y estorbos en el camino en tiempo que se espera la ejecución de ella, y así no se debe revelar á nadie el secreto que fuere de importancia, si no fuere de muy gran fuerza que, como dice San Agustín, el secreto que á más de uno se manifiesta, bien se puede juzgar por divulgado: y nuestro caudillo en aquellas partes y conquistas, debe vivir con gran recato de no manifestar lo que tuviere en el pecho, así por el riesgo que corre su persona y toda su gente, como

lo correrá él asímismo con la gente de su campo.

La estimación en que los romanos ponian el secreto.

Los romanos, en una de sus banderas, traían un Minotauro metido en el laberinto, dando á entender que los secretos de los capitanes han de ser tan encubiertos como fué el secreto del laberinto; porque esta parte, así en los casos de guerra como en los de paz, importa mucho, porque facilita la ejecución de los designios y el manejo de las empresas, que las cosas descubiertas tienen grandes azares y dificultades. Pero si el caudillo no es tan práctico que sólo sepa resolverlo y ejecutarlo, lo comunicará con persona de su condición; porque no puede durar mucho el secreto entre nosotros.

Tiberio se preciaba mucho del secreto.—Rebelión de Nápoles.

Tiberio César, de ninguna cosa más se preciaba que de ser secreto. Nápoles se rebeló estando D. Alfonso, duque de Calabria, en Lombardía, por el castigo que pensaba hacer, vuelto que fuera, y si no revelara este secreto, no lo supieran en Nápoles ni tal sucediera. Y sepa quien no guardare el secreto que dá armas al enemigo con que le mate y ofenda.

Será cauteloso nuestro caudillo.

No menos le conviene á nuestro caudillo ser cauteloso, que anima mucho al soldado, por parecerle que el enemigo no le alcanza el intento y que las ocasiones que él emprendiere serán con gran seguro, sin ser precipitado ni arrojadizo, arriesgando mal las vidas de los suyos. La cautela desfallece al enemigo y le obliga á consideración y amistad, y así los ardides de que usare el caudillo en sus guazavaras y reencuentros, sean con cautela. También las há menester para entretener sus soldados en tan grandes trabajos y riesgos: y con ella reciba la paz del contrario, porque siempre la han dado y la dan con cautela; será bien la entienda y contramine por excusarse del daño que el enemigo le puede hacer. Háse de guardar el caudillo cautelosamente marchando con su campo, así en el paso del río, como en otros de riesgo, fortaleciéndose, echando sus emboscadas y guardándose de ellas; y si vinieren á las manos, representar la batalla ó guazavara, mejorándose en el sitio.

Será ingenioso el caudillo.

Aunque el ser ingenioso nuestro caudillo se pudiera excusar en parte, por las pocas fábricas

que en esta milicia tiene que hacer en fortificaciones de castillos, minas ó contraminas, y otras máquinas de fuego, no deja de tener necesidad de serlo, porque siempre se ofrece en qué poder cultivar el ingenio y tener necesidad de él, porque como sean las Indias tierra de tantos ríos caudalosos y tan diferentes, por momentos se le ofrecerá haber de hacer las balsas y las puentes nunca imaginadas y el barco y la canoa, donde muchas veces se hallará sin género de materiales y con su industria é ingenio, fabricará para suplir la falta de aquellas cosas que, al parecer humano, sin ellas no se puede hacer la tal obra, como adelante se verá; demás de esto, en un milllón de cosas que se le irán ofreciendo por los caminos por donde fuere haciendo fuertes para recogerse y resistir al enemigo y á su furia, que el primer ímpetu es grande.

Será honesto el caudillo.

Pues el ser honesto en todos sus tratos y pláticas, cosa conveniente es, pues ha de ser ejemplo de todos sus soldados huyendo de conversaciones deshonestas y ociosas, que es una cosa que descompone mucho la autoridad y respeto, porque no hay cosa por donde el soldado más presto lo pierda, y así debe apartarse de serlo,

mayormente en estar amancebado, porque, después de ser dañoso para el alma, anda en mucho peligro el cuerpo y todo en lo que pusiere mano se lo deshará, porque quien anda en pecado mortal, es cierto tendrá malos sucesos y el soldado le perderá el respeto que le debe, conque en toda cosa tendrá mal fin.

LIBRO SEGUNDO

DE LA MILÍCIA INDIANA.

EN QUE SE ADVIERTE EL MODO DE HACER SOLDADOS Y PREVENIR SACERDOTES, MEDICINAS, ARMAS, MUNICIONES, HERRAMIENTAS Y MATALOTAJE

Prevenciones para hacer soldados.

Ninguna fábrica se ha hecho hoy en el mundo ni tratado de hacer, que primero que se comienze el edificio no se trate qué cimiento será conveniente y más á propósito para que dure, consultándose con los artífices; y después los que inventan la obra, se arrojen con ánimo determinado, teniendo cierto salir con su edificio. Pues yo quiero primero considerar que el príncipe ha hecho buena elección, como es necesario á su Real servicio, cimentando esta milicia y eligien-

do gobernador y capitán general á propósito: y él asímismo ha sabido elegir capitán y caudillo cual convenga, para que el edificio y máquina de que se tratare en esta milicia, no dé en tierra, porque si no se acierta esta elección, será de ninguna consideración, preceptos y avisos, y yo me habré cansado, porque para elegir basta tener teórica; pero el capitán general y su caudillo que han de rodear la masa entre las manos, tienen necesidad de fuerza de práctica. Pues considerado que esto está en su punto, digo, que nuestro caudillo, antes que tienda bandera y toque caja, considerará los amigos que tiene más á propósito de su intento, con los cuales tratará su negocio con un poco de cuidado hasta en tanto que haya descubierto el fondo de sus pechos y ellos hayan metido prendas amparando la tal jornada, porque cada uno por su parte tienda la red y levante los ánimos de sus amigos de manera que cuando arbole bandera esté casi hecha la gente de secreto, porque haya quien dé buen nombre á la jornada, nombrando á sus oficiales entre las personas más diligentes, los cuales se nombrarán conforme á la cantidad que hubiere de hacer y la ocasión demandare.

Oficiales para la conquista.

Si fuere jornada de nueva conquista y el gobernador y capitán general se moviere á ella, nombrará su teniente general y maestre de campo, capitanes, y sargento mayor, alférez general y alguacil mayor del campo, y de tal manera sea el número de los capitanes, que quepan á cincuenta soldados, pues es número tan bastante en esta milicia como en la de Italia, doscientos.

Necesaria es la gente baquiana.—Soldados chapetones corren riesgo.

Si fuere jornada para algún socorro, castigo ó pacificación ó reedificación, nombrará su caudillo, el cual nombrará su alferez y sargento y hará la gente necesaria con cuidado y, si fuere posible, sea toda gente diestra y baquiana, porque será de gran inconveniente llevar gente chapetona, así para el mismo soldado, como para el caudillo, porque como no están hechos á la constelación de la tierra, ni á los mantenimientos de ella, enferman y mueren, y con esto el caudillo pierde su hecho y se desbarata, lo que después de reducidos á la constelación, fácilmente con la disciplina y escuela de ún buen

caudillo, en breve tiempo son muy buenos soldados.

No se debe admitir bubosos en esta milicia.

También debe guardar no llevar gente enferma y conocidamente bubosa, por los muchos ríos y pantanos que hay, y el haber de andar casi siempre mojados, que por muy baquianos que sean, no serán de provecho.

Edad del soldado.

Advierta también de no llevar soldados de cincuenta años arriba ni de quince abajo, por ser el trabajo insoportable.

Hombres gordos no son de provecho.

Ha de guardarse de recibir hombres gordos y torpes, porque no son de provecho para andar á pié y sustentar el trabajo.

No se debe recibir soldado inquieto.

Huirá de soldados inquietos, porque más le importará entrar en su jornada con diez menos, que llevar en su campo quien se lo revuelva y amotine, que estos tales causan un alzamiento ó motín cuando más seguro piensa que está, sino le fuere fuerza recibir alguno por pender de al-

gunos buenos soldados, como suele suceder; pero de tal manera y artificio se habrá con él y granjeará y prenderá á los que por su mano fueren hechos, que ellos mismos gusten de que le echen y despidan en ocasión que no tenga lugar de hacer daño, inquietando ánimos sosegados, que con esta prevención excusará motines en su campo y él se excusará de ahorcar á nadie, que es gran desdicha de un caudillo en aquellas partes necesitarse hacerlo, por los inconvenientes que de ello resultan, como adelante diremos. Ha de excusarse de llevar gente cobarde á su campo por el daño que de ello resulta. Los valerosos capitanes han estimado siempre más el valor que la muchedumbre.

Alejandro Magno sujetó á Oriente con gente muy poca.

Alejandro Magno con 30.000 infantes y 4.000 caballos sujetó todo Oriente.

Aníbal despedía los soldados inútiles.

Aníbal, pasando á Italia, despidió 7.000 españoles por haberles sentido algún temor, juzgando que llevándolos antes dañarían que aprovecharían.

Juan de Médicis escogía los soldados de ordinario.

Juan de Médicis, con los soldados que siempre escogía, ilustró mucho la milicia italiana.

Mujeres no se deben llevar en las jornadas.

También le aconsejo á nuestro caudillo excuse de llevar mujeres para el servicio de sus soldados, sino fuere yendo á poblar, porque en todas las demás ocasiones es un cogijo grande y trabajo incomportable que con ellas se pasa en el camino, demás de la inquietud del campo y la enfermedad que acarrean al soldado, pues donde no hay salud no hay fuerza. También son de muy gran estorbo al marchar, á cuya causa se han dejado de hacer muy buenos efectos; y para ejemplo de esto y obligar al soldado á que no la lleve, ha de comenzar por sí, persuadiéndolos á ello por el peligro que conocidamente corren, por su flaqueza, por no poder sustentar el trabajo: demás de esto, son causa de alborotos y muertes, como ya se ha visto muchas veces.

Prevención de sacerdotes.

Los sacerdotes han de ser reverenciados.

Ya hemos dicho el cuidado que nuestro caudillo debe tener en prevenir y hacer su gente, y ahora será bien tratemos la necesidad que tiene de llevar consigo sacerdote para la disposición y buen suceso de su jornada y consuelo de su campo: el cual conviene sea de buena edad, para que pueda sobrellevar cualquiera infortunio y trabajo, y sobre todo, que sea virtuoso y dé buen ejemplo: y á mi parecer son más acomodados frailes, aunque en esto se ha de caminar con la devoción que cada uno tuviere, yendo prevenido de ornamentos y las demás cosas

del culto divino. Y el tal sacerdote llevará, si se fuere á poblar, nombramiento del ordinario, para tomar la posesión de las iglesias y doctrinas que se fueren haciendo y que, como cura y vicario, administre los sacramentos y conozca de los delitos en que tuviere jurisdicción, á quien el caudillo tendrá particular cuidado de hacer toda reverencia y que los soldados la hagan y guarden todo respeto; y haciéndolo el caudillo en todos los actos públicos, será ejemplo para que los demás le imiten, y al que no lo hiciere, será justo el castigo. Pero veo tan perdido este respeto en muchos caudillos que siguen esta milicia, que así los tratan como si fueran soldados muy ordinarios, atropellándolos en ocasiones muy ligeras, camo si tuvieran jurisdicción sobre ellos y como si fuesen soldados: y aunque lo parecen en ser participantes en los trabajos, no se deben tener en esa cuenta, pues son medianeros entre Dios y el hombre y restauradores de las almas; pues si se reverencia á quien cura del cuerpo, cuanto más y con más cuidado se debe á quien cura del alma y á quien Dios llama sus Cristos, mandando no lleguen á ellos. Lo cual guardó mal un caudillo en cierta jornada, cuyo nombre no es para en este lugar, que yendo marchando con su gente en demanda de la tierra que buscaba, supo que el frai-

le capellán que llevaba, trataba de amotinar algunos soldados para salirse con ellos á tierra de paz, le echó mano y al pié de un árbol le hizo hincar de rodillas y poniéndole un cordel á la garganta y un garrote, mandó le diesen vuelta para ahogarle, no hubo quien lo quisiese hacer ni osase cometer semejante caso: y en el entretanto que esto pasaba, el bueno del fraile, con muchas lágrimas le pedía y suplicaba mirase y considerase que era sacerdote, que cuando fuera verdad lo que se le imputaba, se le debía perdonar y remitir y no quitarle la vida tan áspera y repentinamente; y aunque se mostró durísimo y cruel, las persuasiones de la gente, de su campo le ablandaron y le soltó; y dentro de pocos días nuestro fraile, con licencia del mismo caudillo, se salió de la tierra.

Milagro.

El día que esto pasó, dicen los soldados suyos, sucedió un caso tan peregrino, que se atribuyó á milagro. Y fué que estando alojado su campo á la orilla de una quebrada, que llamamos arroyo, en donde todos tenían abundantísima agua, se secó de tal manera que, para poder beber un soldado, no se hallaba, caso que á todos puso espanto. ¡Oh, secreto juicio de Dios, que así quiso mostrar que estaba ofendi-

do, por lo que se había cometido, prometiendo adelante castigo, si con lágrimas el pecacor no tornaba á henchir y volver las aguas á su corriente con la contrición! ¡Oh, grandeza de Dios que á unos les das agua en las entrañas del pedernal y en la quijada de un animal y á otros se la escondes y retiras de sus propias venas y natural curso. Paréceme á mí que no se podía esperar en aquella jornada cosa que fuese acertada ni que tuviese buen fin.

El respeto que tenia el marqués del Valle á los sacerdotes.—Ejemplo muy digno de imitar.

¡Oh, buen marqués del Valle, cuán bien supiste agradar á Dios, de cuya mano recibiste el premio en este mundo y en el otro, según nuestra fe; y bien concertó tu sobrenombre de Cortés con las obras, pues también lo fueron en reverenciar á Dios y sus ministros así entre nosotros como entre los indios naturales, en quien quedó estampada, que hoy dura y durará aquel respeto que tienen á los sacerdotes, pues por los caminos, yendo cargados con sus cargas, las sueltan, hincando las rodillas en el suelo para besarles la mano, y esto hacen tan de ordinario y está entre ellos tan recibido, que aunque estén ocupados en sus sementeras y labores, lo dejan todo y acuden á ello y lo tienen

por grande honra, aprendiendo de tal maestro que después de mostrarse tan gran guerrero y tan valeroso, se mostró tan cristiano, dando doctrina en general á entrambas repúblicas, que todas las veces que topaba con un sacerdote se apeaba para besarle la mano, metiendo por el suelo la rodilla, por cuya reverencia le pagó Dios haciéndole tan bien afortunado, rindiéndole á sus pies tan gran número de gente, reyes y señores con tan grandes riquezas, dándole título de marqués, con tan gran nombre y tantas victorias, ayudado del bienaventurado Sr. Santiago, patrón nuestro; y quien esto mereció, merece estar puesto con los de la fama, la cual tiene bien extendida por todo el mundo, al cual deben de seguir todos los caudillos así en el valor como en reverenciar los sacerdotes!

Cuidado del caudillo con su gente y campo en el servicio de Dios.

Dejando esto á la consideración de cada uno, me vuelvo á mi camino y digo, que el caudillo llevará en su camarada y rancho al tal sacerdote, así para su regalo como para que todos le respeten: hará decir la Salve todos los días, aunque vaya caminando y que su gente se confiese á su tiempo y que en esto haya mucha cuenta. Evitará á los soldados que no juren ni blasfemen y en esto se esmerará en castigarlo.

Cuidado que el caudillo tendrá en atraer los indios á nuestra fé.

Tendrá gran cuidado asimismo, cuando den la paz los indios, que el sacerdote trabaje con los mayores caciques reciban el Santo Bautismo, inclinándolos con la predicación y otras cosas santas para que se muevan, honrando mucho á los que le recibieren, acariciándolos y regalándolos; y á algunos de los más principales sentará el caudillo á su mesa con algunas ceremonias y demostración que por ser cristianos se les hacen aquellas caricias, para que con este cebo se vayan inclinando los demás. Mas hay algunos sacerdotes tan escrupulosos en bautizar sin que estén catequizados, que algunas veces causan daño: yo confieso que ha de ser así pero con los más principales y señores se debe dispensar, porque metan prenda y se vayan aquerenciando con nosotros, que si los trabajasen en el catecismo, sen tan bárbaros que se enfadarán y retirarán y cada caudillo trabajará de aventajarse en este ejercicio.

Prevención de Medicinas y aplicación de ellas.

No menos cuidado debe tener el caudillo en la prevención de las medicinas y cirujano para las curas de sus soldados en las enfermedades y heridas que en las tales jornadas por momentos sucede, que con el cuidado y buena prevención se ataja todo mal y riesgo.

Cuanto á lo primero, llevará el cirujano algunas purgas leves, como son, Mechoacan, aceite de higuerilla y otras yerbas y raíces conocidas para tal efecto: llevará flor de manzanilla, tabaco, azúcar, anime: llevará solimán crudo, cardenillo y yerba de bubas, bálsamo, alumbre, diaquilón, sebo, bencenuco, azufre, piedra de Buga, piedra bezar, caraña, ungüento blanco, atriarca, y su estuche con todo recado; de las cuales cosas debe usar con el menos compuesto que pudiere, porque han de ser curas breves

por la poca comodidad que para ello tendrán y para aplicar las medicinas convenientes, diré las enfermedades que más de ordinario sobrevienen en las tales jornadas.

Primeramente heridas de yerba y sin ella, resfriados, fiebres, llagas, cámaras, hinchazones, picaduras de Rayas, fuego, yerbas ponzoñosas en la comida, empeines, dolor de hijada, mal de ojos, dolor de oídos, dolores de cabeza, dolores en el cuerpo, bazo, mal de muelas, apretamiento de pecho, la del monte. Ya que se han dicho las enfermedades, será bien que el cirujano con mucha diligencia. ó la persona que la hubiere de hacer, les aplique el remedio aquí referido.

Si fuere herida de yerba, lo mejor y más seguro es cortar toda la carne que comprendió la herida; y advierta que esta cura ha de ser con la mayor presteza que posible fuere; y para esto, suelen los caudillos que son diestros, mandar al cirujano traer de ordinario en la faltriquera un anzuelo y una navaja, para con el anzuelo alzar la carne y con la navaja cortarla, como es justo se haga, advirtiendo en no cortar los nervios los cuales después de descarnados, si la herida entre ellos cayere, se raerán con la uña y limpiarán luego para que no queden inficionados de la yerba, que esto saben bien hacerlo los indios amigos.

Y para esta cura llevará hecha una masa de harina de maíz tostado y de pólvora, sal y ceniza y carbón: y desta masa, conforme al hueco de la herida, hará una pelota y la meterá dentro y vendará, que por mucha sangre que salga de (las) venas que le hubieren cortado, cabecearán y estancará luego la sangre: y si debajo de esta pelota y masa metiere otra pequeña de sebo y soliman crudo, hechando las cuatro partes de sebo, de todo punto se acertará la cura, porque la una restringe la sangre y la otra mata el veneno que por la misma vía que camina la yerba, el solimán mezciado con el sebo sigue con tanta y mayor violencia y la alcanza y mata: y reparado con esta cura advertirá á darle la triaca, y si faltare es bueno el zumo del bencenuco: también es escogida triaca una almeja de río molida y desleída en agua ó chicha: también es bueno el zumo de cogollos de guamas. El Ambire de Santa Marta es escogida cosa, con que sea cosa poca lo que se bebiere, porque es grande su fortaleza. Todas estas cosas son admirables contra las yerbas y también lo es el zumo de la raiz del cordoncillo; y cuando todo faltare, remítanse á la triaca ordínaria que es aprobada. Advertirán asímismo que el herido no beba gota de agua, porque degüella, y de tal manera, que estando bebiendo suelen espirar, y para reparar la

sed le darán unas mazamorras de harina de maíz muy ralas, que se dicen poleadas, que éstas sirven de bebida y comida, y que no coma otra cosa en más tiempo de veinte días. También le darán algunos buenos olores para la retentiva del cremento del culebro. La piedra bezar es buena y si la hubiere usará de ella. Y adviértase que si no hay esta cuenta con el herido, morirá rabiando.

Bizarría de un soldado.

Y pues viene á propósito, contaré un caso que me certificaron, de dos soldados que estaban heridos de yerba en la ciudad de *Mariquita* que los retiraron de la guerra de Guali, que el uno se llamaba Antonio de Herrera, natural de Plasencia en estas partes, que por su bizarría le llamaron el bravo español, estando cada uno en su cama en un mismo aposento, el compañero estaba tan lastimoso y se quejaba tanto con intolerable rabia, que el bravo español, estando en la misma agonía, se levantó de su cama y se fué á la del amigo, animándole y reprendiéndole con muy ásperas palabras, como si él estuviera para tomar las armas, diciéndole que con semejantes soldados no se conquistaba el mundo, animándole y adobándole y componiéndole la cama y revolviéndole de una parte

á otra, con la mayor bizarría y arrogancia le dijo: ¿Estáis bien? y respondiéndole que sí, le volvió á decir: Pues quedaos con Dios y él os dé esfuerzo y vida, que yo me voy á morir, y tornándose á su cama, luego al instante espiró y otro día siguiente murió el amigo. Esta calidad tiene la yerba que hablando y rabiando acaban.

Vamos á las heridas sin yerba, las cuales se quemarán con bálsamo, sebo ó aceite, y si se fueren desangrando por haberse cortado venas, se use de la masa de maíz atrás dicha, hasta cabecearlas y después usará del tabáco verde machacado. Y en las heridas frescas es buena la pólvora molida y la piedra de Buga es cosa milagrosa, porque restringe y aprieta y cierra la herida con poca materia, advirtiendo que primero se ha de lavar la herida con agua caliente; y si cayere pasmo en la tal herida, le foguearán en donde sintiere que obra; y si el tal pasmo fuere adelante, el enfermo beberá azufre molido, una cucharada, en miel ó en vino ó chicha, ó en un huevo, habiéndole primero foguead'o nuca y pescuezo, untando los fuegos con sebo caliente y han de darse de parte de noche, para mejor conservar el calor; el mismo efecto hará en cualquier dolor de rodilla ó espinilla, porque le consume y resuelve.

Ninguna enfermedad es tan ordinaria en el soldado en esta milicia, como el resfriado, porque por momentos padece de él, que como es tierra tan caliente por donde se camina y el soldado anda lo más á pié y como es fuerza el sudar y también es fuerza el beber en todas las quebradas que topa y como llegue tan caluroso y abiertas las carnes, se resfría. Lo propio acontece pasando ríos, ó de aguaceros que sobrevienen, que éstos nunca faltan. De estos resfriados se suelen tullir ó pasmar ó darles algunos dolores; á esto se debe acudir con foguear en la parte que acudiere el dolor y de parte de noche darle su azufre á beber, como queda referido, ó darle á beber de agua cocida con manzanilla, una escudilla de ella, echándole miel de abejas al cocer, y esta agua bébala lo más caliente que pudiere y arroparle, que con esto se reparará, usando del tabaco en humo, que esto estorba mucho los resfriados que cualquier exceso puede causar.

En lo que es una flebre ó calentura ya todos están tan diestros, donde no hay médicos, en saber sangrar luego y acomodarse con el jarabe que pueden haber ó hacer y dar una purga, que no hay para qué tratar de ello, solo quiero aquí poner un remedio notable para una terciana ó cuartana confirmada, y es, que tomarán un pe-

llejo de culebra, de los que se desnudan, y se molerá lo que bastare, y de este polvo pasado por una toquilla en lugar de cedazo y en caldo, vino ó chicha, lo beberá el enfermo, lo que importa el peso de una dragma y se arropará, que á tres veces que lo tomare al tiempo que le venga el frío, yo le aseguro con el favor de Dios, rendirá el humor que le causa la fiebre: y cubierta que si el tal enfermo se quisiere purgar levemente, sin tomar purga de propósito y jarabes, haciendo cama, cocerá un poco de tabaco en agua y estando bien teñida, echará un poco de aceite de comer en el agua y revuelto y algo caliente lo beberá, lo que importa media escudilla: esto hará en ayunas y con ello se evacuará por vómito, cólera y flemas de tal manera que quedará purgado,

Si padeciere de llagas, hará una masa de sebo y cardenillo y harina de maíz tostado, porque es bueno: también lo son los polvos hechos de cáscaras de los cangrejos: también lo es las hojas de tarmas machacadas y calientes: también lo es, polvos del bencenuco, para comer la carne mala: y para criar y encorar, polvos de la yerba de las bubas, teniendo cuidado de lavar las llagas primero con agua muy caliente y curarlas á menudo.

Cámaras de sangre son muy peligrosas en

tierra caliente y desfallecen en gran manera si con cuidado no se atajan; y para esto, si son de frío, que es lo más ordinario, se echará una vizma en el estómago, de caraña ó anime y beberá polvos de piedra de Buga, en un huevo, vino ó chicha ó miel, en ayunas, y á falta de esto en agua tres ó cuatro mañanas. También es bueno polvos de arrayan y cáscaras de laurel y cáscaras de granada. También es bueno puesto en el estómago, un emplasto hecho de carne de Guayaba ó membrillo amasado con polvos de romero, yerba buena, incienso y almáciga: este estomaticón es cosa maravillosa para quien tiene relajado el estómago de purgas ó vómitos ó de otra cualquiera cosa, de que no pueda retener la comida; y si fuere de frío, es bueno foguearse el estómago. También es bueno zumo ó polvos de la cáscara de la escobilla bebida; el estiercol de caballo fresco, donde se pudiere haber, es bueno desleído en vino, chicha ó caldo: y á falta en agua, colándose para beber, tomándole tres mañanas en ayunas. Advierto que no se han de estancar como den las cámaras, hasta que hayan purgado ocho días.

En dos partes más ordinariamente acaece hinchazones al soldado ó en los supinos ó en las piernas; si sucediere en los supinos, hará un

emplasto de mazamorra de maíz espesa y dejada acedar ó revolverla con maszato en otra tanta cantidad, y hecho se lo pondrá; y si hubiere de caminar se pondrá una pampanilla para que no se le caiga ni estorbe. Este emplasto traerá hasta en tanto que hieda mucho, y entonces se lo quitará y con zumo de Jagua se los lavará cada día ó las veces que más pudiere, con que le aseguro resolverá el humor: y si se pudiere sangrar y purgar primero, mejor sería. Y si se le hincharan las piernas, las lavará de noche con salmuera caliente ó agua de la mar, si la alcanzaren: y en estando sujetas las piernas las untará con zumo de Jagua, como los indios lo usan.

Estas hinchazones sobrevienen por andar mucho á pié, y después parando algún día, cuelga abajo el humor.

La picadura de la culebra sucede muchas veces por la abundancia que de ellas hay en la tierra caliente y por andar el soldado gran parte del tiempo de noche, que es cuando más anda la culebra, que de día no anda tanto, aunque es más peligrosa por la fuerza del calor, y este riesgo lo corre más el indio de servicio, por ser más contínuo en el servicio del campo. Las más ponzoñosas son las de cascabel; el remedio para la picadura es sajarle en la misma picadura con navaja ó lanceta para que hâga sangre y

descubra la carne de dentro y luego se le chupará con un canuto ó cornezuelo, al modo que los negros echan las ventosas, y en aquel hueco de la sajadura, que se habrá dado en cruz, se meterá una pelotilla de sebo y polvo de solimán crudo, masado, y se vendará, dándole luego á beber el zumo del cordoncillo ó el zumo del bencenuco ó las cáscaras de sus raíces hechas polvo y bebidas. También es bueno el zumo de la Iagua y una almeja del río molida, tomando en agua una parte de los polvos. Este remedio del solimán y sebo es una cosa peregrina y milagrosa, porque aunque esté muy hinchado el paciente y tomado del veneno, le saca del peligro. También es bueno después de sajada la picadura, puesta una piedra amatista y vendada, pero no es tan segura, y usará el paciente de buenos olores para el decremento.

Cuando se vadean los ríos, si son llanos y arenosos, suelen picar rayas, por haberlas en estas partes de ordinario, que es un dolor tan apresurado que con el tiempo que dura rabia el soldado y dá calenturas desatinadas; y su remedio es sajarle la picadura y en agua muy caliente, cuanto lo pueda sufrir meterá el pié y siempre le irán cebando con agua caliente, porque no se enfríe, hasta en tanto que haya quebrado el dolor y luego lo sacará y limpiará

y meterá en la sajadura una pelotilla de sebo y soliman, como está dicho en la picadura de culebra. Si el soldado se quemare con fuego de pólvora ó de otra manera alguna, tomará jabón y amasado con aceite hará un ungüento y con él se untará mañana y noche hasta que pase los nueve días.

Suelen los indios en las comidas y bebidas que dan, echar algunas yerbas malas y ponzoñosas así en polvo como en zumo y también lo suelen hacer cuando desamparan su población, dejando en las comidas este tóxigo y veneno; y en estas comidas, primero que se meta la mano, se debe hacer la prueba, porque como llegan los soldados hambrientos, ha acaecido morir algunos primero que se sienta: el remedio de ello es que, en sintiendo el soldado cualquier dolor ú otra descomposición, hacer vómito, provocándose á ello con mascar el tabaco verde ó seco y tragarlo; y si antes de esto pudiere beber un jarro de agua más que tibia para que revuelva, lo hará; y hecho el vómito podrá beber aceite y zumo de Jagua y esto es bueno.

Y si el soldado acertare á comer alguna yuca brava, en sintiéndose tomado de ella, procure hacer el vómito y luego deshaga una poca de sal en agua, y bébala, conque asegurará el suceso malo.

Si padeciere de empeines y fuere tierra donde hubiere la Romaza, con los cogollos de ella que hacen barbaza, se los untará á menudo y verá una cosa maravillosa: y si pudiere hacer un agua de solimán, vinagre, y alcaparrosa, se lavará con ello, que también es bueno. También se los untará con cualquier trementina después de haberlos rascado y los polvoreará con azufre molido y pondrá encima algodón escarmenado. También es fácil remedio tomar unas brasas y matarlas de golpe con agua y encima del humo pondrá cualquiera cosa de hierro y el sudor de agua que allí se congelare se untará con ello; pero sobre todos estos remedios es el de la Romaza.

Si le diere dolor de hijada, tomará unos grillos y los tostara, y molidos muy bien, tomará de ellos con vino ó chicha media cucharada y ayudará á tomar el tabaco en humo; y si le acudiere á impedir la orina, tomará unos ajos y los machacará y cocerá con vino y esprimidos lo beberá. También es bueno el caldo de las aceitunas con aceite y caliente beberlo. Advierta que con cualquiera de estos dos bebedizos, se ha de arropar, durmiendo sobre ello.

Si le diere accidente y mal de ojos y fuere de frío ó sereno, echará en cada lagrimal un poquito de tabaco molido, sin confección algu-

na, que aunque le escueza un poco, verá una buena y breve cura. Si fuere de calor el accidente, debe ser sangrado y echará en los ojos unas gotas de lima agria con una pluma que es fresca. También es bueno vino y albayalde desleído, tibio. También es bueno aceite de huevo, desleído en él un grano muy pequeño de cardenillo.

Si le diere dolor de oídos, usará de noche meter unas mechas untadas en bálsamo caliente y no mucho y dormir sobre ello, habiéndose zahumado con el mismo bálsamo.

Ya saben todos los soldados ó los más que el tabaco en polvo y en humo es bueno para la cabeza y cuando el dolor esté muy confirmado de frío, se frotará con un diente de ajos mondado detrás de las orejas, y siendo de calor, es bueno zahumarse con azúcar echada en unas brasas y recogido aquel humo: y ponerse defensivos en la frente, de vinagre aguado, también es bueno,

Si diere dolor en pierna ó brazo ó otra parte, causado de humor frío ó de golpe y que se le haya alterado, foguearlo y si al segundo día estuviere rebelde y no se rindiere, tomará unos ajos machacados con sebo y hará un emplasto y se lo pondrá en el dolor de parte de noche, el cual no lo podrá sufrir veinte y cuatro horas y

quitado que sea, se fogueará sobre los fuegos, echará una vizma de ánime blando ó curaña, ó lo que más á mano tuviere y con esto lo vencerá por rebelde que esté el dolor. La vizma más breve y mejor para un dolor, es, untado con miel de abejas virgen caliente y encima poner polvos de mostaza molida y poner su algodón, lana ó estopa.

Si padeciere de mal de bazo, beberá sus propios orines con miel, nueve mañanas y en ayunas con un poco de jabón mojado en orines, le frotarán el bazo antes de levantarse los dichos nueve días, y se les deshará de todo punto. Tambien es bueno poner encima un parche de diapalma ó diaquilón, calentándolo y tener cuidado de limpiarlo á menudo el agua que fuere sacando.

Si padeciere de mal de muelas, causado de reumas, usará de unos cuescos de aceitunas horadados y puestos al pescuezo en lugar de cuentas de ámbar, que es cosa aprobada; y si pudiere haber cuando mataren algún venado ó ciervo, un nervio que le va de la oreja izquierda al corazón, que es del grosor de una cuerda gorda de vihuela, puesto éste en el pescuezo después de seco, es admirable remedio; y si son reumas de frío, mascando el tabaco y quedándose dormido con él entre las muelas, será bas-

tante á quitarle el dolor. También es bueno cortar unos nerviecillos que bajan á las orejas que tirándolas se echan de ver, y luego quemarlos con cosa de oro para cabecearlos. Esto se entiende si el dolor no es causado de estar dañada la muela, porque si lo está, lo mejor es sacarla.

Si se le apretare el pecho de frío, es bien foguearle y untarle con sebo, bebiendo de parte de noche el azufre, como queda dicho. Y si fuere el apretamiento de flemones y pujamiento de sangre, se sangrará y de cogollos de zarzamora hará un cocimiento y de aquella agua tomará una escudilla y media de orines y otra media de miel de abejas y tornándolo á hervir hará un jarabe y lo irá bebiendo á tragos y si se acabare irá haciendo otro, lo que necesario fuere, y verá una notable cura.

Si le diere la del monte, tomará un jarro de agua casi hirviendo y la destilarán encima poco á poco, cuanto lo pueda sufrir, y esto será muy á menudo, cuatro ó cinco días, y se quitará sin falta con el avor de Dios. En todas estas heriúas y curas, si usare del santo ensalmo, será muy bien, porque con él se han hecho cosas milagrosas. Yo las he hecho muy particulares en mis jornadas; habiendo experimentado todas estas medicinas, algunos sabidas de los indios,

como tan grandes herbolarios y otras adquiridas con la experiencia, como cada uno lo hará, descubriendo nuevos medicamentos, siendo nuevo inventor de ellos así con la experiencia como con la buena filosofía, para con la salud de sus soldados; que adonde no hay médicos todos podemos tener voto, y aún adonde los hay, por ser simples los medicamentos que aplicamos, sin usar de compuestos, que es cosa que requiere particular estudio.

Prevención de armas.

Justo será tratemos ya de lo que hace más á nuestro propósito, pues tanto de él nos hemos alejado, aunque todo ha sido muy importante á nuestra intención, fin y blanco de la milicia indiana y las desventuras y trabajos, hambres y peligros á que están sujetos nuestros españoles. Digamos, pues, el cuidado que nuestro caudillo pondrá en prevenir y proveerse de caballos y armas, haciendo primero lista de sús soldados y saber qué armas tiene cada uno y proveer lo que faltare, teniendo para tal efecto junta alguna parte, de tal manera que después en su jornada no le hagan falta. Supongamos que hay dos maneras de jornadas, una de sábana y tierra rasa y otra de montaña y arcabuco; en la una tierra

sirven los caballos y en la otra no, á causa de la aspereza y maleza. En la tierra rasa, que se pueden llevar caballos, se usará de ellos; pero de cualquier manera que sea la jornada, conviene que todos los soldados sean arcabuceros si pudiese ser, porque siéndolo dobla el número de la gente, porque si son ciento, todos ciento hacen efecto, llevando cada uno su rodeleja pequeña á las espaldas, con su fiador ó tiracuello para usar de ella cuando se ofrezca ocasión. Asimismo llevará cuatro mosquetes de respeto, más ó menos, para un fuerte; los arcabuces serán cortos, porque mejor los puedan rodear á caballo y á pié, porque considerada la distancia que alcanza la flecha ó dardo, que es el arma arrojadiza de que usa el enemigo, alcanza más cualquier arcabuz de cuatro palmos y para montañas no son tan embarazosos como largos y estos arcabuces se ha de entender los llevarán los soldados que los supieren tirar ó tuvieren afición y los demás que no la tuvieren ni supieren manejar, lleven sus rodelas de buen círculo porque se han de cobijar á sí y al arcabucero que le dieren, no excusándose, como dicho es, el arcabucero de llevar su rodeleja, porque muchas veces se le ofrecerá soltar el arcabuz de las manos, como en el discurso de este libro se verá, y es bien se halle con arma de coberte-

ra. Algunos caudillos tienen una mala costumbre permitiendo que el arcabucero no lleve espada, por el embarazo, y es mal hecho, porque ya hemos visto en repentinas emboscadas no poder encender la cuerda, ora sea por humedad ó por la prisa, y otras veces, aunque lo estén encendidas, no tomar fuego el polvorín y ya que lo tomase no disparar el arcabuz por la humedad de la pólvora, y atajados de esto vuelven las espaldas por verse sin armas y es causa de desbaratarse y perderse todo; y de esto no tiene la culpa el soldado, sino el caudillo, por no llevar su gente bien armada y prevenida al suceso, pues los soldados que van apercibidos llevan fortaleza y ánimo. Considérese cada uno en tales trances, la diferencia que va de lo uno á lo otro, pues llevando armas con que reñir y ofender al contrario, quedando corrido de la falta del arcabuz, hará el deber, doblando en el acero de la espada lo que deseó mostrar con el arcabuz, y esto sucede en los soldados de vergüenza y honra; y de aquí nace el ser valientes y cumplir con lo que deben. Esto debe guardar el caudillo, escogiendo soldados para semejantes casos, que por la mayor parte se le ofrecerán: no fanfarrones ni espadachines, que no sirven sino de alborotar el campo y al tiempo de la necesidad los hemos visto cortados, sin ser de fruto.

Y volviendo á mi propósito, yo no niego deja de embarazarse mucho con la espada en los tiros, por la maleza de la tierra, pero digo que en su lugar lleven unas medias espadas, alfanges ó cimitarras, machetones ó cuchillos largos de monte, de tres ó cuatro palmos, que harán el mismo efecto con la rodela y sin embarazo, puestos en sus tiracuellos; y el soldado no se canse de llevarla, aunque el caudillo no lo prevenga, que cuando no le sirva contra el enemigo, le servirá, por el riesgo que asimismo corre entre los mismos amigos que lleva, que viéndoles apercibidos no se les atreverá nadie, que al fin son indios. Llevarán todos en general sus sayos de armas, hechos de mantas y algodón; los mejores son escaipiles de dos aldas, como capotillos vizcainos, con sus botones de palo á los lados ó ataderos que sobrepuje la una falda sobre la otra, porque no descubra el hijar. Estos sayos serán anchos porque queden ahuecados, donde la flecha ó dardo embace, estos son más prestos que otros para una arma repentina, demás de que sirven de colchones para dormir sobre ellos, como no haya riesgo, que donde lo hubiere estarán mejor en el cuerpo, pues hace el mismo efecto, que es impedir la humedad del suelo; á los cuales escuaipiles no se les debe echar á cada uno más de seis libras de algodón

que son bastantes para una flecha; y adviertan que las bastas han de ser largas y flojas porque quede flojo el sayo: y si fuere hasta la rodilla, le echarán ocho libras; éstos se usarán donde hubiere yerba; y habiendo de servir á caballo, los henderán por delante y atrás, por amor de los arzones y que como escarcelas tapen el muslo. Excusarán los soldados no se les mojen, si pudiere ser, porque tupe el algodón y fácilmente son pasados de la flecha, dardo ó lanza, aunque otros son de diferente opinión. Y si ha de ser ligero y llevar poco algodón, hace tabla delgada y se pasan ligeramente y así á estos escuaipiles les echan flojas las bastas para que el algodón lo vaya. Llevarán los de á caballo sus morriones con orejas, hechos de algodón ó cuero de toro con sobrevistas de malla que tapen los rostros para que en la guazavara no los hieran, porque no pueden todas veces guiar el caballo y adargarse á un tiempo, demás que una flecha pasa sin ser vista y es bien que vaya el rostro armado, porque por aquella parte corre más peligro. Muchos no usan adargas y así las que trajeren sean pequeñas y ligeras y el que pudiere traer petral de cascabeles, es muy bueno, así porque se atemorizan los indios, como porque el caballo se alienta mucho. Usarán de sillas ginetas y no se consienta silla brida, por-

que con menos riesgo se vadea un río á la ginela y son más prestos al ensillar y se hacen hombres de á caballo. Lleven los caballos sus pecheras y testeras y costados del mismo algodón y bastarán una docena de ginetes entre cien infantes.

Todos los soldados traigan siempre en la cinta cuchillos carniceros, que es buena arma. Los caballos son buenos y de provecho entre los infantes, aunque sea el número grande de los contrarios. Y aconsejo que lleven sus rodelas y arcabuces del tamaño dicho, porque llegarán á sitio donde no les sean los caballos de provecho y es bien se hallen con que puedan pelear.

Las espuelas sean de pico de gorrión, porque las de acicate son muy peligrosas.

El caudillo tendrá cuidado de llevar de respeto algunos hierros de lanza, porque no le falten en las ocasiones, que cuando falte el asta, hartas hay en los arcabuces. Las armas acrecientan el valor, que es por lo que los poetas en sus fábulas fingen las fabricaron los Dioses para las personas que ellos han celebrado Los caballos son especie de armas, por cuya fuerza se han ganado muchas victorias y para nuestro intento son muy buenos en la tierra donde la pueden hollar; y el soldado que fuere enemigo

de cargar las armas, se puede presumir pondrá la esperanza de su vida más en los piés que en las manos.

Prevención de municiones.

Municiones.

Yo confieso que algunos de los capitanes y soldados de las Indias no ignoran cosas necesarias para sus jornadas, pero para probar mi intento, es necesario poner aquí y desmenuzarlas, para que mejor se advierta la necesidad de todas ellas. Y así cuanto á lo primero, digo, que los arcabuceros llevarán dobladas sus llaves y tornillos, que es de gran curiosidad y provecho, la una de rastrillo y la otra de cuerda, si pudiere ser, y á falta ambas de cuerda, porque son más ciertas y mejores. Llevarán sus limas y moldes, sacapelotas, sacatrapos, rascadores y lavadores. Llevarán cuerda y contracuerda; llevarán sus chupas ó bolsas y unas mochilas que llaman

los indios, en que llevar la munición, con sus tiracuellos ó tahalíes, porque no pueden usar de las faltriqueras, respeto de los sayos, en los cuales algunos usan unos bolsicos, cosidos por de fuera, para la munición; pero mejores son estas mochilas. Ya saben que han de llevar sus cargas hechas en canutos, porque el frasco no es consideración. Los rodeleros y arcabuceros llevarán sus sayos de armas y morriones sin orejeras cuando entren en la guazavara, porque estorban al oir la voz y orden del caudillo, por llevar las orejas tapadas, demás que afligen al que las lleva, salvo donde hubiere hondas, que allí son necesarias.

Es buena curiosidad que el soldado sepa hacer sus municiones y andar bien apercibido de ellas, que es de buenos soldados, y que seán diestros en el tirar; llevarán sus almaradas y agujas para hacer alpargatas. sus cuchillos carniceros, hachas, machetes para hacer sus ranchos á las dormidas y hacer puentes en ríos y ciénegas para pasar los caballos y el bagaje. El caudillo llevará plomo bastante, el cual repartirá á su tiempo con buena cuenta; llevará sus cucharas para que los soldados derritan el plomo para hacer su munición; llevará la mejor pólvora que pudiere en botijuelas forradas en pellejos de carnero, la lana de fuera y las bocas tapadas con pellas de cea

y atadas encima con sus paños. En estas botijuelas se conserva la pólvora mucho, por muy húmeda que sea la tierra y va segura de agua y fuego. Llevará algodón en ovillos para hacer cuerda cuando faltare al soldado. Llevará en cantidad alpargatas para socorrer su campo en las necesidades, advirtiendo que todo el hilo que se hallare en la tierra se lo manifiesten para hacer cuerda y alpargatas á la necesidad, y cuando faltare advierta que del Maguey ó Cabuya se puede aprovechar para la cuerda machacándola bien y cociéndola con ceniza y si esto faltare de Amahagua no puede faltar, que haciendo el mismo beneficio es buena, y de mantas de algodón se puede hacer en una prisa. Llevará mantas, lienzo, sombreros, anzuelos en cantidad para socorrer su gente. Llevará rescates para los indios, que es la principal conquista, como son hachuelas, cuchillos, machetes, agujas, anzuelos, peines, espejos, trompas turquí, cascabeles, bonetes colorados, sombreros. Llevará el caudillo antiparas hechas de algodón y alpargatas fuertes, si fuere tierra de puas, para arrojar delante antipareros. Llevará azufre en cantidad. porque si se ofreciere hacer pólvora la haga en tiempo de necesidad.

Salitre.

Tomará pues, y sacará el salitre primero, re-

cogiendo tierra de salitrales húmedos ó secos y de cenizales que están junto á los buhíos y caneys de los indios ó donde durmieren vacas, y de esta tierra ó cualquiera de ellas echarán en gachas grandes, donde los indios cuecen su bebida, haciéndoles un agujero por abajo y tapándolo con un trapo pondrá en el suelo de la tal vasija un manojo de cabuya ó maguey, para que sirva de colador y encima un lecho de varillas puestas por su orden, que hagan suelo y sobre ellas otro lecho de paja y encima de este tercer lecho se le echará uno de tierra y luego se irán echando sus lechos al mismo modo, de lo referido y cuando esté llena la vasija se le echará agua la que cupiere que sea llovediza ó salobre yá falta de la ordinaria, de suerte que esta mezcla estará así veinticuatro horas y luego quitándole el paño del fondo se dejará colar toda el agua estando la vasija en alto y debajo cosa en que se recoja; y esta agua colada se pondrá á cocer hasta en tanto que mengüe de tres partes las dos, espumándola de ordinario con una totuma ó cuchara agujereada, porque solo se saque la espuma apurada ó grasa, la cual se juntará y guardará para echarla en las demás veces que se hiciere el cocimiento dicho, y para conocer si el salitre está cocido echará una gota sobre un hierro frío y si se secare es señal que está en su

punto y luego se apartará del fuego, y cuando esté tibia el agua se echará en vasija repartida y la dejarán estar veinticuatro horas, habiendo puesto encima unas varillas mondadas á fin que el salitre se cuaje en ellas, y después de cuajado, el agua que quedare se guardará, sacándola sin que el asiento de la tierra se mezcle con ella, porque con esta agua se ha de hacer pié sobre que se hagan los demás cocimientos, que en lugar del agua sobredicha se puede hacer y es mejor: y adviértase que en el primer cocimiento es poco el salitre que se saca y á la segunda vez por el orden que se ha dicho se sacará cantidad. También se advertirá que esta agua que ha de servir de pié ó madre, cuando esté vieja no será de provecho y se conocerá cuando esté muy negra ó grasienta; entonces se hará otra nueva aunque el postrero cocimiento será más fino que ninguno de esos otros, pero no se sacará tanta cantidad.

Pólvora.

Hagamos, pues, lá pólvora, que sea fácil y que tenga bondad, haciendo para ello el carbón de sarmientos de parras bravas que hay en tierra caliente, ó gamones ó cáscaras de naranja, de sauce ó ceiba ó higuerón, y en una piedra de moler maíz se molerá y asímismo el azufre, de

suerte que no tenga tierra y lo mismo el salitre y carbón; y estos materiales no han de estar húmedos, los cuales incorporarán y después de bien molidos é incorporados se rociarán con agua llovediza ú orines trasnochados, hasta en tanto que moliendo se haga una pasta con las manos como un bollo de masa. Las partes de cada una de estas son de azufre una y cuatro de salitre, de carbón una. Y para que estos materiales no se humedezcan los tendrán al humo, porque al sol se echa á perder el salitre y recibe daño. Y hecha la dicha masa en una red que se llevará para el efecto, de hilo ó pita, lo más menuda que fuere posible, por no cargar arneros, que sea cuadrada para que entre dos la tengan muy tirante y en el aire como bastidor: tomarán la masa hecha en su punto y la pasarán con la mano por cima, siempre á un lado solo, apretando la masa y la mano pase con lijereza y debajo tengan un paño donde vaya cayendo la pólvora y allí la dejarán enjugar y guardarán en sus botijuelas.

Prevención de herramientas.

Importante cosa será si se va á poblar en nueva conquista, el caudillo llevar todas las herramientas necesarias, como son hachas medianas y grandes para hacer casas, buhíos, y rozas y puentes, asímismo machetes, azuelas llanas y gurvias, azadones llanos y gurvios, para hacer canoas donde fuere menester, y bateas para lavar donde hubiere muestras de oro; y para servicio de los pobladores, barrenas de toda suerte, almocafres, barras chicas y medianas, sierras, escoplos, martillos y tenazas: herramentales para herrar caballos, herraduras y clavos: y sobre todo llevará su fragua entera con su herrero para sustentar todas estas herramientas y hacer las demás que convinieren, llevando acero y

hierro; y no se olvide una ó dos corrientes con sus colleras, que son muy importantes, porque con ellas los prisioneros no tienen tanta prisión y están seguros, llevando algunas arropeas para soldados, porque soy de parecer que á ninguno se le debe echar collera, porque no hay cosa que más les desabra y con razón los ofenda.

Prevención de bastimentos.

Pues hemos tratado de los pertrechos de guerra y otras cosas anejas, digamos de los bastimentos cuáles han de ser, pues son de tanta necesidad. Siendo tierra por donde puedan entrar caballos, llevarán en ellos el matalotaje de bizcocho y este sea poco, porque es balume. Llevarán harina de maíz tostado lo más que pudiere, porque es el perfecto matalotaje para hacer sus mazamorras, que es lo que más sustenta y hace menos balume. Llevarán tocinos, quesos, ajos y no olviden la sal, que es lo que más importa. Y sobre este matalotaje, que es el principal, llevará el caudillo alguna conserva para enfermos, como es carne de guayaba, que es bue-

na para las cámaras; también algún azucar. Llevará algunos garbanzos para una necesidad, que suplen mucho. Llevará algún aceite y sebo y unto sin sal. Llevará algunas semillas de col y rábanos, lechugas y demás legumbres para sembrar luego si poblaren ó si invernaren en alguna parte, porque es buen mantenimiento. Llevarán sus pailas de cobre ó azofar, para hacer sus comidas. Llevarán calabazas de agij molido, que es buen mantenimiento, hasta dar con las poblazones. Sobre todo lo dicho, llevarán vacas de leche, y las que fueren vayan en una manada, aunque sean de particulares, con sus señales: las del caudillo serán en cantidad, porque si hay necesidad se han de socorrer de ellas. Llevarán sus toros para el multiplico y para que las vacas estén aquerenciadas, procurando que todas sean mansas y paridas para la seguridad de que no se vuelvan y se lleven con menos trabajo. Excusarán llevar ganado porcuno y ovejuno hasta que estén poblados, porque son de cosijo y trabajo. Y si á la tal jornada no pudieren ir caballos, menos se podrán meter vacas, hasta estar poblados y abiertos los caminos. Y advierta el caudillo que el matalotaje que llevare de respeto para la comunidad, que no se ha de llegar á él hasta en tiempo de necesidad y que los soldados hayan gastado el suyo primero. Todo lo

que está dicho en los capítulos de las prevenciones, más ó menos, dejo á la elección del caudillo como á quien tendrá presentes las cosas.

Ayuda de los perros.

Bien será añadamos por postre de este libro la ayuda tan importante de los perros en defensa de nuestros españoles en aquellas partes en sus jornadas, pues tanto provecho han hecho, de que hay larga experiencia, como se ha visto en la pacificación de Costarrica, Veragua, Santa Marta, Mussos, Guali, Antioquía, que es donde más se ha usado de ellos, por haber sido los indios muy belicosos y traidores, particularmente en Musso, donde usaron tanto la yerba de veinte y cuatro horas y el comer carne humana, conque acabaron muchos de los nuestros; y muchos más fueran, sino fuera por el mucho temor que cobraron á los perros, que al tiempo que los entraron en la tierra estaban para dejarla los nuestros, como otras veces ya había sucedido despoblarla, como lo hizo Pedro de Orsua y lo estuvo hasta que el capitán Luis Lanchero la pobló, lo cual hasta hoy dura y durará largos años; y en otras pacificaciones se han hecho la experiencia.

Cuando hay guazavaras ayudan muy bien, ar-

mados, por amor de las flechas, si los saben soltar. Mucho teme el Indio el caballo y el arcabuz, pero más teme el perro, que en oyendo el ladrido, no para indio.

También usan de ellos los indios y los traen consigo: y se aprovechan de su vela. Pues para tomar y seguir un rastro, no es menester más que soltarlo, que luego dá con el indio, sin que vaya soldado con él y allí se está hasta que llega la gente, teniéndole alebrestado. Descubren una emboscada de muy lejos, porque la huelen. Son de mucho provecho y yo no iría á ninguna jornada sin ellos.

Suerte de un perro.

Para que se vea el efecto que hacen, contaré una suerte que hizo un perro que se llamó Capitán. Al cabo de muchos días que la tierra de Musso estaba poblada de nuestros españoles, un soldado, llamado Luis Rodriguez, que fué mi soldado en ciertas jornadas, cuyo era el perro, me contó y fué público en toda la tierra dicha de Musso, que estando doce leguas de la ciudad en un despoblado, solo con su perro, en una pesquería que hacían en un río, con cantidad de más de cien indios alrededor de él y teniendo atado su perro con un tramojo en el rancho

que había hecho para dormir los días que la pesquería durase, y estando descuidado á la orilla del río, sin armas, porque las tenía en el rancho confiado en la paz de los indios y salvo de la traición que le tenían ordenada, que era matarle y echarle en el río, y como vieron la ocasión tan buena, el soldado sin armas, y el perro atado, acordaron ponerlo en ejecución descargándole un macanazo, que es arma que ellos usan, como está dicho, del cual cayó aturdido y asiendo de él un golpe de ellos para echarlo en el río, el soldado, con la rabia de la muerte, comenzó á forcejear y dar gritos, y como el perro sintió el ruido y oyese la voz de su amo, haciendo fuerza rompió el tramojo y embistiendo con el escuadrón de los indios lo rompió de tal manera mordiendo y derribando y ellos con el repentino asalto, por huir se atropellaban unos á otros dejando al soldado, apartándose del riesgo por estar los más desarmados, pareciéndoles que estando el perro atado y él sin armas, no las habían ellos menester, como era verdad, si la fortaleza de la amistad que el perro tiene á su amo, no sobreviniera en su socorro. Gran instinto de perro que conociese el riesgo en que su amo estaba y que él solo le librase de tal peligro metido en medio de un tan gran escuadrón, y despues de haberlo des-

baratado llegase á él, el cual amo, habiendo vuelto en sí, y cobrando esfuerzo con tal socorro, se levantó y embistió al rancho, no desamparándole el perro, en demanda de sus armas y tomando su espada y rodela y refrescando y trabando la pelea el soldado, y el perro á su lado, en breve tiempo los desbarataron y huyeron quedando amo y perro solos, tomando luego á la hora su camino para donde había españoles, porque ya le tenían por muerto, porque un criado suyo indio, que se huyó al tiempo que esto pasaba, había dicho quedaba muerto. Tales perros, como éste, bien se pueden llevar á semejantes empresas y estimarlos en mucho, pues son tan buenos compañeros, teniendo mucho cuidado del regalo de ellos, dándoles ración como á cualquier soldado: los cuales se llevarán que sea de buena trabazón, que no sean muy grandes, porque se encalman y se despean y embarazan en los arcabucos; y los que hubieren de hacer sean cachorros, experimentándolos primero, disparando junto á ellos el arcabuz y si los tales perros huyeren del trueno á distancia larga, no hay para que echar mano de ellos, porque jamás se reducirán ni serán de provecho, porque tienen mil inconvenientes; y pasados por esta prueba los mostrarán á que no riñan unos con otros, hermanán-

dolos, porque no estándolo, antes dañan que aprovechan; y no trato lo que más pudiera decir, porque lo dejo á la discrección del caudillo y soldado.

LIBRO TERCERO

DE LA MILICIA INDIANA.

EN QUE SE TRATA LA OBLIGACIÓN DEL SOLDADO, EL SACAR LA GENTE DE TIERRA DE PAZ, EL MARCHAR POR TIERRA DE GUERRA, ATRAVESAR RÍOS, ALOJARSE CON FUERZA, DAR TRASNOCHADAS, EMBOSCADAS, GUAZAVARAS Y RECIBIRLAS.

Obligación del soldado.

Una de las más principales virtudes que á Dios agrada es la humildad, la cual es estribo para todas las cosas, grandes, medianas y chicas y sin ella nadie puede corresponder á su obligación y así debe el soldado usar de esta virtud más que otra cualquier persona, porque si respecto de no ser obediente se pierde la ocasión, es imposible volverla á cobrar, y de perderse una se ofrecen perder luego otras muchas que sucesivamente se encadenan.

Ejemplo de Manlio Torcate.

Y así á Manlio Torcato por no serle obediente su hijo en guardar su orden, aunque vino victorioso y cargado de despojos de la batalla que tuvo, le mandó cortar la cabeza, y otros muchos nos han dado dechado de cuanto importa, y por ejemplos lo tenemos cadá día al ojo.

El soldado debe reconocer esta obligación siendo humilde á los mandatos de sù caudillo, cosa que el soldado de Indias guarda bien mal, con aquella arrogancia de que sabe tanto como su caudillo y que siendo práctico no ha menester quien le gobierne y fiados en esto hacen mil hierros dignos de castigo.

El que no guarda la orden de su caudillo pierde reputación.—El soldado guarde la orden que se le diere.

Adviértoles de una cosa, y es que todas las veces que no guardaren la orden de su caudillo, pierden mucha reputación y crédito y perderán justamente el puesto que les hubieren dado y lo puede ocupar otro. porque en la guerra el soldado valeroso siempre se le ofrecen muchas ocasiones donde se muestre, á cuya causa está obligado á guardar el puesto donde su caudillo le pusiere, aunque le parezca que hay otro puesto mejor donde señalarse. Bien parece al soldado

ser humilde, porque sobre la humildad caen las demás virtudes como el esmalte sobre el oro y así ganará todo crédito y no con vanas apariencias y fanfarronerías que á pocos lances se alcanzan.

El soldado que guarda el secreto será estimado.—El soldado no debe huir el trabajo.— El soldado debe ejercitarse en las armas.

Excúsese de ser espadachín y hablador, remediando esto con ser callado y bien quisto y en todo secreto, de donde el caudillo reconocerá su caudal y le será fuerza fiar de él muchas cosas, y fiándolas á estimarle y hacerle amistad en ocasiones de importancia, cosa que se grangea con solo seguir la obligación honradamente con cortesía, como la tendrá en el seguir en el trabajo siempre á su caudillo, poniendo la mano donde la pusiere y ganará opinión y á él la voluntad, demás que la ociosidad acarrea un millón de vicios, procurando siempre ejercitarse en las armas para que cuando se le ofrezca ocasión se halle con toda desenvoltura y presteza.

No se duerma el soldado en la centinela.

También el soldado á quien han fiado una centinela, que es la salud de todo un campo. si

el tal hace el deber, cumple con lo que debe y con su obligación, porque el que se durmiere pierde la honra y aventura la vida, porque merece la pena de muerte y en esto yo no pondría ningún escrúpulo en quitársela; y cuando con él se quisiere usar de misericordia por algunos respetos, se le debe dar un castigo infame, y pienso que ningún buen caudillo tendrá reportación para dejarlo de matar por la traición que comete, pues todos ponen en sus manos las honras y las vidas y da tan mal cobro de cosas tan importantes.

Ejemplo de Epirates.—No debe ser el soldado chismoso.—El soldado debe huir del motín.—El soldado ha de ser defensor de la honra de su caudillo y camarada.

Epirates, estando en Corinto, halló durmiendo á uno en la guardia y le mató, y en nuestros tiempos cada día vemos este hecho; pero si el soldado comprende ser pecho honrado, cierto se excusará de todo esto y de no ser revoltoso ni chismoso, cosa tan mala y que tantos males y daños acarrea y lo que de ello se saca es un mal crédito, y de estos vicios las más veces se suele engendrar un motín que causa daño en general, de tal manera, que aunque uno no sea de los comprendidos en él, participará de su mal nombre, porque como sepan que es de la tal compa-

ñía la presunción está en arbitrio de cada uno, pues andar satisfaciendo á todo el mundo es cosa larga y no hay mejor satisfacción ni más honrada al soldado que cobrar buena fama y que sea amigo de la honra de su caudillo y de la de su amigo y camarada, no consintiendo se diga mal de él, reprendiendo al que mal hablare, favoreciendo la razón y la obligación; y si esto le faltare, estará obligado por lo que debe á la bondad de buen soldado y amigo; si no tuviere discurso ó condición ó ánimo para acudir á esto, vuelva las espaldas, porque ya que no sea honrrado defensor no sea infame consentidor, y el que cae en esta infamia y luego lo va á chismear á su caudillo ó amigo, descubre su falta y á él ofende el ánimo de tal manera que para siempre en su corazón le tendrá por enemigo, porque quien te dice la copla ese te la echa y si hiciere el deber como honrado soldado, díganselo otros.

El soldado está obligado á no consentir motín.

También estará obligado á no consentir motín alguno ni venir en él ni causarlo, porque además de deservir á Dios desirve al rey y es especie de traición y en ello aventura su honra y vida. En esto debe vivir vigilantísimo, porque de aquí nacen las conspiraciones y alzamientos.

Esta es una mancha que cunde mucho; para remedio de ello se guardará de malas compañías y si sintiere que le acometen y le quisieren prender, huya de ello no descuidándose de dar aviso en tiemqo con discreción al caudillo, porque si lo sabe de otro, correrá riesgo como los demás.

El soldado sea leal á su rey.

En esto debe guardar el soldado secreto, y haciéndolo así queda con título de leal y servirá á Dios y al rey, y está tan obligado á ello, que al mismo camarada no debe guardar la cara si viere que va contra el rey.

Caso sucedido entre dos camaradas.

Pues viene tan á pelo, contaré un caso que no há muchos años que sucedió, y fué que andando el gobernador Antonio de Barrio en descubrimiento del Dorado, más de trescientas leguas del Nuevo Reino de Granada, de donde había salido, llevó en su campo dos soldados que eran camaradas y lo fueron muchos años atrás tan amigos y hermanos, que jamás sabían andar el uno sin el otro, y así fueron juntos á esta jornada yendo uno por capitan de ella. Llamábase el uno Pérez y el otro Chacón; el Chacón, por disgustos que el gobernador le hu-

biese dado, ó porque el diablo reinase en el, dió en querer matarle, y para esto lo consultó con su camarada el capitan Pérez, el cual le reprendió muchas veces y procuró estorbar semejante traición; de tal manera le apretó, que visto que no se le podía desviar y que estaba ya determinado á la traición, lo descubrió al gobernador, el cual habiendo averiguado el caso, y estando bien satisfecho, le dió garrote, con que todo se sosegó y pareció bien este castigo en todas las partes que de ello hubo noticia, y el capitan Pérez en esto hizo el deber, porque con esto se atajó muchas muertes y daños.

Mal parece al soldado jurar.

Prosiguiendo en nuestro intento aconsejo y digo que el soldado no debe jurar teniéndolo por costumbre. Bien creo que no hay necesidad de dar preceptos á los buenos soldados, pero para los que no tienen tanta experiencia ni viven con tanto cuidado, es justo que sepan que jurar mucho y tenerlo por bizarría es muy gran falta, y á este tal no le faltará plaga en su casa.

Parece bien ser el soldado honesto.

Pues si ha dé ser también honesto, justo será que sea virtuoso, porque no se compadece jurar mucho uno y ser honesto. Muy bien pare-

ce esta virtud en un soldado porque el caudillo le estime en mucho y todos le respeten.

El soldado no tenga por uso el juego.

También parece mal ser jugador, teniéndolo por oficio, porque acarrea muchos vicios: no digo yo que no juegue y se huelgue, mas que no dé nota en el campo, trayendo los naipes en la capilla, jugando la espada y los vestidos, que esto parece muy mal y no puede acudir bien á sus obligaciones.

Es mal hecho sonsacar el servicio ageno.

Algunos soldados rateros hay, que usan sonsacar el servicio á otros soldados, es muy mal hecho y no se debe permitir, porque de aquí nacen muchas pesadumbres; y el que no lo tuviere el caudillo acomode al tal soldado en rancho donde lo hubiere.

El soldado debe ser curioso en las armas.

Bien pudiera excusar de decir aquí que el soldado sea curioso en sus armas y municiones, trayéndolo todo limpio y alistado, pues es su oficio y tiene obligación á ello; pero he visto algunos soldados muy descuidados en ello, que es lo que me ha movido, y parece muy bien, demás de cumplir con su obligación, que el rato

desocupado lo emplee en beneficio de sus armas, y el caudillo conoce bien á los tales y se aficiona á ellos y siempre tiene cuidado de ocuparlos en cosas graves.

El soldado no dé alarma incierta.

Y advierto que es de consideración que el soldado que estuviere de posta no dé alarma incierta, sino que se entere bien primero que la dé, y si estuviere dudoso, con presteza dé aviso á su caudillo ó al primer soldado, para que estén alerta, que cuando la ratifique con el arcabuz, la gente esté ya prevenida y presta con sus armas. Y soy de parecer que no siendo repentino el acometimiento, se tenga por costumbre dar primero á la sorda el alerta que el arma, que con esto se aventaja mucha tierra, como adelante diremos.

El soldado en la ocasión, muestre brío y coraje.

Y no menos há menester el soldado de brío y coraje, cuando se ofrezca venir á las manos, porque bastará uno de estos para muchos, y el caudillo que sintiere al contrario de alguno, échele de su campo, porque hace más daño que provecho.

El soldado sea partido con su caudillo.

Ya saben que después de observar las órdenes de su caudillo, el buen soldado, en cortesía, tiene obligación de lo que cazare y monteare con su arcabuz y otras comidas que adquiriere, de enviar á su caudillo parte de ello, porque después de hacer lo que debe, todo lo que el caudillo tiene es para ellos.

Entre los soldados debe haber mucha paz.—El soldado no burle de manos.

Y soy de parecer que todos los soldados, unos con otros, tengan mucha paz y hermandad, pues van todos en demanda de un efecto, y han de vivir juntos, quedando en la tierra avecindados, evitando todo género de pendencias y porfías, y sobre todo burlas de manos, pues de ellas se viene á las veras y se suelen ofender, cosa bien reprobada en toda la milicia. En esto hay mucho descuido en la soldadesca indiana, y en algunos caudillos para remediarlo y estorbarlo, que es á quien incumbe la salud y quietud de todo su campo.

El modo que ha de tener nuestro caudillo en sacar su gente de tierra de paz sin que haga daño á los naturales.

Marchar sin hacer daño en tierra de paz.

Ya que estamos á punto de marchar con nuestra gente, será bien hagamos un buen principio, porque por él se espere el fin de nuestra jornada, que si este falta es imposible haberlo, y así conviene saquemos esta gente que está hecha y prevenida con buen pié, de la tierra de paz, sin que haga daño alguno ó agravio, como suele acaecer, quitando el hijo, la mujer ó la hija y al vecino el servicio más regalado, como son chinas y muchachos ladinos y apeando en el camino al otro de su caballo ó mula ó tomándolo del campo, y en las estancias por donde pasan haciendo daño en las comidas, forzando

y haciendo otros muchos agravios, llevándolo todo abarrisco, echando sobre sí un millón de maldiciones. Pues quien sale con este pié y principio ¿qué puede esperar sino todo mal suceso? Y esto, bien se sabe que el caudillo no lo quiere ni permite, pero los soldados malos y perniciosos lo acometen sin temor de Dios y de la justicia, confiados en que son soldados y que van á servir al rey. Desventurados de ellos que tan mala consideración les haga hacer cosas tan indebidas, no pesando la honra ni considerando el riesgo en que van, que tan desalmadamente se arrojan á cometer robos, fuerzas y malos tratamientos.

Remedio para no hacer daño al marchar —En cuadrillas se debe marchar por la tierra de paz para excusar daño.

Para remediar esto, quiero dar mi parecer, que será justo que el caudillo lo remedie y ataje sin riesgo de sus soldados, que es lo que puede temer: y es así, que si quisiese con castigo remediar estos desafueros, antes de salir de casa le quedarán pocos soldados. Los caudillos deben saber que para arrancar en orden, prevenidos y bastecidos, siempre se elige una estancia, la más última de tierra de paz, para juntar todo su campo adonde se congregarán todos y se pertrecharán de todo lo necesario para su

viaje, así de carne como de harina de maíz, donde se acaban de hacer las armas y municiones y allí se ordena el bagaje y da sus órdenes y es de muy gran importancia esta parada en esta parte; y pues es bien que así se haga, el caudillo señalará los capitanes y soldados más apropósito, y conforme al número de la gente se la repartirá para que en cuadrillas vayan al tal puesto, guardando la orden que les diere, encargándoles con muchas veras no den pesadumbre á nadie por donde pasaren, así al vecino como al pasajero, como al indio, amonestándoles que para esto los envía delante, con la gente que les ha señalado, haciendo de ellos semejante confianza. Y en presencia de cada uno de estos cabos hará á los soldados una breve plática, obligándolos á ello, poniéndoles delante la honra, demás que les quedará obligado para estimarlos en mucho, honrándolos y premiándolos á su tiempo, y el que hiciere lo contrario de ello jamás será su amigo y se descuidará con él. Y con esto les encargará vayan á la orden del cabo, y él quedará haciendo alto hasta despacharlos todos, saliendo con la postrera cuadrilla, habiendo prevenido para la gente, en la estancia dicha, carne y maíz, así para comer en el entretanto que allí estuvieren, porque no gasten sus matalotajes, como para que de nuevo lo refuer

cen. Y luego, hechas estas diligencias, antes que salga del pueblo donde ha hecho la gente, echará un bando, que todos los vecinos y otras cualesquiera personas que hubieren recibido algún agravio de sus soldados le vayan siguiendo á tal parte, señalándosela, ó envien, que allí los desagraviará de todo punto; lo cual hará con grandísima cuenta y cuidado, dando á cada uno lo que fuere suyo, porque si así no lo hiciere, quedará obligado á la restitución de todo ello y con mal nombre; y con esto habrá cumplido con su honra y con lo que debe, que cuando no lo pidan no quedará por falta suya.

El caudillo desagravie á los agraviados.

Pues llegado que sea sobre lo que así se pidiere, hará luego sus diligencias con todo secreto y hallándose algunos culpados los reprenderá sin alboroto y desagraviará las partes; y si sobre la satisfacción fuere menester salir á pagarlo, lo haga de suerte que vayan de él satisfechos y diciendo bien, y él no quede desaviado.

A río revuelto ganancia de pescadores.

Y advierto que á estos tiempos de hacer gente, hay muchos ladrones que gozan de la coyuntura, que como dicen, del río revuelto... cargándolo todo á los soldados, y tendrá un millón de que-

jas, que averiguado, se hallará no haber hecho soldado semejante cosa, y respecto de esto se debe proceder con reportación. Hecha esta diligencia y satisfecho á todo, pondrá mucho cuidado en los matalotajes, regulando los despoblados, llevando de respeto por lo que puede suceder.

Hombre apercibido medio combatido.

Y así mismo en que todos los soldados hagan y apresten sus armas y municiones, haciendo listas de ellos y de sus armas, requiriéndolos por su propia persona, de tal manera, que cuando de allí arranquen salgan bien armados y prevenidos, sin falta alguna, pues en el camino no se han de hallar ventas donde poderse reportar y remediar, porque como dicen del hombre apercibido; y con esto, habiendo hecho las diligencias de un cristiano caudillo y dicho el sacerdote su misa y bendecidas banderas y estandarte, partirá con el cuidado que en el capítulo siguiente diremos.

Aviso.

Y aviso que es de importancia que el caudillo visite todas las camaradas y no consienta que haya más de cuatro en cada rancho, porque de haber muchos en un rancho nacen muchos

inconvenientes dignos de remedio. Bien sabe el caudillo que ha de llevar sus lenguas y guías, las más ciertas que pudiere, y las trompetas no se excusan en el campo a toda hora.

Recato con que nuestro caudillo marchará por tierra de guerra, llevando su gente siempre en orden.

Ya estamos á tiempo donde nuestro caudillo ha de mostrar las partes que le hemos aplicado y los soldados sus obligaciones; que todo lo que hasta aquí ha sido paz y lo que se ha dicho y prevenido es para lo que nos resta, que todo será guerra y estratagemas de ella: y, pues, mi intento es, y el trabajo que he tomado, no otra cosa, más que como cada día se ofrecen muchos descubrimientos en las Indias, sepan los caudillos y capitanes cómo se han de valer y la orden que han de llevar para que los naturales de aquellos reinos no lo desbaraten y se pierda lo trabajado y lo que van á hacer, que es

convertir las almas; y para esto será necesario tratar muy por extenso todas las particularidades y avisos, aunque parezca á los soldados viejos y conquistadores prolijidad, que al cabo, si ellos hubieran de volver á trabajar de nuevo, siguieran estas pisadas, y comenzando digo:

El caudillo debe entrar en la tierra en la vanguardia y salir en la retaguardia.—Tocará á marchar.

Que el caudillo está obligado en tierra de guerra ir en la vanguardia al entrar en ella y al salir, en la retaguardia, porque se halle siempre al mayor peligro: demás que va recogiendo toda la gente que marchare fuera de orden; y así, al arrancar, mandará tocar sus trompetas, para que toda la gente se apreste y ate sus cargas. Y siendo jornada donde entren caballos, repartirá su gente en dos cuadrillas, igualando el número de arcabuceros con el número de lanzas y dalles: y la una cuadrilla irá por vanguardia y la otra por retaguardia; y de las dos dichas cuadrillas se sacarán soldados sobresalientes para que vayan interpolados con el bagaje, y otros asímismo, remudándolos cada día, para que á la sorda vayan delante del campo, á un tiro y dos de arcabuz, descubriendo la tierra, de tal manera y con tal cuenta que para volver al campo no tengan impedimento, no dejando

entre ellos y el campo paso estrecho, ni río que sea fuerza pasar por puente de bejuco ó con balsa ó á nado, no alejándose, porque puedan oir la respuesta de un arcabuz y puedan revolver sin que los ofendan; advirtiendo que hagan siempre alto en los tales pasos hasta que llegue el campo y lo comiencen á ocupar: y luego los descubridores pasarán adelante á una vista, donde harán alto, teniendo su centinela puesta para dar aviso, y comenzando á marchar al campo después de haber salvado el paso malo ó río, volverán á su camino.

El ganado camine siempre detrás.

El ganado que se hubiere de meter, vaya siempre detrás de la retaguardia con soldados sobresalientes que se habrán sacado de la retaguardia, para que lo guíen por el camino que el campo fuere abriendo; y estos sean soldados más prácticos en ello y con tal cuenta que no pierdan el campo de vista: y llevarán algunos indios vaqueros para ayuda suya.

Modo de llevar el bagaje sin caballos.

Si fuere jornada de á pié, donde no se metieren caballos ni ganado por la aspereza de la tierra, advertirá el caudillo que los indios cargueros han de ir interpolados entre los soldados de esta manera. Que se han de hacer tres cuadrillas del campo: La una para la vanguar-

dia y la otra para retaguardia y la otra para batallón: en esta se interpolarán los cargueros, conforme cupiere el número entre soldado y soldado, así para su guarda y defensa, como para que no se huyan y les dejen las cargas, y en esto haya grandísimo cuidado, porque lo hacen por momentos sin consideración del daño que se recibe, como gente bárbara. Estas tres cuadrillas se han de ajustar arcabucero con rodelero, el cual conozca su arcabucero: y para que esto no falte á todas horas, será bien que las camaradas estén compartidas en las armas, rodelero con arcabucero. Y asímismo echarán delante sus sobresalientes, con el orden y cuidado dicho. Serále aviso á nuestro caudillo que delante de sí lleve dos rodeleros y dos arcabuceros y en la retaguardia queden detrás del maestre de campo, si él la llevare, ó de otro á cuyo cargo fuere, dos rodeleros, que los unos y los otros sean de los mejores: y estos dos sean los postreros, porque si picare el enemigo, no tengan que hacer más que volver los rostros.

Los soldados marchen con sus armas.

Los soldados marchen con sus armas y el caudillo no consienta otra cosa, porque aunque á las primeras jornadas no sean menester, por no haber llegado á la tierra ó por no ser senti-

dos, es bien vayan habituados á ello para cuando haya riesgo, demás que salta la liebre donde no se piensa.

Cuerdas encendidás.

Llevarán siempre lumbre encendida así en la vanguardia como en el batallón y retaguardia y descubridores, y los que hicieren alto al ganado, sus clavos de cuerda hechos, y donde hubiere un peligroso paso encenderán todos. Y esto mismo será siempre en la tierra poblada, porque en una emboscada repentina, mal se suele encender; y para esto ningún soldado deje de llevar su eslabón y pedernal en la chupa, que por momentos se le ofrecerá al arcabucero haberlo menester. También es buena prevención que los soldados lleven sus capotillos de dos faldas para resistir un aguacero y particularmente los arcabuceros, porque debajo de ellos guarecen sus arcabuces y pólvora y los que fueren curiosos deben traer unos encerados revueltos en las llaves para mejor conservar los fogones que no se les mojen.

El silencio al marchar ímporta mucho.

Séale aviso á nuestro caudillo que importa mucho el silencio en el marchar, porque con él se excusará de ser entido y los nuestros senti-

rán al enemigo, que de ordinario tienen grande murmullo á doquiera que están, y la orden que diere el caudillo será entendida.

No se dispare arcabuz hasta ser sentido.

Advertirá con mucho cuidado que no se dispare arcabuz ninguno antes de ser sentido en la tierra, porque no se alboroten y alcen de sus poblaciones y porque por los campos de ordinario andan indios cazando, y en correrías cruzando y como uno sienta arcabuz toda la tierra tendrá el aviso en breve tiempo y resultará de esto echarles emboscadas á los nuestros, y no siendo sentidos, se hará fuerte en ellos, tomando algunos para lenguas y guías y con quien se traten las paces, que es abreviar el tiempo y el trabajo. Así mismo se guardará de no tocar trompeta hasta que sean sentidos y descubiertos en la tierra.

Siempre marche haciendo altos para que no se quiebre la orden. Es bueno refrescar la gente.

Conviene mucho que el caudillo marche con cuenta y razón, haciendo sus altos y sabiendo si va quebrada la gente y si la retaguardia está con descanso; porque importa que se refresquen los soldados donde hubiere aguadas, porque no se fatiguen, y esto se hará de tal manera, que

siempre la retaguardia deje en el camino centinela á la vista del aguaje ó quebrada, y la vanguardia haga lo propio en el camino de su puesto. Y los cargueros, el caudillo procure siempre se refresquen y se les dé de comer, porque suele haber en esto mucho descuido y crueldad advirtiendo que la carga no sea grande, que sin consideración los soldados los suelen cargar como á caballos y los matan en cuatro días.

Las cargas grandes son muy dañosas.

La acomodada carga son dos arrobas y no se sufre más ni se debe permitir, para que vayan alentados y puedan sufrir el trabajo.

Aviso al marchar.

Los descubridores han de marchar siempre con muy grande aviso, como lo hará la vanguardia, huyendo y recelándose de la trampa y del hoyo, y del estacón y de la pua, que son sus invenciones de pelea. Si se marchare por arcabuco ó montaña, guárdense y vayan con cuidado, porque usan sobre el camino de un arbol á otro de trampas, atravesando un gran palo ó viga con tal artificio, que con solo un bejuco muy delgado se sustenta en el aire entre las ramas, y este esta atravesado en el camino para que pisándole haga el movimiento y venga abajo de

Romanía, la cual trampa suele hacer muy gran daño, y esto más de noche que de día. Para esto, es bien echar delante indios amigos que lo descubran. En sábana y campo raso hacen unos hoyos muy grandes y dentro hincan unos grandes estacones, cobijando estos hoyos con rama y tierra muy sutilmente, de suerte que, en poniendo el pié inadvertidamente, cae dentro el soldado y queda estacado y muerto. Para esto, los indios amigos que se llevan lo descubren con facilidad echándolos delante, y cuando falten, un soldado, con una media lanza, que vaya bordoneando, dará con el hoyo. También suelen usar unos estacones ó puntas delgadas que apuntan entre las ramas bajas sobre el camino sin ser vistos, y dando de golpe el soldado en la rama se suele atravesar.

También el indio amigo, echado delante con su macana, va aporreando las ramas con que descubre la trampa ó el soldado con su espada. Esto sucede en caminos estrechos y cerrados. Donde hubiere puas de yerba, no se eche índio delante, por el riesgo que corre, sino fueren soldados con sus antiparras, con tal cuenta que han de llevar siempre arrastrando los piés y atravesados, porque den con ellas y lo barran todo, y como vayan descubriendo la pua, la irán arrancando y haciendo haces para que-

marlas, porque los indios no se aprovechen más de ellas si las hallasen á caso,

Los caminos se deben reconocer.

También aconsejo al caudillo no deje camino que topare que no lo siga para descubrir si tiene población cerca ó puede tomar algún indio para guía, haciendo alto, hasta que descubra lo que es. Y lo mismo hará en la trocha ó rastro, arrojando soldados lijeros á ello y con tal diligencia que no le estorve el principal intento.

Caminos de indios.

Para que vaya advertido de todo, digo, que los caminos que los indios siguen son diferentes unos de otros, como son trochas, marcas, lomas quebradas, ríos, caminos seguidos y sus atajos. Las trochas son en arcabuco, que son unas ramillas quebradas de árboles pequeños, y en hallando una rama quebrada, poniendo el ojo al hilo de ella, verán adelante otra quebrada y llegado á ella otra, y de esta manera seguirán este rastro hasta que den en camino hollado y abierto. Las marcas, solo los indios se podrán servir de ellas y nuestros soldados se servirán también cuando estén diestros en la tierra, porque los indios caminara marcando un cerro y

otro y un río y árboles. El camino de la quebrada muy mal se halla, mas si hasta ella han traído rastro no lo perderán aunque vaya el indio por el agua, porque ora en la piedra, ora en alguna isleta de arena se hallarán, demás que como va confiado el indio que por allí no ha de entrar nadie, corta una hoja grande y se sienta sobre ella, y hallarán deslavadas y lisas las piedras donde pone el pié, y este rastro se seguirá, que luego saldrá á camino, porque no es mucho lo que dura por dentro del agua. El camino de las lomas es seguido, que como se suba á ellas luego le verán y es por donde los indios más se comunican; y estos caminos son más seguros para dar en poblado, pero de noche, y por ellos han de marchar con mucho cuidado, por las galgas, por los repechos que suele haber y los pasos peligrosos, que siempre en estos caminos el indio toma el alto y se mejora. En el río suelen tener los indios sus contrataciones unos con otros en canoas ó balsas y en palos sueltos. nadando; y si nuestro caudillo diere en este rastro y quisiere seguirlo, hará sus balsas ó canoas y se echará río abajo, llevando entrambas orillas con cuidado, registrando de una vanda y de otra las barrancas hasta que tope caminos ó poblaciones. Y advierta que vayan en orden con toda su gente, recelando los saltos del río que suele ha-

ber, donde se suelen perder y desbaratar. También usan atajos, estos no soy de parecer que los siga, si no es viéndose abarrancado, porque son ásperos y trabajosos é inciertos, si no fuere llevando guía cierta.

Pasos peligrosos.

También se ofrece cuando el campo va marchando descubrir pasos peligrosos donde le pueden ofender con emboscadas. Al caudillo toca personalmente limpiar estos pasos con la gente que le pareciere, haciendo alto el campo, y salvarlos antes de llegar á ellos, abriendo camino por un lado ó por otro. Y si esto no quisiere hacer, tomará una docena de arcabuceros y caminará para él y antes de entrar en el paso ira por un lado y por otro entre el monte y la ceja de la sábana, disparando su arcabucería, que si hay emboscada, luego los indios se levantarán dando su alarido y desocuparán el paso y luego seguramente podrá pasar. Y este modo de asegurar el tal paso y emboscada se hará cuando fueren sentidos los nuestros en la tierra, porque si no estuvieren descubiertos, no es justo que en duda se descubran disparando arcabuces. Y para esta duda bastará soltar un par de perros, que ellos descubrirán la emboscada si la hubiere, aunque se aventuren, porque es

cierto que los indios los mataran, sino es por caso venturoso; y así en las demas ocasiones se debe tener particular cuidado en saber soltarlos y a qué tiempo, para que no los maten y ellos sean de provecho y puedan ayudar, llevandolos siempre atados y repartidos en vanguardia, batallón y retaguardia y en los descubridores y en la cuadrilla que hiciere alto el ganado si le llevare: y sépanse aprovechar honestamente de la ayuda de ellos y en defensa nuestra.

Los pasos peligrosos se deben reconocer.

También será de importancia reconocer un paso donde pueden los indios ofender con galgas al campo, porque en este tal suelen desbaratar mucho con ellas y más si responden de abajo con emboscada. Para excusar esto se debe prevenir una de dos cosas; ó tomar el alto con arcabuceros y rodeleras en cuanto pasare todo el Real, ó pasar este paso repartida la gente á cuadrillas, de cuatro en cuatro, de seis en seis, para que las galgas no hagan estrago, que pocos se previenen y retiran mejor; pero yo tengo por más acertado tomar el alto, asegurando el paso, pudiéndose hacer sin demasiado trabajo, teniendo cuenta de seguir y subir por la cuchilla ó loma más aguda, porque por ella, aunque les arrojen muchas galgas, no los

pueden ofender, porque no se encarrillan bien y se derriban luego á un lado y otro: y sabiendo elegir esta subida, subirán libres del daño, con sus rodeleros delante, por las flechas, hondas y dardos: y los arcabuceros disparando por su orden si les defendieren la subida. Este tomar de altos se les ofrecerán por momentos, en mil ocasiones, y así, en ellas el caudillo conforme la ocasión fuere elegirá más ó menos la gente que lo fuere á tomar, y esto asegura mucho y concluye presto, como adelante se dirá.

Buena prevención.

También irá el caudillo prevenido de un toldo grande, porque si la tierra por donde marchare, los indios usaren lanzas y dardos, el toldo servirá, armándolo en un aguacero, para reparo de arcabuceros, porque los indios que usan estas armas, juéganlas de cerca y aciertan, y si los arcabuceros, por ocasión del aguacero, no juegan la arcabucería, recibirán mucho daño, porque los llevarán de encuentro, que la rodela no es arma que pueda resistir la furia de muchas lanzas juntas y saben bien los indios seguir el campo hasta ver la ocasión, de la cual se aprovechan con diligencia, viendo que con el agua el arcabuz no es de provecho, y con el reparo del toldo se aseguran estos inconvenien-

tes, armándose alto, ocupando entrambas bocas y á los lados estará repartido todo el bagaje y por guarnición de él los rodeleros. Aquí importará mucho algunas lanzas que los indios y anaconas del servicio llevarán, que es una buena arma y propia contra. Y á este tiempo los rodeleros usarán de ellas, porque será de muy grande efecto. De esto estarán excusados con la gente de flecha, porque el agua también es dañosa para ellos respecto de las cuerdas de los arcos que se encojen y no pueden hacer tiro á derechas: y cuando cerrasen á las manos, se aprovechan de sus macanas, arma inferior á la espada y rodela.

Este toldo, como está dicho, es de provecho en tierra de lanzas y donde no se pueden los nuestros aprovechar de los caballos, que donde se pueden aprovechar de ellos, todo lo asegura y deshace. Demás de lo dicho, es bien que el caudillo dé orden al cabo á quien encargare la retaguardia, para que estén advertidos los soldados que si picaren en la vanguardia los indios, vayan marchando los nuestros sin dejar ninguno su puesto, haciendo alto la vanguardia y con cuidado, por si respondiere en la retaguardia la emboscada, que los halle apercibidos, y con este cuidado y orden llegarán hasta donde hallaren peleando la vanguardia,

advirtiendo de no dejar ningún bagaje atrás. Y quien llevare á cargo el batallón, al mismo instante que oyere el alarma, hará una muela de todo el bagaje y hará sentar toda la chusma y que se echen entre las cargas; y los rodeleros y arcabuceros del batallón los rodearán por su orden y no perderán este puesto hasta que pase la refriega ó guazavara y comience á marchar el campo, tomando cada uno su puesto. Y si la tal emboscada se comenzare á dar por la retaguardia, la vanguardia se vendrá retirando con el mismo orden y cuidado, disparando sus arcabuces, si por esta parte respondiere el enemigo, de forma que, peleando y retirando sea todo uno, hasta encontrar con batallón y retaguardia adonde refrescará la guazavara y estarán á la orden del caudillo, el cual elegirá conforme á los movimientos de la pelea que se hubiere trabado: haciéndose así se fortalecen vanguardia como retaguardia, espaldas con espaldas y el batallón en medio ó á un lado. Y para que esto tenga todo buen suceso, el caudillo tenga particular cuenta en que el campo marche siempre recogido, de tal manera que donde un soldado levantare el pié, el otro lo vaya poniendo en estas ocasiones y pasos sospechosos, cuando el tal caudillo se hubiere descuidado en limpiar el tal paso ó tomar el alto, como queda dicho.

Abrir caminos.

No puede dejar por momentos de ofrecérseles abrir caminos para poder marchar: y para esto, siendo arcabuco, irán delante macheteros abriendo, los cuales remudarán á menudo, porque todos trabajen y no reciban tanto daño en las manos como suelen recibir ampollándoseles: y para abrir con certidumbre una montaña ó arcabuco, haga alto el campo en parte cómoda, hasta que esté abierto buen pedazo. Aquí van seguros de emboscadas, porque el indio no alcanza el intento á donde encaminan: y si el indio viniere siguiendo el campo y en el camino que se va abriendo quisiesen dejar emboscada, caerá en ella sin falta ninguna.

En este abrir de camino importará mucho una aguja, marcando la tierra, porque por ella abrirán derechamente y saldrán á la parte que quisieren; porque de otra manera, si el sol está nublado, acaece dar mil vueltas sin aventajar camino y trabajar en balde, esto acaece más en tierra llana.

Todo lo que queda dicho en este capítulo, consiste en el buen orden y disciplina, porque en faltando será imposible acertar cosa, sino fuera acaso, porque la fortaleza de un ejército está más en el orden que en el número ni en

otra cosa: y la experiencia nos ha mostrado en aquellas partes que con buen orden, doce soldados han rebatido y desbaratado escuadrón de dos mil indios, y por el desorden, menos de treinta indios han desbaratado copia de sesenta españoles y muértolos y llevádolos á manos algunos de ellos: y el caudillo que quisiere salir bien con su empresa, siga dos cosas. Buena orden y cuidado, que con esto yo le aseguro buen suceso, con el favor divino.

Modos de atravesar ríos caudalosos y medianos.

Los ríos son los pasos más peligrosos que nuestro caudillo puede tener en sus jornadas y descubrimientos: y así los debe temer y prevenir con muy particular cuidado, porque es cosa en que se debe desvelar; porque si en un paso de esos otros ya dichos, le ofende la fuerza del enemigo, acá le ofende con mayor fuerza, pues los puede coger desnudos, desarmados y divididos: y sobre todo la fuerza é ímpetu del río, que es quien causa mayor daño, como hemos visto ahogarse mucha gente por falta de industria y conocimiento, sin poderlos socorrer, y llevarse el río la balsa con la ropa y armas sin poderla cobrar, y si algunos escapan á nado, que-

dan en cueros y desarmados. Pues es bien que todos estos daños y riesgos se prevengan con mucha consideración, sabiendo elegir el tal paso; y como se debe asegurar, bien pudiera en el capítulo de atrás tratar de ello, pero por desmenuzarlo y dar aviso más largamente de los modos y ocasiones que se suelen ofrecer, dejando la elección al caudillo, como á quien tendrá las cosas presentes, donde se aprovechará de aquello que más á propósito viere que le conviene.

Asegurar los pasos de los ríos.

Cuanto á lo primero, ante todas cosas, de cualquier modo que el río se hubiere de pasar, se deben asegurar entrambas orillas con gente armada, que haga alto de la otra vanda, y hasta en tanto no se debe pasar ropa ni servicio: y hasta que esté todo puesto en salvo de la otra vanda, los soldados que hicieren alto de esta otra, no han de pasar ni dejar las armas de las manos. Pues para pasar estos soldados que aseguren el paso de la otra vanda en el inter que el campo previene su pasaje, conviene sean nadadores y soldados desenfadados y trabajadores, los cuales si el río fuere hondable, que no se pueda pasar á vado, harán una balsilla donde pasen sus arcabuces, rodelas ó lanzas, y se echa-

rán á nado asidos á ella y de esta suerte pasarán. También tomando cada uno su palo sobre que se eche, se excusa la balsa, llevándolo entre las piernas ó debajo del brazo izquierdo y con esto nadarán de manera que no se les moje la pólvora, cuerda y fogón de su arcabuz. En la balsilla llevan más seguridad de que no se les mojará arcabuz ni municiones, pues dentro de ella no ha de subir nadie, sino asidos y nadando la pasarán. Pero si fueren palos, los lanceros amarrarán con bejucos las lanzas en ellos, y si fueren rodeleros, con sus tiracuellos se las echarán á las espaldas y las espadas en la boca; y si fueren arcabuceros, con sus cargadores se los pondrán á las espaldas á lo largo, que salga por cima de la cabeza fogón y coz y el cañón cuelgue por las espaldas abajo, que como van sobre el palo descubren parte de las espaldas encima del agua y las cuerdas en la montera ó coz del arcabuz y la pólvora lo propio; llevarán sus cuchillos carniceros en las cintas y sus calzones de lienzo puestos y sus alpargatas calzadas y no más ropa, porque luego la primera que el caudillo mandare pasar será la de estos soldados para que se vistan, Si pudieran pasar un perro ó dos lo hagan, porque serán buenos para que descubran si hubiere emboscada; la cual se debe temer si van siguiendo camino abierto, y si lo

fueren abriendo de nuevo seguros irán de ella, pero si fuere abierto se debe recelar, que como aseguramos el campo con arrojar estos soldados de la otra vanda, también será justo los aseguremos del riesgo, mandando que se echen en su balsilla ó palo en tal parte que vayan á salir más arriba del paso seguido, un tiro de arcabuz, donde con seguridad pueden alistar sus armas, y déseles orden que vayan reconociendo toda la orilla, hasta el paso seguido, de donde se pueden temer; y el perro ó perros que hubiesen pasado irán sueltos y ellos con sus armas á punto llegarán á reconocer el paso y los alrededores, mirando si hay rastro de indios, y en el camino adelante pondrán luego su centinela, para que si viniere gente la descubran y dé aviso y se le eche emboscada, y con este cuidado estarán hasta que vaya pasando el campo. Y si acaso al pasar estos soldados dieren en genté de emboscada, con buen orden se defenderán jugando su arcabucería, dando las cargas que pudieren, teniendo siempre el río por amparo, con advertencia de asegurar la playa, porque el indio no les coja el paso del río; y el caudillo de esta vanda los alentará correspondiéndoles con su arcabucería, arrojándoles socorro de soldados nadadores. Y si no pudieren entretenerse hasta que llegue socorro, por ser la gente mucha, se

echarán al río volviéndose al campo, y de propósito se harán balsas ó canoas ó puentes para pasar mayor fuerza, porque á esta cuenta ya la tierra estará avisada.

Canoas.

Si el río fuere limpio y manso y en la orilla ó cerca de ella hubiere palos para poder hacer canoas, es lo mejor de todo lo que se puede prevenir, como no sea puente. Estas canoas son de mucho servicio en muchos ministerios: los palos para ellas son cedros, caraculies y ceivas y tomadas dos canoas y amarradas una con otra, cargan con seguridad y mucho, y siendo sola, echados sus talabordones de balsa por los lados, para que no vuelque, sustenta mucha carga.

Balsas.

También si el río es acomodado sin saltos ó raudales, son muy buenas las balsas y muy seguras, las cuales se deben hacer de palos que llaman de balsa ó rumos y de guaduas; estas entrapan mucha agua porque se hinchen los canutos y son de poco trabajo. También se hacen de palmicha y de junco ó Enea. También se hacen de calabazos, que donde hay comodidad de ellos, es la mejor invención de todas; pero lo

mejor y más ordinario son los palos de balsa que á do quiera se hallan.

Modo extraordinario para hacer balsas.

Pero cuando sea necesario hacer una balsa, por no haber otro remedio, y para hacerla falte todo recaudo, diré aquí un modo extraordinario para hacerla, y es que harán un bastidor en la forma de balsa de cualesquiera varas delgadas, con sus traveseros espesos, y luego juntarán las rodelas del campo que fueren menester para hacer henchimiento, amarrándolas por las manijas en el bastidor, procurando meter las más posibles y si hubiere para dos andanas rodelas, alzará más é irá segura de majar la ropa; y si fuere una andana encima le echarán fagina, barbacoa de guaduas. Estas rodelas han de ir el cóncavo abájo y con esta balsa pasarán el hato con seguridad siendo el río manso, y de esto usarán en tiempo de necesidad.

El mejor modo de hacer balsa es en triángulo equilátero, los lados iguales, porque gobierne y navegue con cualquiera de las tres puntas, y son muy seguras en esta forma, porque si da un encuentro en el río, en palo ó peña, luego vira una de las otras dos puntas con que sale sin riesgo. Esta forma no es buena para la mar porque no romperá bien el agua aunque lleve

mucha vela. Es buena para este tiempo balsa larga de proa y popa, que esta otra del triángulo sirve solo para el río que navega con la corriente.

Modo de puente.

Sucede también llegar á un río de grande pedrería, ancho y hondable, donde no se puede hacer taravita, ni puente de plan, ni de crisneja, ni de árboles atravesados, ni puede echarse balsa, ni canoas, por haber grandes peñascos y saltos en él. En este tal río se hará una puente de peña en peña y de piedra en piedra, atravesando varas y haciendo su plan con los ángulos que las tales peñas demandaren, y porque no se deslicen estas varás se meten otras en el río haciendo estribo en otras piedras por entrambas partes, que apuntalan el plan de la puente y la sustentan, y de esta manera se va haciendo hasta coger la orilla.

Otro modo de puentes.

Llegarán á río donde no tengan otra comodidad de poder pasar, si no fuera á nado; aquí se aprovecharán para pasar la gente que no sabe nadar, de un bejuco grueso ó cabuyas con que atraviesen de una vanda á otra en parte que haga el río remanso y que quede cerca del agua,

amarrándolo de un arbol á otro ó de una estaca á otra estaca ó de peña á peña; y cuando todo falte, haciendo una zanja fuera de la orilla, hasta la rodilla, dadas sus vueltas y que hagan esquinas y otro tanto de la otra vanda y tupida esta cabuya ó guasca ó bejuco con la tierra, quedará tan fija como si estuviera atada en árboles, y por ella podrán pasar los que no supieren nadar, metido todo el cuerpo en el río y alándose por lo cabuya estribando en el agua, y de esta manera, en la cabeza pueden pasar algunos nadadores alguna ropa, como sea poca; advirtiendo que la tal cabuya esté muy tirante para que el cuerpo se sustente, que forzosamente ha de cargar y hacer fuerza. Adviértese esta manera de pasar por si se ofreciere tanta necesidad que les obligue á ello.

También se ofrece llegar el campo á una quebrada angosta que no tenga vado; pasarán con mucha brevedad cortando un arbol qué pase á la otra vanda, y no alcanzando, cortarán otro de la otra, que sea enfrente, con que quedara hecha puente, añadiendo encima los palos que quisieren y fueren menester para pasar con seguridad.

Modos de pasar ríos.

Otras veces llegarán á ríos que parecerá que

van crecidos, los cuales se podrán pasar sin hacer puente, con todo silencio, si estuvieren en tierra poblada, entrando dos buenos nadadores á tentar el río si lo pueden pasar á volapié, y pudiéndose pasar, íran pasando poco á poco en cuadrillas, porque no se revuelvan en la corriente, asidos unos de otros, y de una vanda y de otra habrá nadadores en el agua hasta la cinta y al medio para ayudarlos. De esta manera pasarán los cargueros entre los soldados con quienes irán asidos. Y advertirán que arcabuces y municiones lo llevarán en la cabeza con una mano y los indios sus cargas, porque no se mojen En esto se han de guardar dos cosas: Ir al hilo del agua y que sea paso limpio sin pedrería gruesa.

Otro modo de pasar ríos usan los soldados Baquianos, sin puentes ni balsas ni taravitas, que como son diestros saben de todo, y es, que si el río dá á la cinta y es recio y está sucio de piedras, hay peligro mucho en la chusma por ir cargada con el bagaje. Los soldados que fueren nadadores cruzarán este río al hilo, no contra la corriente, porque no lo podrán sustentar. sino como digo. y asidos unos de otros de una orilla á otra. De esta manera aseguran los que fueren pasando, ásí soldados como cargueros y gente Impedida, asiéndose uno de otro por la parte de abajo al socaire y remanso del río que bate en

esta gente que hacen puente, y con este reparo pasarán sin que el agua trastorne ni lleve ninguna pieza, habiendo por debajo algunos buenos nadadores con sus bordones, forcejeando en medio del río para socorrer si alguno cayere y salvar la carga que soltare algún carguero.

Si el tal río fuere de tal condición que no se pudiere pasar de la manera dicha por ser hondo y grande y de raudales, el caudillo mande armar una puente de bejucos, mandando cortar muchos y los más gruesos que se hallaren, pasando un bejuco, y de una banda y de otra lo amarrarán fuertemente á dos árboles ó estacones gruesos, á falta, y sobre él irán armando su puente, que los indios amigos saben bien hacerlo: y hasta tanto que esté hecha la puente, con barandillas donde se hagan, no se consienta pásar á nadie, y acabada pasarán poco á poco y con tiento, por el riesgo que suele haber.

Ofreceráse al caudillo enviar gente fuera algunas veces á la ligera, y esta gente topar por el camino ríos que no se puedan vadear, ni hacer balsas, por tener saltos y raudales y no ser bien embarazarse á hacer puentes de bejucos, será bien hacer una taravita, amarrando de una banda á otra en dos árboles ó estacones gruesos un bejuco muy grueso ó una cabuya gruesa y luego se le echará un lazo á manera de colum-

pio y en él se sienta la persona y se amarrará con otro bejuco ó cabuya, atada al dicho lazo, tirarán de una banda y alargarán de otra, y asidas las manos en el lazo, se dejará ir por la cuerda sobre que está armado el columpio, y así pasarán toda la gente y ropa brevemente. Y si el campo estuviere despacio en el tal río, podrá también aprovecharse de esta taravita, aunque para mucha gente es prolijidad.

Si llegare á un salto ó raudal que su hondura llegue á la cinta y que sea recio, como esté limpio, no habrá para qué esperar á buscar modo de puentes, sino tomar el hilo que el raudal mostrare ó contra el agua ó con ella, conforme dieren lugar las orillas, todos juntos de tropel y asidos y entre dos nadadores el que no lo sea, pasarán con facilidad, porque de esta manera quebrantan la furia del agua de tal manera, que muchachos lo pasarán sin pesadumbre y sin que suceda desgracia. Y advierto no lo pase uno solo, porque se lo llevará el agua.

Por remate de estos puentes y pasos, quiero pintar aquí una extraordinaria, fuerte y segura, sin mucho trabajo, porque un soldado solo la pueda hacer, ayudándose del mismo río, y es puente que aunque el enemigo esté de la otra banda guardando el paso, se hará sin ser sentida dentro de dos horas, que cuando el enemigo

lo sienta, estén ya de la otra parte. Este río se medirá por matemática, si se supiere, ó á buen ojo, si el enemigo lo defendiere, que sino no hay necesidad, y medido, se cortarán un golpe de guaduas á su medida, y si conviniere añadir, amarrando una con otra se puede hacer, pero mejor son enteras: y cortadas, se elegirá en la orilla de la otra banda una raíz de árbol que el río tenga descarnada ó una punta de barranca: y si caso fuere que el enemigo defendiere este paso, elíjase más arriba ó abajo, haciendo presencia al enemigo el campo, y de noche, enfrente del sitio elegido, se hincará una buena estaca y en ella se irán amarrando estas guaduas por la cabeza unas y por la punta otras, tendiéndolas la orilla arriba, dentro del agua, y de esta manera amarrarán tantas guaduas cuanto quisieren que sea el plan de la puente; y luego con una vara larga irán desviando de la orilla una á una hasta meterlas á la corriente, que luego la misma agua se las arrebata y lleva hasta dar en el sitio que está elegido de la otra banda, que es la raíz del árbol ó punta de barranca, y allí paran y estriban. Y pasadas con este modo y cuenta, comenzarán desde el principio de esta puente á amarrar barrotes que vayan cogiendo todas las guaduas y latitud de ellas: y así de dos á dos pasos los irán echando y amarrando con

bejuco hasta pasar de la otra banda, con que quedará fuerte y segura, y más si le echaren unas barandillas donde se vayan arrimando con las manos, y la puente estribe.

No he tratado el modo de pasar caballos, porque cuando se ofreciere el llevarlos, el pasarlos tiene facilidad, y así cada uno verá, teniendo presente la cosa, como lo hará, á cuya elección lo remito, como todo lo demás que está dicho.

Aviso.

Lo que advierto al caudillo es que tenga gran cuidado con la pólvora, así la que llevare de respeto, como la que llevaren los soldados, en sus chupas, en que suele haber gran descuido, é importa mucho que no se moje, que cuando se moje la ropa se pierde poco, y en la pólvora se pierde mucho.

Modos de alojarse un campo con fuerza.

Naturaleza nos enseña de cuanta importancia sea la fortificación en toda cosa, como nos lo muestra en la cabeza y en las frutas, en mil varias maneras rodeadas de cáscaras, que sin este resguardo era imposible poderse conservar ni guardar algún tiempo; lo propio es en los reinos y señoríos y ciudades, que por muy grandes que sean, faltando la fortaleza aunque el enemigo esté lejos, no se deja de estar con miedo y recelo, ora de los propios de la tierra, ora de sus vecinos.

Ejemplo de los griegos.—Romanos.

Los griegos siempre se ampararon, como gente de tanto gobierno, de fortaleza ó ciudadelas.

Los romanos con fortalezas mantuvieron su Imperio y patria.

El turco.—Persianos.

El turco ha sido roto algunas veces y con las fortalezas se ha reparado y con ellas ha ganado grandes tierras y asegurádolas; y por falta de ellas los persianos han perdido campañas y ciudades.

No menos necesidad tiene nuestro caudillo de fortalecerse y asegurar su campo, y pueblos, pues ha de tener al enemigo siempre al ojo, que ya que no demande el castillo, la muralla, la contraescarpa, el través, el foso, ni la fuerza de artillería, demandará á su modo y flaqueza, otras fuerzas, que en su tanto no son menos importantes, porque como la fuerza sea correspondiente al enemigo, legítimamente es fuerza, y en ella se debe poner tanto cuidado como en otra de más prolijidad, gasto y aparato, pues con ella se efectúa el intento ó se puede perder, como ya hemos visto en aquellas partes, de cuanta im-

portancia sean. Y antes que digamos los modos de fortalezas para resistir al ímpetu del enemigo, diremos que para que haya lugar de toda buena comodidad, conviene que nuestro caudillo tenga la costumbre cuando marchare, de ranchearse á las tres horas del día, para que la gente pueda acomodarse, haciendo sus ranchos para en que duerman aquella noche ó tiendan sus toldos, porque como gente cansada, tiene necesidad de refrescarse, y prevenir sus comidas y alistar sus armas y otras haciendas de más y menos importancia; y sobre todo, si se tratare de hacer algún género de fortificación, tengan hora para ello; lo que al contrario, llegando tarde, les falta toda comodidad y lugar para elegir el sitio y reconocerlo y quedan de todo punto faltos de refrigerio.

En tierra rasa es buen alojamiento.

El principal alojamiento ó rancheadero, es en tierra llana y rasa, llevando caballos, porque con ellos se desbarata luego al enemigo cuando acomete y es más bien sentido y el alcance más cierto y con menos riesgo; aquí puede nuestro caudillo, si alcanzare este sitio, ranchearse con cuidado de que haya quebrada de agua cerca, la cual si fuere montuosa se desviará de ella un tiro de flecha, para que no les alcance; y si fuere

sin monte, se puede pegar á la barranca el Real, porque estará más fuerte y más vecino al servicio del agua, tomando por espaldas la barranca y poniendo sobre ella centinela.

Modos de sitíar el Real.

Y el modo del Real se puede hacer de una calle con dos puertas ó en triángulo, con tres, ó en cuadra, con cuatro, dejando plaza en medio, limpia y desembarazada.

Estos modos, el propio sitio se los mostrará y elegido, repartirá su gente en escuadras; la de á caballo, en la forma que se hubiere de haber en tierra rasa, teniendo cuidado que duerman dentro del Real amarrados doce caballos, más ó menos, conforme pareciese al caudillo son necesarios, los cuales estén ensillados á la gineta, sin petral ni grupero, y el freno colgado al arzón y las espuelas sean de pico de gorrión y estén atadas en el estribo del pié de cabalgar, para que no se olviden ni pierdan. Cuando salga el soldado armado, á tomar el caballo, sea tambien armado con sus armas, la lanza tenga hincada en el suelo cerca del caballo, para que en subiendo la pueda coger. Y para que salgan éstos de á caballo, la arcabucería limpie la cercanía de la puerta, para que puedan ganar algún espacio para poderse revolver.

Y siendo denoche, no salgan hasta que vaya rompiendo el alba, ni se desvíe uno de otro, de tal manera que todos juntos anden de tropel. Y siendo claro el día, se pueden dividir de dos en dos, pues se pueden ver y socorrer. Y los caballos, estén recogidos y en un buen pasto cerca del Real, en cuya defensa se permite salir de noche la caballería, á donde por sus cuartos los velarán y recogerán dos soldados á caballo, con sus lanzas y armas, porque no se los lleven los indios ó flechen: y hecho su cuarto, salgan otros dos; y si dieren los indios, entreténganse hasta que salgan los demás del Real.

Al caballo de noche no se le echen cascabeles.

Y adviertan que no lleve ninguno de noche cascabeles, porque es de mucho daño; lo que, al contrario, de día hacen provecho. Y volviendo á la infantería, tomadas las puertas con escuadras, arcabucero con rodelero y en ellas los mosquetes que llevaren; y la ronda del Real esté limpia para poder correr y andar las centinelas de una banda á otra.

El palenque asegura el campo.

Y si fuere mucha fuerza de gente la del enemigo y si se hubiere de descansar algún día, harán un palenque, que es muy grande seguri-

dad; y para una noche con un leve reparo basta, pero habiendo de descansar algunos días, es bien que se haga un palenque, como se debe hacer en una invernada, pues es fuerza hacerla donde hay gente, por las comidas.

Forma de palenques.

El palenque ya saben todos que los palos han de estar muy juntos y hondos, altos de dos estados, dejando algunas troneras para la arcabucería, y sobre todo, las puertas conforme hubieren trazado y dada la faición del palenque, y esta que pueda entrar un hombre de á caballo; y si á la puerta le echaren una contrapuerta de tal forma que la una puerta de la otra desmientan una lanza entera, porque son muy fuertes entradas, y el indio no la puede entrar ni aprovecharse de la lanza si es gente de ella y la usa. Y advierta que no se le ha de echar á este palenque alrededor cintas, porque es darle escala al enemigo para que suba, que la fuerza se la deben echar en hincar bien los palos.

El mejor fuerte para indios es de tapia.

Y si poblare y pudiere luego hacer un fuerte de tapia, lo hagan, que es lo mejor y más seguro; y si lo hicieren de palenque, por falta de tapiales, sea entre tanto que tienen otro recaudo;

y el modo de fortificarse, el sitio se lo dirá; y siendo de tapia, harán sobre las puertas sus torrecillas cubiertas, ó en los ángulos, para que la arcabucería en tiempo de agua pueda ser de provecho y para aprovecharse de la piedra. Pocas veces se ha usado de estas torrecillas, ni hay para qué usarlas, si no fuere en una muy conocida ventaja y necesidad que les constriña á tanto reparo.

Reparos para una noche de necesidad.

Si acaso marchare el campo ó una cuadrilla sola á hacer algún efecto y se hallare metido entre mucha gente y no pudiere fortalecerse por ser tarde ó faltar comodidad, es buena prevención cortar mucha rama gruesa y cercar con ella á modo de trinchera y reparo, que al fin se entretiene al enemigo y allí quiebra la furia con que viene, principalmente si la arcabucería juega á tiempo. También si echaren otra segunda cerca dejando hueco en medio es mejor. También se puede hacer de guaduas y será fuerte por las espinas y puas que tienen. También de palmas espinosas ó cañas bravas. Y á falta de todo esto, con las mismas petacas y hato se puede hacer un género de estropiezo que para gente de lanza es estorbo, porque como envisten de tropel, pasan sin detenerse, llevando de golpe

lo que pueden, en hallando estorbo quedan cortados y desbaratados como juegue la arcabucería. Y lo mejor de todo es hacer sus ranchos donde se pudieren hacer, travando unos con otros, sitiándose al modo que el sitio diere lugar. Los ranchos de agua y media son los mejores, haciendo plaza, porque así se estorba al enemigo y los ranchos quedan escombrados y los soldados se comunican, y con cuidado de que la plaza esté limpia sin que tenga estropiezos que les impida al andar; pues si faltare comodidad de hacer ranchos, se pueden hacer de toldos al mismo modo.

Ardides para alojarse poca gente.

También para poca gente es buen ardid, como sea para una noche, ranchearse en un bejucal espeso, haciendo la plaza y limpiándola á machete y hacha, dejando del bejucal enredado un modo de cerca, dejando la puerta ó puertas que el sitio mostrare convenir. Esta manera de rancheadero sirve de desmentir al enemigo, abriendo por la mañana camino nuevo, marchando á donde hubiere de ir á salir, porque si saliesen por el camino abierto, corren riesgo de emboscada. Y si es tierra de flecha, adviertan un modo de cerca que parece cosa de risa y es muy gran reparo, limpiando su plaza primero en

el arcabuco ó monte y al rededor ir enredando los árboles grandes y chicos, como cayeren en el circuito de la plaza, con cabuyas ó cuerdas de los arcabuceros, y de ella colgar mantas de las del servicio y soldados y frazadas que estén estado y medio de alto y al pié de ellas arrimada toda la ropa en redondo, dejando las puertas que pareciere convenir y estas muy estrechas, y estén seguros que aunque los indios arrojen mucha cantidad de flechas, no harán daño, porque respecto de los árboles no las pueden tirar por alto, sino derechas, forzoso han de dar en el cerco de las mantas y como están colgadas y en vanda, en entrando la flecha cuatro dedos, luego cabecea y quéda colgada, conque de ninguna manera puede ofender al real, y este reparo es bastante.

El mejor sitio de todos, así en tierra de lanza como de flecha, ora llevando caballos ó no, es un alto sin padrastro, en donde el indio no les pueda ofender con la flechería y que de este alto se pueda señorear la campaña, porque es mucha fuerza para poca gente ranchearse en alto, porque aunque no tengan otra fuerza, es bastante.

Ya que hemos dicho algunos modos de fuertes para la defensa de nuestro Real, quiero concluir este capítulo con dar algunos avisos nece-

sarios así marchando como en una invernada ó poblazón.

Avisos al caudillo.

Tenga por aviso nuestro caudillo de no consentir al soldado que toque alarma incierta, sino certificándose primero muy bien, y cuando se haya certificado, dé primero el alerta, como queda dicho, y luego dé el alarma, sino fuere un tan gran repentino que no lo pueda excusar. Advierto esto, porque hay soldados que de muy chapetones ó temerosos, en cayendo una fruta del árbol, ó un palo, ó que un mico haga ruido, ó un tigre ó león ú otra salvajina, disparan el arcabuz, tocando arma, y alborotan el campo sin propósito, teniéndolo toda la noche inquieto.

Asímismo tenga por aviso hacer á la centinela que ni se siente, ni arrime, porque no se duerma, ni tampoco ande mucho, aunque esté muy limpia la ronda, porque son tan sutiles los indios que, en una vuelta que da la posta, se meten arrastrando las barrigas por el suelo y cuando ven que la posta va volviendo, paran: todos estos ardides tienen para dar el repentino asalto; y con estar parada la posta, mirando por lo bajo, á un lado y á otro, no lo darán y serán sentidos; y doblándola, será lo más seguro. Y asímismo no consienta, que las rondas de á ca-

ballo que anduvieren alrededor, y ronda del Real, que la una se entiende para el ganado y caballos, no traigan cascabeles, porque de noche son de gran daño y perjuicio.

Tenga por aviso no consentir que duerma ningún soldado desnudo ni descalzo; y para esto tenga por costumbre requerir de noche los soldados de quien no se tuviere mucha satisfacción, y si el tal llegare mojado y se quisiere mudar, advierta que ha de dormir calzado, que es muy gran falta que en un alarma se halle un soldado descalzo, pues no puede andar listo por los estropezones de palos, espinas y piedras, que con la alpargata no le estorba nada de esto.

Séale aviso que en tiempo de sospecha no se desarme nadie, sino que duerman vestidos los sayos de armas y los arcabuces muy prevenidos, porque es arma muy tardía en un repentino: aquí ayudan mucho las lanzas para entretener el ímpetu del enemigo, en el entretanto que juega la arcabucería.

Séale aviso el requerir muy de ordinario las armas de los soldados para que no haya descuido en ellas.

Séale aviso á nuestro caudillo en tiempo de riesgo, doblar las centinelas para asegurar el descuido que una centinela sola puede tener, y sea arcabucero y rodelero.

Séale aviso evitar el murmullo en su campo y particularmente de la chusma y más si entre ella hay indias paridas, que éstas tales suelen pellizcar á los niños porque lloren, todo á fin de impedir á la centinela el oído para que mejor pueda entrar el enemigo, y en esto ponga gran cuidado á su tiempo, porque si no hay silencio, mal puede la centinela hacer su oficio, y no haciéndolo, haber seguridad.

Séale aviso á nuestro caudillo en cualquier asalto que los indios dieren, ora sea de noche ó de día, no desampare el Real, porque le sucederá daño, hasta que con mucha orden su ropa y bagaje la lleve antecogida, y para esto saldrá de día y con mucha cuenta.

Séale aviso que en el Real tenga lumbre toda la noche, en parte que aunque llueva no se le apague y que junto á ella no duerma nadie, y la centinela haga allí guardia, porque suele acaecer venir dos indios solos por el monte á solo flechar los que pueden divisar. Y si lloviere y acertaren á estar sin ramada, rancho ó toldo para lumbre, cobíjenla con cosa que haga reparo y las centinelas la requieran porque no se apague. Y si fuere tanta el agua que no lo tuviere, enciendan cuerdas para que se hallen con lumbre para los arcabuces.

Séale aviso asegurar siempre la cadena de

los presos, dada vuelta á un árbol, y si fuere zabana, hincará para el efecto un buen palo, que importa mucho la seguridad, y póngale su guardia.

Séale aviso no consienta de noche ni de día salir del Real nadie sin orden, que en esto hay gran descuido en algunos caudillos y suceden grandes males.

Y asimismo tendrá por aviso no consentir salgan indios del campo, así del servicio como amigos, en tierra de sospecha, por agua ó leña, ó palmicha para ranchos ó á pescar ó á chuchear, sin soldados que les hagan alto, por el riesgo que corren del enemigo, que por momentos sucéden desgracias; demás que con este cuidado no se le huirá el indio.

Tendrá por aviso no consentir jugar al soldado las armas ni la ropa, porque el caudillo está obligado á suplir las faltas al soldado y con poco cuidado que ponga en ésto, las ha suplido y remediado.

Séale aviso en tierra de guerra al tiempo que llegue al campamento á ranchearse, en el ínterin que se ranchea, hagan alto algunos soldados con sus armas, porque no suceda dar el enemigo y cogerlos á todos descompuestos y desarmados. También al levantar el real para marchar haga la propia prevención, á quien tocare

aquel día la vanguardia, haciendo alto en el entretanto que el campo atea y carga.

También le sea aviso al caudillo, si se viere con poca gente en aprieto, haga demostración de ranchearse con grandes candeladas, y en cerrando la noche marche, si la noche fuere dispuesta para ello, y si no fuere, desvíese con su campo, echando emboscada en parte que las pueda socorrer.

Séale aviso que en todas las partes que tuviere cercado al enemigo, después de haberle requerido con la paz y hecho muchos ofrecimientos, si no quisiere venir en ella, abrevien con ellos, procurando desbaratar sus designios, porque es señal que esperan socorro: y para prevenir á esto apretarán á alguno de los prisioneros que se hubieren tomado para que declare por la parte que lo esperaban, para que en el camino se le eche emboscada.

Séale aviso, que el rato que estuviere su gente ociosa la enseñe y ejercite en todas cosas de armas y solturas, haciendo buen maestro, pues el capitán lo debe ser en todo, que con esto hace el deber y excusa la ociosidad, que es maestra de grandes males y malos pensamientos.

Débese trabajar porque el enemigo no se gloríe de llevar despojo. Ejemplo de Julio Cesar.

Trabajará siempre el caudillo porque el enemigo no se gloríe de haber llevado algún despojo. Julio Cesar trabajó esto bien y lo mostró cuando lo desbarataron los alejandrinos, que echándose á nado en el río Nilo, pasó armado, llevando en la una mano los comentarios y nadando con la otra, llevando en la boca la vestidura.

El caudillo debe acudir en persona á todo lo importante.—Al soldado se le ha de castigar con la espada.

A todo lo importante debe el caudillo acudir en persona, sin fiarlo de nadie, si quiere le sucedan las cosas prósperamente; porque va en gran peligro de perder la honra, ganada de muchos años, en una hora, si el enemigo lo coge desordenado; y así en el soldado que no observare la orden, es justo el castigo con la espada en la mano, que con esto queda castigado y honrado. Y siendo cosa leve, bastará una reprensión, echándole á la usanza, algunas guardas.

El caudillo no ha de escribir contra soldados, salvo para quitarle la vida por traición ó motin.—Si el caudillo admite chismes se descompondrá y perderá.

Y absténgase de hacer procesos por ninguna

vía, si ya no fuese que no se puede excusar de quitarle la vida por motín ó conspiración, que para su descargo le convendrá procurando evitar chismes, no admitiéndolos, que descomponen mucho á los que mandan y cría grandes males; y siempre componga amistades, porque no haya bandos, siendo padre de todos, sin mostrarse parcial.

El modo que nuestro caudillo tendrá en dar trasnochadas.

Las trasnochadas son importantes.—Modo de trasnochadas.

Ninguna herida hay tan cierta y segura como aquella que se da por el propio filo, y con razón se debe llamar diestro aquel que la diere, si para darla ha prevenido con conocimiento el medio proporcionado, que con él irá seguro del buen suceso; y esto pasa así en las armas como en los demás ardides de guerra; y como mi fin é intento sea advertir de todas las facciones de esta milicia de que tratamos, que tan diferente es de las demás, hay necesidad que también digamos muy por extenso todas las maneras de atraer á nuestra comunicación aquella gente que, con orden del rey nuestro señor, se va á

pacificar y procurar su conservación; y porque muchos caudillos pueden ignorar lo que tan necesario les conviene saber, diré sobre las trasnochadas y de cuánto fundamento son y en qué tiempo y ocasión se darán, y cómo se debe usar de ellas, por ser el mejor ardid y más conveniente para conseguir lo que se desea, porque mediante el trabajo que en esto se toma, se tendrá el premio de lo que esperan, que es ver la tierra pacífica y los naturales domésticos; y demás de esto se redime mucha guerra que nos suelen dar estando descansados y holgados, porque toda su guerra son trasnochadas, que como es gente traidora son estas sus armas; y así han hecho muchos lances en los nuestros tomándoles descuidados: y es buen remedio acometerles con la misma herida para que no nos inquieten y nos teman; y lo más principal para que se tomen algunos de ellos para asegurar las paces, soy de parecer que el caudillo use mucho de estas trasnochadas, no permitiendo que se les haga daño injusto, porque con esto, cansados y temerosos, darán la paz y se aquietarán; y de tal forma se portarán con ellos, que en todo se corresponda al intento del enemigo, porque allí solo gane la mayor diligencia y presteza, porque la hora más importante de su guerra es la noche que son aves nocturnas, y así se debe seguir el

mismo camino, porque con él se desbaratan sus intentos y se les cortan todos sus pensamientos y fuerzas. Estas trasnochadas, según las ocasiones que se ofrecieren, se usará de ellas, marchando el campo á la sorda, antes de ser sentidos, que es buen aviso no mostrarse hasta tener hecha presa; y así el caudillo enviará adelante, de noche, una escuadra de gente, para que amanezca en la población, para tomar lengua de la tierra y habiendo hecho efecto, hablará con sus lenguas á los indios que tomare, dándoles á entender su venida; y en el entretanto que llega el campo, si necesario fuere, se fortificará. Esta trasnochada se dá con guía, ó por humos vistos de día, marcando la tierra y siguiendo la candela de la noche.

También se deberá dar trasnochada en un alcance, siguiendo de día el rastro y de noche la lumbre que se hace, que entonces muy á salvo se dará el asalto.

Por qué se debe dar trasnochada y á qué tiempo.

También se debe de dar habiéndose alzado la provincia, quebrando la paz que hubiesen dado. Esta trasnochada ha de ser con la mayor presteza posible y con muy gran cuenta y aviso por el alboroto y vigilancia que los indios traen consigo, huyendo del castigo que esperan.

Otro modo de trasnochadn.

También se debe dar en una junta que suelen hacer los indios en una borrachera, para desbaratarla, y que no tengan lugar de sus ligas y conspiraciones, porque á todas horas les parezca que han de estar sobre ellos los nuestros, y que cuanto trataren é hicieren lo han de saber, que esto es fácil de hacérselo creer, pues nos tienen por hijos del sol y así nos llaman en las nuevas conquistas.

Ocasión en que se debe dar trasnochada.

También se deben dar trasnochadas en una retirada, como ya queda dicho, siendo dispuesta la tierra para ello y dejando, para desmentir al enemigo, candelas hechas marchando con todo silencio, asentando el soldado el pié donde lo levantare el otro; y en esto se advertirá mucho, que á la sorda pase cualesquiera palabra y orden.

Advertimiento.

Adviértanse los ríos que se hubieren de pasar con balsas ó con otro cualquier artificio, como no sea por puente ó vado seguro, no se pase de noche si no fuere con luna, salvo si no

fuere en canoas y que toda la gente vaya junta y seguros de toda desgracia.

La trasnochada en noche lluviosa es la mejor.

Adviértase que para hacer efecto, la mejor trasnochada de todas, aunque se pasa más trabajo, es la noche lluviosa y tempestuosa, porque esta tal lleva dos seguridades: la una de no ser sentidos, y la otra de que los indios están todos recogidos dentro de sus caneis ó buhíos; por el contrario la noche apacible duermen fuera de sus casas á las puertas y enramadas, y en el campo, en pesquerías y labranzas; y con el aguacero, como estén descuidados de guerra, andan menos indios de noche.

Avisos al caudillo.

Séale de aviso al caudillo que los soldados en estas trasnochadas lleven sus cuerdas ó contracuerdas encendidas y sus canutos en que las lleven, así para que no se les apáguen como para que no las mojen con el agua y rocío y tambien para que no sean vistas.

Adviertan á que lleven los perros de trahilla y que no se pisen, porque en una trasnochada, respecto de este riesgo, suelen dañar, porque si los aciertan á pisar, dan ladridos y de noche suena mucho y alborotan la gente si acierta á estar

cerca y así se han de encomendar á soldados de mucho cuidado.

Advertencias.

Advierta el caudillo y soldados á que si cayere y rodare alguno por cuesta y despeñadero que aunque se descalabre ó reciba otro cualquier daño, que no grite; ni los que le vieren despeñar ó rodar, aunque sea el caudillo se alboroten, porque de aquí no se saca provecho y se podría perder la ocasión por ser sentidos ora de algún centinela ó de alguna labranza que esté cerca, que siempre hay gente, ó de la población que acierte á estar junto; y de tal manera es esto, que sintiéndose cualquiera cosa, corren dos riesgos, el uno perder la presa y la otra á que les echen emboscada antes de llegar á la población, y es mala, y mucho más si es de noche, que si alguno rodare, á la sorda se puede hacer alto y el que más cerca estuviere le socorrerá si hubiere necesidad, que como callen, aunque se oiga el golpe de la rodela, piensan que es algún palo que cayó en el monte ó arcabuco y se aseguran: y con tal cuenta y razón marcharán, que no se quiebren, no perdiéndose el uno del otro, asípara la fortaleza como para pasar bien la palabra ú orden que se diere á la sorda, como queda dicho ser necesario.

Adviertan á que se tenga mucho cuidado con los arcabuces, así para que no se mojen como para que en el fogón no caiga una centella de la cuerda, que demás de ser peligroso en poder matar al que va delante ó al que va detrás, se pierde la ocasión disparando, porque se puede oir la respuesta: y para esto es bueno sus encerados ó cera negra sobre la cazoleja, que tape lás aberturas y entre el polvorín y cazoleja una vedijilla de lana, para más seguro, así porque consume la humedad del polvorín, como porque retiene el fuego que no lo deja pasar á topar con la pólvora.

Advertimientos.

Adviértase á que si fuere montaña ó arcabuco y la noche fuere muy oscura y la gente estuviere desviada con seguridad de que no pueden ser sentidos, por no llevar camino seguido, más de que la guía se va siguiendo por marcas, podrán llevar algunas candelillas de rollete encendidas á trechos, porque con ellas se abrevia el camino: y si faltare, algunos hachos de palma, pero de estos pocos y con cuidado, cuando estuvieren cerca matarlos.

Adviértase que si para dar la trasnochada se caminare algún día, no se haga lumbre, porque por el humo serán descubiertos y si de noche

pararen, tampoco se haga, sino fuere en montaña, que allí con seguridad la podrán hacer, porque de noche no se vé el humo y por ser en montaña la lumbre: advirtiendo á que no se haga en roza ni en chapa clara.

Adviértase que se ha de llegar á dar el albazo antes que sea de día y para esto conviene llegar con tiempo y esperar la hora algo desviado de la poblazón, porque si se hiciere ruido no se sienta, arrojando espías sobre la poblazón y dése el albazo antes que el alba rompa, porque los indios tienen de costumbre á este tiempo salir de sus buhíos á sus necesidades y podrían sentir la gente: y esta es buena hora porque en el entretanto que se rinde, llega el día y se vé lo que se hace.

Adviértase mucho en el repartir de la gente, si estuvieren desviadas las casas ó poblaciones, que todos den á un tiempo, dando la seña: al apuntar de la luna si á este tiempo saliere ó se pusiere, ó cuando esto faltare sea al romper del alba por seña, porque no se sufre tocar trompeta ni disparar arcabuz, porque si hubiere otras poblaciones cerca que no se hayan visto, que dé tiempo para ellas, cogiéndolos descuidados. Y esta división de la gente sea de manera que se puedan socorrer unos á otros, que no estén tan lejos que no se oiga la seña del recoger; y el

caudillo antes que acometa, reparta su gente, ordenando á cada uno lo que hubiere de hacer, porque después no se puede seguir segunda orden, que es diferente un albazo á una guazavara, porque con la primera orden se ha de acertar ó errar.

Adviértase que, como queda dicho, no se ha de disparar arcabuz, así porque en las poblaciones cercanas no se sienta, como por el riesgo que corren nuestros españoles en matarse unos á otros, si ya no es que se vean en aprieto que les obligue á ello; pero ha de ser recogiéndose primero todos á un lado.

Adviértase á que así como se arrojaren sobre el buhío ó caneis ó fuerte, conforme estuvieren repartidos, se arrojen dentro soldados que para ello estarán señalados, sino fuere que estén ya puestos en arma los indios, y si lo estuvieren, no lo hagan hasta que venga el día, cercando por todas partes que no se les pueda ir la gente, guardándose á las entradas de los dichos caneis ó buhíos ó fuertes, que suele haber trampas, puas y otras invenciones, porque estando en arma todo está listo; y venido el día se vé lo que se hace. Pero si acaso están descuidados, se arrojaran con cuidado á las entradas de las puertas, llevando sus morriones puestos y embrazadas las rodelas, cubriendo la vista por la flecha,

por si algún indio fuere tan presto que al ruido coja el arco, que duermen con él en la hamaca y barbacoa; y los que entraren arrinconen luego la gente á un lado, sin dividirse sino haciéndose una media luna. Y el caudillo á este tiempo, tenga tomadas las puertas con gente y los lados, que suelen tener puertas falsas por donde se salen ó las abren allí de golpe. Y advierta que no hay caneí que no tenga dos puertas principales á las culatas y cuando no haya más de una, la otra será secreta.

Adviértase á que no se suelten en esta ocasión perros ningunos, porque se arrojarán luego á entrar y los indios los matan y para evitar esto, mándese los tengan de trailla. También será bien que en esta coyuntura los indios amigos echen su cerca más desviada que la de los españoles para que no se huyan ni escapen los culpados y se prendan, porque causará mayor daño y juntarán la tierra sobre los nuestros y serán causa de alterarse todos.

Advierta nuestro caudillo que si se pusieren en defensa, se requiera con la paz, con lenguas que se dejen prender, prometiéndoles que no les harán daño, sino fueren culpados, que con esto se suelen allanar y aún entregar los delincuentes.

Advierta el caudillo que antes que dé en la

población embosque toda la ropa que llevare y gente inútil y no lejos de ella, para que pueda ser socorrida y amparada si sucediere algo.

Modos de trasnochadas.

Dos modos de trasnochadas se me habían olvidado importantes, y así será bien se digan: y es, que después de haber enviado delante alguna lengua ó aviso que convenga á la disposición del hecho, como que los quiere hablar de parte de los españoles, haciéndolos juntar aquella noche para que se dé el albazo de ellos. Esto se entiende con gente que se ha rebelado y quebrado la paz, que con gente nueva no se debe hacer.

También es muy segura trasnochada, habiendo hecho presa y saliéndose de la tierra, revolver á cabo de dos ó tres días á la ligera, porque hállará en los buhíos y población, junta la gente de la comarca.

Aviso al caudilio.

Séale aviso á nuestro caudillo, con presteza en dando el albazo, recoger su gente, si la hubiere dividido, y con la presa que hiciere se retire luego al campo ó á la parte donde salió, doblando la jornada, porque si no lo hace correrá riesgo de emboscadas, si esta retirada no

la hace con mucha presteza, y desmintiendo el camino que trajo ó llevó para dar el asalto, y que sea por la parte más limpia que pudiere de balsares ó malos pasos. Esta presteza importa mucho en todos los casos que en esta milicia se ofrecierán y particularmente en salvar una presa. Y todos estos avisos y los demás que diré. son fundados para bien y para que no se haga mal, que como son forzosas estas pacificaciones, hay necesidad que sepan cómo se han de valer en ellas, procurando nuestra defensa con el menor daño de los naturales.

Modo de dar y recibir emboscadas.

Son tantas las invenciones de guerra que usan los naturales de aquellas partes, como ya queda dicho, que nos han enseñado algunas de que usamos y son necesarias para contraminarles. Una de las cosas de más daño que yo siento en la guerra y lo que más se debe temer, son las emboscadas, porque por mucho cuidado que lleve un capitan, si se la dan, no dejan de lastimarle. Y así, á mi parecer, debe el caudillo procurar dos cosas: La una, dar siempre emboscadas al enemigo, que es cosa que en gran manera le desbarata y quebranta el ánimo y fuerza; y la otra, huir do ellas todo aquello que le fuere posible; y así para lo uno como para lo otro, daré

los preceptos y avisos que más pudiere y alcanzare, encargando á los caudillos que busquen nuevos modos conforme á las ocasiones que entre manos tuvieren, que como se desvelen en ello, el tiempo y la ocasión les enseñará.

Emboscada universal.

La emboscada más ordinaria que se echa es en un camino real muy seguido y hollado, para tomar alguna gente para guías ó lenguas de la tierra, ó para golpe de gente que se sepa de cierto vienen por el tal camino; y si es encrucijada, será más cierta la presa. El modo de echarla es, que adonde la quisieren poner no ha de haber rastro, porque el que trajere la gente parará; y de allí adelante se arma la emboscada metiendo las dos mangas de soldados por dentro del pajonal, balsar ó arcabuco; y esto tome trecho de un tiro de piedra y no estén muy juntos ni muy largos y algo desviados del camino, con tal cuenta que por la parte que el enemigo ha de entrar, estén divididos del camino, para que no sean sentidos y entren en la emboscada; y el que hubiere de dar el Santiago, esté muy pegado con el camino donde remató el rastro que traía nuestra gente, que á este tiempo estará ya toda la gente dentro de la emboscada. Advirtiendo que con el que hubiere de dar el San-

tiago, estén media docena de buenos soldados; y á la parte por donde entrare el enemigo, estén juntos otros tantos, todos muy cubiertos entre las ramas, sin hacer ruido; y el que diere el Santiago tenga su arcabuz listo para que en llegando á él el golpe de la gente, lo dispare, que esta será la señal para todos los que estuvieren de emboscada, los cuales tomarán el camino y lados, con espadas y rodelas, porque no se ha de disparar arcabuz ninguno más de el de la seña, como está dicho, y con esto la gente que hubiere entrado en la emboscada revolverán por donde entraron y se hallarán cercados, porque estará tomado el camino, y los indios, oyendo de todas partes voces y rumor, que aquí solo se permite, se turban y cortan. Y advierta el que diere el Santiago que, si por desgracia no le saliere el arcabuz, coja su espada y rodela y dé de boca el Santiago, respondiéndole todos de mano en mano, en toda parte. Y advierta que, antes de echar la emboscada, la tropa se desvíe del camino con la gente inútil é impedida. Los indios amigos estén con sus armas entre los españoles, conforme los que hubiere, porque son de mucho efecto. También estén cerca algunos arcabuceros por si el enemigo tuviere tanto tesón que pusieren en condición la victoria, que pocas veces acaece esto; y á tal tiempo, será

bien acudan recogiéndose y juntándose á cuadrillas para más fortaleza. En esta emboscada, antes de darla, excúsese todo rumor. Esta manera de emboscada ha de ser esperando mucha gente, porque si es para solo tomar guías, no hay necesidad de tanto trecho ni disparar arcabuz.

Emboscada.

También se echa en quebradas, por donde siguen sus caminos, agua abajo ó agua arriba.

Modo de emboscada.

También se echarán estas emboscadas cuando se dá en una población sin ser sentidos y la hallaren desierta, por estar los indios en sus pesquerías ó rozas, en los mismos buhíos ó caneis, se podrá echar, dejándolos venir y entrar dentro: y si hubiere ceja de arcabuco cerca de los buhíos, se echará fuera.

Otros modos de emboscada.

También se echará en un rancheadero, dejando ir el Real, con orden que cuando se haya encubierto paren y estén con sileneio, porque luego los indios acuden á los buhíos y rancheaderos á ver si se ha olvidado algo ó si dejan

enterrado algún muerto para comerlo, allí es buena la emboscada.

También es buena emboscada dejándola echada donde se hubiere hecho alguna justicia, porque luego acuden á cargar el muerto y allí lo lloran, diciendo mil ignominias de los soldados, y al tiempo que lo cargan es bueno salir de la emboscada; y no son pocos los que se hallan á este entierro.

También es buena emboscada, cerca de donde se tuviere el ganado y caballos, porque los vienen á hurtar y flechar.

También es muy importante emboscada y remedio, en camino que se va abriendo, por salvar alguna emboscada que se haya reconocido en el camino abierto, porque como el enemigo ve que los cristianos no entran en la que tienen armada, se levantan y siguen el rastro, y allí es bien tenérsela aparejada, que es cierto el caer en ella.

También se debe echar emboscada antes que el campo se ranchée, á un buen trecho, por si el enemigo viniere siguiendo nuestra gente.

También es buena emboscada, y la más importante de todas, cuando el enemigo viene siguiendo y picando, alargar el campo el paso, que parezca se pone en huída; y cuando esto pase esté ya señalada la gente y repartida para

echarles emboscada, la cual pasará á la vanguardia, y en el paso que la hubieren de dar, se irán quebrando con su cuenta y razón ya dicha, y el real irá pasando por medio de ella. Y adviertan que en el balsar, pajonal ó arcabuco que se hubiere de echar, no hagan rastro y la gente del campo pase con cuidado, sin salir del camino, por no hacerlo; y el campo pare en tal parte que pueda socorrer si necesario fuere.

También es buena emboscada llevando caballos, haciendo demostración al enemigo con dos docenas de soldados de á caballo, llevando otros tantos indios á las ancas y haciendo que se vuelven, los soldados queden emboscados y los indios se vuelvan con los caballos al campo, vestidos estos indios, porque no se diferencien de los soldados, con orden que al otro día por la mañana vuelvan al mismo puesto, porque los soldados aquella noche han de marchar á echar su emboscada, junto á donde suelen salir á hacer la perneta, y como ven otra vez los caballos, salen al mismo sitio, descuidados de la emboscada que está allí.

Aviso á los soldados.

Séales aviso á los soldados que se hallaren en cualquiera emboscada, que dejen entrar al enemigo y no se levanten ni alboroten hasta

que dé el Santiago el que lo tuviere á cargo, aunque por los ademanes conozcan que son sentidos, porque vienen temerosos de la emboscada y suelen decir en su lengua que se levanten, que ya son vistos, y para esto hacen sus ademanes muy al natural, y al que no supiere bien de esto, ni fuere muy reportado, le harán picar, pareciéndole que son vistos y descubiertos, y así todos estén quedos hasta en tanto que oigan el Santiago, si no fuere que cierre con él el indio, porque á este tiempo no hay que aguardar.

Advertimiento.

Ya que hemos dicho cómo se han de echar las emboscadas y aprovecharse de ellas, será bien entiendan las que usan los indios, para que de ellas se guarden, que es cosa muy importante por el daño que hacen á nuestros españoles.

Costumbre de indios en sus emboscadas.

Tienen de costumbre los indios echar sus emboscadas en quebradas ó ríos. En la quebrada usarán de esta invención: Que una cuadrilla de soldados sueltos vaya delante del campo al ojo, y vaya fuera de la quebrada en la ceja del arcabuco, con algún perro suelto para descubrirla. Esto se ha de hacer donde hubiere sospecha de ella; y si dieren con ella, el campo en oyendo

las voces ó arcabucería, haga alto enviando gente al socorro. Y si la quebrada fuere de tal manera que los sobresalientes primeros no puedan pasar por los lados por su aspereza y forzoso hubieren de seguir por medio de la quebrada, estos sobresalientes vayan con el cuidado posible, sus arcabuces en las manos, cebados y dos clavos de cuerda encendidos, con tal cuidado que en todos los pasos malos hagan alto á que llegue el campo. Y si fuere cierto estar sentidos ya en la tierra, podrán limpiar con los arcabuces el tal paso, porque los indios son de tal condición que, en oyendo arcabuz se levantan de la emboscada con vocería, y particularmente si sintieron hacer el golpe de la bala en el sitio de donde la tienen echada. Y si acaso fuere que con toda esta prevención la dieren de todas partes, hagan los soldados que se retiran un poco para que los indios se descubran, para mejor hacer efecto en ellos y allí, con orden y cuenta, como si fuese una guazavara, se habrán con ellos no desamparando el rodelero al arcabucero. Y si la tal quebrada fuere de condición que no se puedan retirar sin daño, la mitad de la gente vuelvan los rostros á un lado del contrario y la otra al otro, fortaleciéndose espaldas con espaldas: los arcabuceros y sus rodeleros por delante de cada uno, de manera que queden

puestos en cuatro hileras; y cuando no estén muy juntos será mejor. Y si el enemigo fuere de lanza, los rodeleros sean lanceros, para mejor entretener, porque la rodela es inferior á la lanza del contrario. Y adviertan que el tiro que se disparare sea bajo, porque siempre sobrepuja, demás de que tienen de costumbre al encender el polvorín ó al apuntar, echarse en el suelo, y haciéndose así, no se errará tiro, si ya no fuese que estuviese el arcabucero tan cubierto que el enemigo no le viese apuntar. Suelen soldados muy baquianos, hacer que apuntan con el arcabuz sin pegar fuego, hasta que les parece tiempo que se pueden levantar y así emplean sus tiros; y acaece muchas veces apuntar con el arcabuz sin pólvora ni municiones, y detenerlos con esto, por el temor que les tienen.

Aviso al arcabucero.

Advierta el arcabucero de no disparar su arcabuz, hasta que el compañero le diga que tiene cargado, pero el uno y el otro lo han de hacer con presteza; y en el entretanto haga sus acometimientos como que les quiere tirar, para entretenerlos.

Emboscadas de indíos.

Suelen echar los indios emboscadas en una

labranza, al rededor de ella, porque los soldados, codiciosos en buscar la comida, se desbaratan: y es mala consideración que se pongan en riesgo por la comida, pues el servicio la puede coger, y en el ínterin el soldado es bien esté listo con sus armas al rededor de ellos, y siempre se coja lo más arrimado á un lado de la labranza que ser pudiere, evitando el daño que de todas partes les puede venir, porque de esta manera de sola una parte pueden ser ofendidos y con cerrar y desbaratar breve por donde les acometieren quedan todos los demás desbaratados.

También la echan en un alto ó mal paso, y cuando el campo llega á él se están quedos hasta en tanto que van bajando al medio de la cuesta y á este tiempo salen de la emboscada, soltando gran cantidad de galgas y de flechas con que desbaratan un campo; y si responde de abajo la emboscada y los coge desbaratados de las galgas, se perderán. Para esto, el caudillo, en estos altos ó malos pasos, siempre deje la cuarta parte de la gente más ligera en el alto y todos enciendan sus cuerdas; y los que quedaren miren que este alto no lo desamparen hasta que el caudillo con el campo haya cogido el llano y esté fuera del riesgo de las galgas, que como los indios vean quedar gente, se están

quedos y los de abajo no responden; y luego estos soldados bajen la cuesta con la priesa posible, pues están á la ligera, porque el indio, aunque salga de su emboscada, no los pueda ofender con las galgas y el campo abajo les haga alto, que de esta manera á mi cargo si les ofendieren. Y si acaso fuese que el enemigo dé en los que quedaron haciendo alto, en el ínter que baja el campo, peleen y no lo desamparen, porque se perderán los unos y los otros, y el campo torne á tomar el alto, haciendo de la retaguardia vanguardia, y si respondieren de abajo los indios, con buena orden y retirándose, cojan su alto juntándose con los compañeros, y allí elegirá el caudillo lo que más convenga para desbaratar esta gente y bajar con seguridad; y para subir un alto el campo se usará de las prevenciones dichas atrás.

Riesgo de emboscada de indios.

También sucede ir pasando el campo una media ladera y de arriba del alto dan con galgas la emboscada respondiendo de abajo, y para no caer en este inconveniente y riesgo, debe mandar á algunos soldados que cojan el alto antes que el campo comience á pasar: y los que lo tomaren, suban con mucho recato, porque en los altos suele haber piedras grandes

ó matas en que pueden estar emboscados los indios, y si suben con descuido recibirán daño. Y si caso fuere que no puedan tomar el alto si por la parte que entraren fuere peña tajada y derrumbadero y fuere fuerza ir por el camino, pasen de cuatro en cuatro, hasta que de la otra parte se haga una buena cuadrilla que con ella puedan tomar el alto, por mejor comodidad, si ya no quisieren que pase de esta manera el campo todo y que á caso forzoso así es mejor, por el menos riesgo que tienen cuatro soldados que el campo todo junto en tropa.

Suelen los indios echar emboscadas cerca de su población, poco antes de llegar á ella. Aquí se camine con mucho cuidado, las cuerdas encendidas, los arcabuces listos: y si la dieren espaldas con espaldas, como queda dicho, se peleará.

Suelen echar emboscada después que se vuelve la cuadrilla que ha salido á correr la tierra, cerca del Real ó pueblo de españoles, porque como allí es tierra ya segura y la gente no va en orden, el uno dejando el arcabuz, el otro el sayo de armas y el otro la rodela, dándolo á los mozos, conocen este tiempo, principalmente los indios prácticos, y como los cogen descompuestos, los matan y desbaratan, quitando la presa; y es muy mal hecho que el caudillo, hasta

que esté dentro del Real ó pueblo, consienta este desorden y no vaya con mucho cuidado, para lo que le pueda suceder.

Emboscadas que echa el indio.

Suele el indio echar emboscadas en la aguada, cerca del real ó pueblo y en las rozas ó labranzas y en las quebradas donde van á lavar las indias del servicio ó donde se va á coger leña. Todo esto se debe prevenir para que con todo cuidado se recele, porque suelen llevarse el servicio. Y para esto usen llevar sus perros, porque descubren, que como es gente poca la que viene á esto, luego se ponen en huída en sintiendo el perro. Y si fuere tierra de arcabuco ó balsar, rócenlo y tálenlo todo, porque como esté escombrado y limpio, los indios no osan asomar por no ser vistos.

Aviso al caudillo.

Aviso al caudillo que suelen los indios poner espía sobre un arbol, cerca del camino, para contar los españoles y para esto no dejen de mirar arriba á los árboles cuando estén en la tierra poblada. Y con este cuidado también advertirán que antes que el campo ó escuadra llegue

á cualquier parte, si oyeren gritar micos ó pavos, consideren que sienten gente debajo de los árboles en que están y en oyéndolos tantéen en qué parte, y si es en el camino irán con cuidado mirando los árboles. Lo mismo sucede cuando echan una emboscada los indios: de manera que al uno y al otro se debe advertir y para ello soltar un perro, que si es emboscada, la descubrirá luego y si es espia puesta y subida en arbol, en cogiendo el rastro el perro ladrará al pié de él. Y adviertan que suelen pensar ser algún mico á lo que el perro ladra y pasar inadvertidamente y resulta de esto mucho daño y perderse la ocasión.

También aviso al caudillo que si entrare por un cañaveral seco, el indio suele echar fuego por una parte y responder por otra con emboscada. Para esto, antes que el campo entre, una escuadra de soldados lijeros pasen este cañaveral y cuando esté ganada la otra banda el campo marche. Este fuego suelen echar también cerca de una población ó real; si la paja de la zabana está seca, conviene mucho, que así como lo echaren alrededor del mismo real ó población, arrancar la paja haciendo un camino á modo de ronda y luego que sea hecho se pegará fuego por todas partes porque se vaya á topar con el que echó el enemigo. Este se dice con-

trafuego, es buen ardid, el cual, si no se hace con presteza, llegado al real, con la pujanza que trae hace gran daño y si es población la quemará toda y el enemigo á tal tiempo no está descuidado, porque tras del fuego embiste.

El caudillo que cae en emboscada merece gran culpa.

El caudillo que cayere en una emboscada inadvertidamente, merece gran culpa y áun pena, salvo si ya no entrare en ella con algún artificio, dando aviso á toda su gente primero (en la cual cuando á ello se determinare) que no lo tengo por bueno, lleve su gente con tanto silencio y tan recogida y los arcabuces listos con las cuerdas en las serpentinas y los rodeleros y lanceros tan puestos y ordenados, que cuando el enemigo se determine a darla, no se pueda llamar emboscada. sino guazavara, porque la emboscada goza de este nombre por el repentino y descuido con que se coje al contrario.

Aviso al caudillo.

Aviso al caudillo que conocerá una emboscada por el sitio, por el olor de la bija con que los indios se embijan y untan, porque huele mal. También por el olor del mazato ó chicha que

beben, por el rastro que hacen. Y si es balsar se conoce por estar la rama ó yerba echada, y hasta hoy no echó indio emboscada que primero no abriese y asegurase la huida. En todas estas ocasiones se desvele mucho el caudillo, etc.

Modo de dar guazavaras y recibirlas, con otros avisos importantes en defensa natural.

La guerra más hidalga que el indio hace.

Bien se habrá echado de ver, por lo que se ha dicho, los riesgos y peligros que nuestros españoles pasan y han pasado en las nuevas conquistas de las Indias, y cuando se debe premiar lo dejo para su tiempo. También hemos dicho los ardides que los naturales de aquellas partes tienen para desbaratar los nuestros todos fundados en traición y las maneras de emboscadas. Y asímismo está dicho cómo nuestros españoles se han de haber con ellos. Resta ahora declarar y áun enseñar cómo se han de valer en sus guazavaras ó batallas, que suelen representar convocando y juntando toda la tierra contra los nues-

tros, que acaecerá muchas veces juntarse para cada soldado cien indios y los más llevan lo peor, cuando de la parte de los nuestros hay valor y esfuerzo en el caudillo y soldados, y sobre todo buena orden, que como es gente pusilánime aflojan y se retiran como vean esto. Y pues en todo hemos tocado, conforme al capítulo de cada cosa, tratemos en este largamente de lo que nuestro caudillo y soldados conviene que hagan, pues no les va menos que las vidas: y pues ya están á tiempo que han menester las manos, pues el enemigo á campo abierto quiere representar le guazavara, que es la guerra mas hidalga que ellos usan, cosa que se debe estimar en mucho, pues de ella siempre ó la mayor parte de los nuestros salen victoriosos y con ella se rematan trabajos y se excusan daños y la tierra se allana de paz, que es el principal intento, justo será, conforme á esto, se desvelen con mayor cuidado que en todas las demás estratagemas de guerra.

Aviso al caudillo.—En la guazavara no es permitido el retirarse.

Conviene estar avisado nuestro caudillo cuando esté determinado salir á la guazavara, mandar á todo soldado pelee con todas sus armas, no olvidando cada uno de llevar su cuchi-

llo carnicero, y cuando ya estén listos para ello, requerirlos á todos por si no las llevan listas para poderse aprovechar bien de ellas, y cuando no pudiere acudir en persona á todo, encargárselo á dos soldados de quien se fiare, que con orden lo vean. Y habiendo hecho esto, les haga su parlamento, dándoles á entender que en la guazavara que esperan no se permite huir, por el riesgo que corren, porque demás de perder la honra, no les queda remedio alguno de salvar las vidas, coms en otras guerras.

Ejemplo de Calceratidas.

A ejemplo de esto, diré de Calceratidas, caudillo de los de Esparta, en la batalla naval que tuvo con los atenienses, cuya armada excedía á la suya con gran ventaja, que aconsejándole Hermon, gobernador de su nao, que se retirase, pues veía clara su pérdida, respondió que por ningún caso lo haría, por ser condenado entre los de Esparta y ser el mayor acto de afrenta el huir. Al hombre esforzado lo que mejor le puede suceder es el morir ó vencer. Por ser honesto y aprobado, esto arma bien á esta guerra de que tratamos, porque en ella yo no hallo más que muerte ó victoria, por faltarles á los nuestros de dónde les pueda llegar soco-

rro ni tenér dónde poderse fortalecer con esperanzas de salvarse: digo en nuevas conquistas, donde si una vez ganan la guazavara ó batalla los indios y quedan desbaratados los nuestros y por haber huido no se pueden rehacer unos con otros, son los indios de tal calidad que por el rastro les siguen diez y veinte días hasta dar con ellos y matarlos, y cuando de esto escapen, mueren de hambre; y si considerase cada uno esto, apretarían los puños y no se descompondrían, con que quedaría el campo por suyo, y cuando mueran, mueren honradamente.

Dicho de Aníbal.

Aníbal, teniendo sus soldados en medio de Italia, les dijo: «Ya estamos á tiempo, que no nos ha quedado sino lo que conservemos con las armas.»

El marqués del Valle.—Quien acomete puede tomar consejos arriscados.—El buen consejo asegura la victoria.—El caudillo que no toma consejo merece culpa.

Lo propio dijo el marqués del Valle cuando echó á fondo los navíos, y fué buena consideración para animar los suyos, dándoles á entender que allí no había sino morir ó vencer, porque quien no arriesga no gana, y quien acomete puede tomar consejos arriscados, pero cuando no

se acomete justo es se sigan consejos fundados y maduros y lo menos sujetos que pudiere á accidentes, porque el buen consejo asegura la victoria, y el caudillo que por su parecer y deliberación se arrojare al bueno ó mal suceso, habiendo lugar de comunicarlo, merece culpa, aunque le suceda bien.

Consejo de Artabano.

Artabano aconsejaba á Jerges, cuando andaba apercibiendo su armada en Grecia. que cuando estuviese más satisfecho de lo que tenía determinado que convenía, de nuevo lo considerase y consultase con otros.

El que tuviere práctica de la cosa puede dar consejo.

Y Demócrito decía que la celeridad demasiada en obrar trae consigo arrepentimiento tardío, porque lo que una vez se hace mal, cuando tenga enmienda, no puede volver á su primer estado, así que el que tuviere práctica de la cosa puede dar consejo, como el muy agudo de ingenio y que tuviere especulación.

Es perjudicial cosa no resolverse el caudillo en la guerra.

También es cosa muy perjudicial no resolverse el capitán en la guerra, porque al soldado se le resfría el ánimo y acobarda y se le quita la

gana del pelear, al cual solo se le debe pedir ánimo y presteza en las armas y la comida aparejada para cualquiera hora que su caudillo le mandare marchar; y así al caudillo le toca la resolución y deliberación en proveer.

La ventaja conocida asegura la victoria.

La ventaja conocida en dar la guazavara asegura la victoria, y el caudillo debe con cuidado procurarla siempre, porque ya que en número de gente el indio nos la tenga, los nuestros, por los ánimos, por las armas, por saber elegir el sitio para la caballería ó arcabucería, la tienen y con menos gente vencen.

Por qué han tenido los turcos victorias.

Si los turcos han tenido tantas victorias, ha sido por no venir en batalla, sino en campaña rasa, porque las estratagemas en la guerra son gran parte de la victoria, porque la astucia es otra tanta fuerza y muchas veces con ella se acaba más que con la fuerza.

Anibal usó mucho de la industria.

Anibal, cartaginés, fué excelentísimo en las estratagemas, porque jamás vino á las manos que no se ayudase grandemente de la industria,

haciendo buena elección del sitio. de las armas, del aire y de otras más ó menos cosas.

El caudillo ha de ser desenfadado

El capitán, para animar á la batalla á sus soldados, ha de ser desenfadado y tener donaire con ellos y mucha facilidad en prevenir.

Donaire de Aníbal.

Aníbal, en la de Canas, se subió en un alto para ver al enemigo y espantándose un amigo suyo, de ver tanto número de gente, que se llamaba Guijón, el Aníbal le dijo: Notad otra cosa maravillosa, que en tan gran número de gente no viene otro que se llama Guijón. Con esta respuesta dió mucha risa á los presentes y se animaron viendo que á tal tiempo su capitán decía donaires.

Avisos al caudillo.

Esto se trae, porque el caudillo en semejantes tiempos muestre bizarría y no se turbe. Y porque es ya tiempo de tratar lo que se debe advertir antes de entrar en la guazavara, diré los avisos que ha de tener.

Al arremeter lleve junto á sí las camaradas y amigos de quien más se fiare, así para la guar-

da de su persona como para tener á quien encomendar las cosas que se le ofrecieren.

El caudillo mire bien que por su culpa no se pierda ningún soldado, porque será notado de hombre negligente y poco cuidadoso. Y advierta que tenga siempre nombrados soldados sobresalientes para que acudan á las necesidades y para que no falte munición y socorro á los de la guazavara; y para esto tenga personas de cuenta.

Ordenará que los heridos se retiren al Real ó á la parte donde estuviere señalado, con cuidado de que sean curadas las heridas conforme queda dicho; y si fuere campo formado, refresquen con gente el lugar de los heridos. Y advierta á qué ha de tener su Real fortalecido con falconetes ó mosquetes si los llevare y á falta con arcabuces, lanzas y rodelas.

Aviso al caudillo que el soldado pelée y no de voces, porque se animan los contrarios, demás que no se entienden las cosas al proveer y ordenar: y menos se queje el herido, pues no recibe refrigerio y desanima los compañeros y es bien que el enemigo no lo sienta.

El cantar victoria desanima al contrario.

Soy de parecer que se cante victoria con las trompetas, aunque no esté conocida, porque

desmaya grandemente el indio, y como comience á retirarse, es cosa conocida volver las espaldas.

Aviso al caudillo.

Advierta que cuando esté trabada la guazavara no se desvíe mucho del Real, por la fortaleza que con él tiene.

Orden de guazavara.

En sitio llano, saldrán los de á caballo primero, y los caballos con sus cascabeles, los cuales romperán primero y luego en cuadrilas la infantería con sus rodeleros por delante. Y si fuere gente de lanza, juegue primero la arcabucería llevando hecha un ala, con sus rodeleros y lanceros delante y la caballería no embista hasta que estén algo desbaratados, salvo si los nuestros tuvieren necesidad: y en tierra doblada usarán también de cuadrillas para ofender por todas partes.

Rehusen de llegar á las manos.

Rehusen de llegar á las manos, ofreciendo siempre paz, y cuando el indio no viniere en ello, aprieten la mano, pues es permitida la defensa natural; y visto no se puede excusar de venir á las manos, pasen por ellas, rompiendo por

la parte que hiciere quiebra, revolviendo sobre ellos para cogerlos en medio, y la caballería rompa primero si no fuere gente de lanza y los arcabuceros hagan su tiro bajo como ya está advertido, procurando siempre que los primeros tiros se empleen en los más señalados, que de este parecer era fray Pedro de Betanzos, con ser un santo, en una ocasión que yendo á predicar entre indios y llevando para su compañía algunos soldados, á persuasión del general, determinaron una noche los indios matarlos á todos y el fraile que lo entendió; se fortaleció en un buhío, donde los cercaron al cuarto del alba, y el buen fraile viendo el riesgo, animaba á los soldados diciendo no errasen tiro y fueron tales que se pudieron mediante ellos poner en cobro. Pasó esto en Costarrica. De manera que son importantes los buenos arcabuceros, porque son los que desbaratan al enemigo.

Avisos al caudillo.

Aviso al caudillo que si acertare á tener por las espaldas ó por un lado, balsar ó pajonal y el enemigo le pegase fuego para ofenderle por todos lados, debe pasar por ellos con su gente, como está dicho, volviéndoles el rostro procurando agolparlos sobre el fuego.

También tendrá cuidado el caudillo de tomar

siempre la banda del arcabuco, echando al enemigo á lo raso, para que la caballería le pueda ofender antes y despnés de desbaratado y con tal cuidado se tome esta parte que si de el arcabuco le saliere socorro al indio, los sientan y cojan también por delante.

Advierta nuestro caudillo á que la campaña donde le representaren la guazavara la tenga reconocida para saber los pantanos, porque son muy dañosos á la caballería y les pueda dar resguardo, si le dieren lugar. Y también para saber las quebradas y malos pasos y buenos, que todo importa mucho. Y en todo si el indio se mejorase en altos, se lo gane siempre, que es gran ventaja. Y asimismo se advierta que el resto del campo esté mejorado en alto, así para su defensa y fuerza, como para que señoree y vea los sucesos y movimientos de la guazavara.

Aviso á los soldados que no se desabrigue uno de otro, porque en esta guerra un soldado no es más de para un indio, porque si le cogen dos indios le matarán: y si dos se hallan juntos, son pocos veinte indios y si cuatro, son pocos ciento.

Obligación del caudillo.

El caudillo esta obligado por un buen soldado á arriesgar su persona, como lo estará tam-

bién en ganar siempre tierra con el enemigo y peleará con su espada y rodela, porque allí no puede usar de otra arma, hallándose siempre en la delantera, previniendo y socorriendo á toda parte, que con esto ganará nombre y animará á los suyos.

Orden de los indios en dar la guazavara.

Con estas prevenciones y avisos, el caudillo dé el Santiago, habiendo hecho la oración y requerido al indio con la paz y hecho parlamentos á los suyos, que sabiendo persuadir aventaja un tercio de ánimo y grangea la ocasión en el entretanto que yo vuelvo á la orden con que los indios entran en la guazavara, para la cual se junta toda la tierra y de tal manera que los enemigos se hacen amigos, para aquel día, ó la mayor parte, aunque tengan declaradas sus guerras para contrastar los nuestros: y si algunos dejaren de entrar en esta liga, nuestro caudillo procure aliarse con ellos, que con facilidad acudirán á ello; y los que dan la guazavara aquel día, echan sus gallardetes con mucha y varia plumería, muy pintados el cuerpo y cara de colorado, amarillo y negro, con sus colas de animales colgadas de la cintura y en la frente. Los capitanes se ponen manos de tigres y leones y la misma cabeza del león desollada á modo de montera,

echando todo el oro que tienen de joyas encima; en los pechos, patenas y águilas; en la cintura un cinto de cuentas de hueso y de oro; en la nariz cuelgan caracuries y en las orejas, orejeras á modo de zarcillos, más son grandes de diversas maneras; en las muñecas sus brazaletes y al pescuezo cuentas de hueso y de oro; muchos cascabeles en la cintura y de caracoles lo propio. Vienen en cueros y los cabellos largos y trenzados y los que lo traen cortado son los mejores guerreros. Y para este día particularmente se emborrachan, aunque ellos siempre lo están, y el más borracho entre ellos, es el más valiente. Vienen haciendo mil ademanes y matachines, y acabada la borrachez se acaba la guazavara, y como no quede pór ellos el campo, se retiran ó huyen sin orden, como queda atrás dicho.

Traen formados sus escuadrones á su modo y señalados sus capitanes para gobernar y animar vienen siempre delante y cada nación ó parentela reconoce su caudillo y le obedecen y todos los caudillos y capitanes no reconocen superior entre ellos en la ocasión y así en comenzándose á desbaratar, luego son perdidos. Estos caudillos se conforman con el que primero habla y dá la voz, á ese siguen y así es en el huir. En el entretanto que dura la guazavara no cesan

de dar voces y alaridos; con esto se alientan y piensan que nos atemorizan. Los instrumentos de música que traen, son unas trompetillas de colas de armadillos, caracoles grandes, fotutos, tamboretes, que con esto y la vocería de tanto número de gente, los nuestros casi no se oyen los unos á los otros y á este tiempo es menester grande reportación.

Las armas que traen las reparten por su orden: si usan lanzas y rodelas, las echan delante y detrás la gente de dardos y hondas, y los lanceros se bajan para que el de la honda haga su tiro, y si usan flecha, cada uno trae su macana colgada á las espaldas y sus carcajes al lado, y disparando las flechas cierran con las macanas, si les dan lugar á ello. Entran en media luna, procurando cercar los españoles, porque su fin é intento es cogerlos á las manos, y son tan bárbaros, que hay nación entre ellos, que traen unas mochilas de red grandes, que cabe una fanega de trigo ó maíz, para cargar los españoles que cogieren ó mataren. Tras de estos vienen cantidad de indias con Catabres para cargar la carne y tripas de los nuestros, que no es menos barbaridad.

También traen munición de flechas para la guerra. Mazato y chicha para que beba y se refresque su gente; y por las lomas y sierras y en

los árboles, es mucha la gente que está mirando la pelea, como si fuese una fiesta muy grande y señalada; y para este día vienen de muy lejos á verlo y como sean indios forasteros, los pagan para esta ocasión, porque vengan á ayudarlos en la guerra; y esta gente viene con la paga muy contenta, principalmente los que comen carne humana. Muchas veces usan de bizarría, porque prometen y dan aviso que para tal día y á tal hora los aguarden para la guazavara.

Es gente que no guarda más que la primera orden, que es hasta representar la guazavara, porque luego se revuelven y pelean sin orden, y como sea gente de nueva conquista, si una vez los desbaratan, tienen á los nuestros por hijos del sol y juzgan ser los caballos y hombres todo una pieza é inmortales. Esto es donde nunca los han visto ni por noticia. Es gente cruel, que si aciertan á llevar á manos algún español, le dan mil martirios, sacándole los ojos y trayéndole con un barboquejo por los mercados y borracheras y después lo matan y se lo comen; y cuando usan con él de cortesía es ponerle sin ojos á guardar la chacara, roza ó labranza de maíz, para que grite á los papagayos y se ha visto esto en los Pijaos. Suelen empalarlos vivos como se ha visto en Santa Marta y las cabe-

zas las cuelgan á las puertas de sus casas y beben con los cascos de ellas en las borracheras grandes. De las canillas de piernas y brazos hacen flautas: estas traen los grandes capitanes al cuello. Y donde comen carne humana, muelen los huesos y los beben en chicha. Son muy pusilánimes, que si los desbaratan, huyen largando las armas y las Indias los Catabres en que habían de llevar la carne y los cántaros de chicha y cáda uno huye por su parte, que en un mes no se juntan. Y lo que más previenen los capitanes y caciques es enviar sus embajadores á dar la paz, diciendo quieren servir, y para esto traen algunos presentes de poca importancia y el caudillo los debe recibir y regalar, sin embargo de lo pasado.

Aviso al caudillo.

Advierta el caudillo que si desbaratare al enemigo, que el alcance se siga con orden, teniendo nombrado persona para ello con una escuadra de soldados; y este alcance sea poco trecho, porque es más para atemorizar que para matar, que la victoria no se debe seguir por el cabo por dos cosas. La una porque no sea sangrienta con los que queremos más vivos que muertos; y la otra, porque basta que el mal suce-

so les obligue á volver las espaldas con tal turbación.

Opinión del Epirota.

El Epirota siempre prohibió á los suyos dar cabo del contrario desbaratado.

Opinión de Anibal.

Y Anibal fué notado de no llevar jamás al cabo la victoria, contentándose obligar al enemigo á huir por rescatar las vidas.

Remedio al mal suceso.—Dicho de Séneca.

El vencer es cosa humana, mas el perdonar es cosa divina. Y si el enemigo desbaratase los nuestros (que acaece pocas veces) el caudillo no se acobarde ni ataje, porque dará en mil inconvenientes, acobardando su gente, antes se anime y traiga á la memoria el valor de algunos capitanes que después de desbaratados han ganado grandes batallas, criando nuevo brío en sus soldados y esperanza cierta de tener honrada satisfacción, poniéndoles delante lo que Séneca decía, que la fortuna es perpetua perseguidora de los hombres valerosos, que fué de lo que Cesar se valió en semejantes trances, y Anibal y otros valerosos capitanes; y con este valor y consideración se jnnte y reduzca al real con sus solda-

dos, donde se haga foerte; y en el entretanto que no tenga socorro, no venga más con ellos á campo abierto, si no use de emboscadas y asaltos, cogiéndolos divididos en trasnochadas y albazos, andando á noche y mesón, que ellos vendrán los brazos cruzados; y procure aliarse con algunos principales, aunque estén lejos, para mayor fuerza; y en todo ande con los movimientos presentes, que como caudillo diestro reconocerá, viviendo siempre con mucho cuidado de aquellos con quien se aliare.

FIN DEL VOLUMEN PRIMERO

DE LA MILICIA INDIANA

Y DEL TOMO OCTAVO

DE LOS

LIBROS QUE TRATAN DE AMÉRICA.

TOMOS PUBLICADOS

I. Xeréz, *Conquista del Perú* (1534) 2 pesetas.

II. Acuña, *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, 4 pesetas.

III y IV. Rocha, *Origen de los Indios occidentales del Perú, México, Santa Fé y Chile*, 2 volúmenes, 6 pesetas.

V y VI. *Historia del Almirante de las Indias don Cristobal Colón*, escrita por D. Fernando Colón, su hijo. Reimpresa con un extenso estudio acerca del autor y sus obras; 2 volúmenes, 6 pesetas.

VII. Ruiz Blanco, *Conversión en Piritú, (Colombia) de indios Cumanagotos y Palenques*. Contiénense noticias interesantes de Venezuela, y al fin lleva muchos textos en lengua de los indios de Cumaná; 3 pesetas.

VIII. Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias*. Volumen primero, 3 pesetas.

EN PRENSA

IX. Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias*. Segundo volumen.

X. Villagra, *Historia de la Nueva México* (1610.)

LOS PEDIDOS SE DIRIGIRÁN

Á

VICTORIANO SUAREZ

calle de Preciados, núm. 48, librería, en Madrid.

Se acabó de imprimir el tomo octavo de la
COLECCIÓN DE LIBROS QUE TRATAN DE AMÉRICA, en Madrid, en la imprenta de Tomás Minuesa, calle de Juanelo, número diez y nueve á veinte y dos días del mes de Junio de mil ochocientos noventa y dos.

E
141
V37
1892
v.1

Vargas Machuca, Bernardo
de
Milicia y descripción
de las Indias escrita

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 02 04 02 004 1